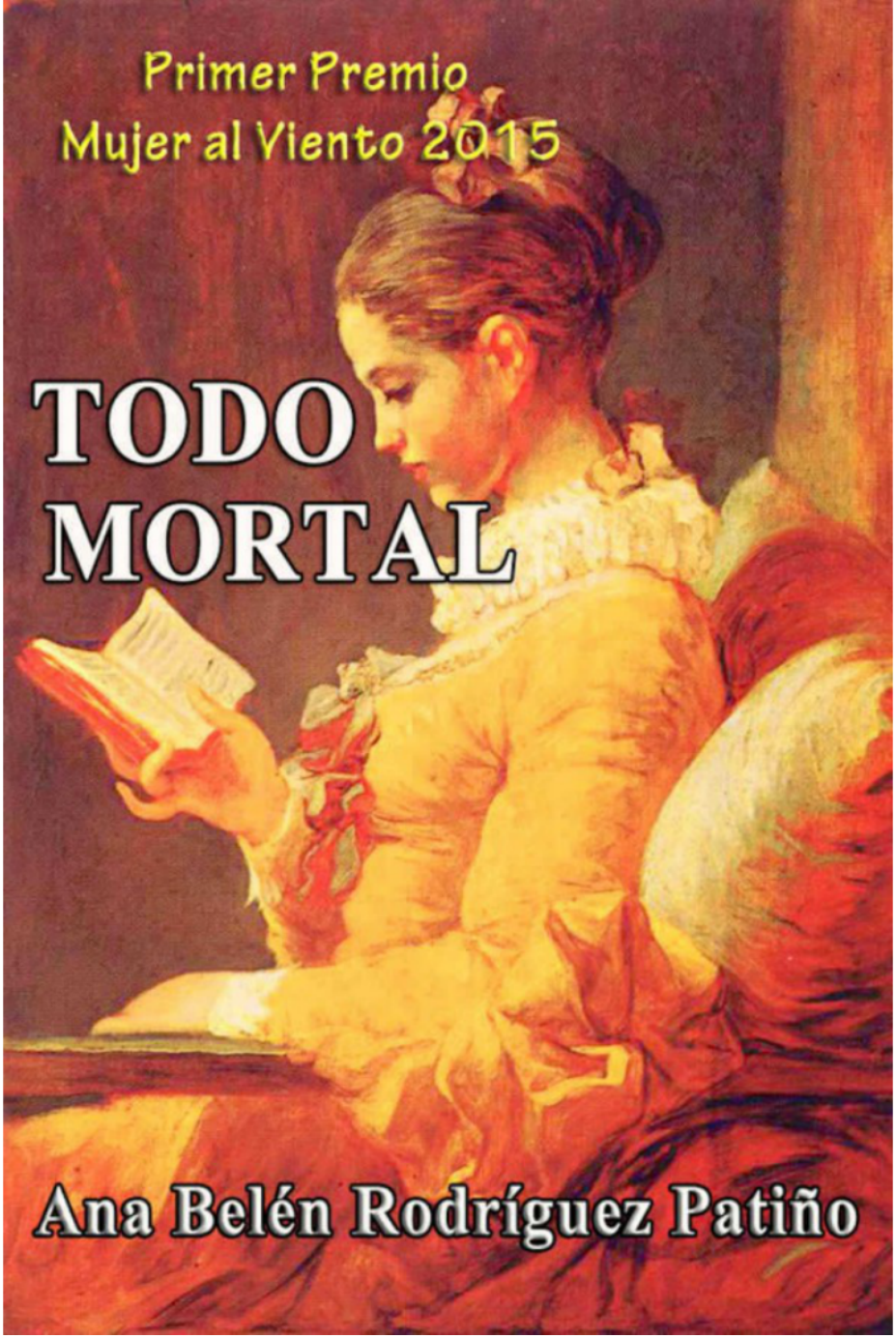
Primer Premio
Mujer al Viento 2015
TODO
MORTAL
Ana Belén Rodríguez Patiño

SINOPSIS

Una nueva sociedad comienza a gestarse en el convulso y fascinante siglo XIX. En 1853, tres mujeres, de edades y procedencias distintas, se abrirán al mundo que se ofrece ante sus ojos en las arterias de una ciudad única: Sevilla.

Vidas que se entretejen entre sí. Historias dentro de historias. El poder ancestral de los libros y el arte de la poesía que agoniza, en una España que se resiste al avance de la ciencia y a la lucha contra la creencia; la razón contra la superstición, en un relato donde los protagonistas guardan con celo sus secretos en la búsqueda de su propio destino .

Todo mortal, con un puñado de guiños a la literatura por parte de su autora, nos habla de mujeres valientes y hombres que guardan misterios de una época, de personas capaces de atravesar un país entero por amor, de grimorios, Frenología, sueños de gloria, el mágico mundo de los indianos, coleccionistas de raza, gentes que escriben y gentes que leen, segundas oportunidades, extrañas enfermedades hoy ya extinguidas y adelantos técnicos en un mundo donde los libros aún mantenían su legado de siglos.

Delirio, ficción y realidad en la cima de un período regido aún en España por el recuerdo del Romanticismo, donde todo, incluso lo más inverosímil, podía entrar en los márgenes de lo posible.

Todo mortal

Narrativa

©AnaBelénRodríguez, 2015

Este Libro resultó ganador del I Premio «Mujer al Viento», patrocinado por el Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz, abril de 2015.

«Todo mortal» fueron las dos últimas palabras que, según sus amigos allí presentes, pronunció Gustavo Adolfo Bécquer en su lecho de muerte, el 22 de diciembre de 1870, en Madrid.

A mi madre,
que siempre quiso ser pianista
y soñó con ser un día escritora.

Resérvate el derecho de pensar:
incluso equivocarse es mejor que no pensar nada.

Hypatia

Son vanas y están plagadas de errores las ciencias

que no hayan nacido del experimento, madre de toda

certidumbre.

Leonardo da Vinci

ÍNDICE

PREFACIO 8
I. EL MAR 10
II. EL CIELO 90
III. LA BRUMA 142
EPÍLOGO 203

PREFACIO

Sevilla, 1853

Bajo la estatuaria de piedra, una luna iluminaba los bordes de la noche con su tibieza de hielo, aquella que solo ella puede ofrecer a ráfagas entre los callejones, sobre paredes como pliegues, o más allá de las ventanas desconchadas por el tiempo.

Una luna y sus sombras, máscaras que se deshacen en el agua.

A pesar del pánico que les paralizaba, ellos pudieron verlo todo.

En el cementerio, al otro lado del río, con los fogonazos que gravitaban hacia las tinieblas, observaron a una figura embozada extrayendo herramientas del interior de sus ropas, dispuesta, al parecer, a destrozar la lápida que tenía delante.

Intuían desde su escondite el esfuerzo del extraño, el sudor de sus manos sobre la pala que exhumaba el cadáver y el polvo en el rostro cuando culminó la tarea. Vieron a aquel hombre cogiendo el cuerpo inerte como un fardo de paja, asentándolo en su hombro para llevarlo hasta la superficie.

Allí maniobró despacio sobre la propia muerte, seccionando vísceras ahogadas ya en una sangre sin vida.

Después, la efigie del profanador, con el cuchillo aún en la mano, devolvió al desdichado al agujero y lo tapó con un sudario de tierra. Recogió su sombrero y salió del camposanto, sin demasiada prisa por perderse entre el velo de oscuridad de una Sevilla desconocida.

Gustavo Adolfo y Julia permanecieron en su cobijo, aterrados. Les costó unos minutos recobrar el aliento y comprender la gravedad de lo vivido: un hombre desenterraba muertos y ocultaba su macabro botín escondido entre sus ropas.

Lo siguieron unos minutos hasta que el paisaje de la ciudad lo devoró.

La noche comenzó a dormirse entonces tras las luces apagadas. Gustavo Adolfo cerró los ojos con fuerza y sintió latidos en la sien

por la presión de su frente. Cogió con fuerza la mano de Julia Cabrera, que aguantaba a duras penas sus ganas de llorar.

Tenían diecisiete años.

Lo último que contemplaron de todo aquel horror fue el vuelo de la capa del extraño recortada en el dibujo de la calle.

“Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía…”.

Descorred, pues, los cortinajes de lo auténtico, lo certero y verosímil, y soñar con lo irreal, lo vano y lo ilusorio.

En las quimeras inventadas se encierra quizá la única verdad.

I. EL MAR

1

Madrid, 1860

Siete años después de aquella noche, Gustavo Adolfo dormitaba sus recuerdos por las calles de una ciudad desangelada. La nieve no tardaría en aparecer en aquel invierno, mientras los desocupados y los borrachos corrían a refugiar sus horas inclementes en las tascas cercanas, cerrados como estaban los portalones de las casas.

Un aire denso y desagradable azotaba las ventanas por el exterior, aquellas que daban a la oscura calle donde se enclavaba una casucha para la que el tiempo parecía haberse detenido. La noche en Madrid dormía fugitiva, como un mendigo huidizo asustado por la vida. Un grupo de hombres bebía a sorbos de vino aguado en sucios cazos de hojalata, alrededor de una lumbre que apenas ardía en aquellos arrabales, donde un colmado se erguía con dignidad entre las fauces de miseria más allá de los perfiles de la ciudad.

Gustavo Adolfo los dejó atrás, mientras ellos seguían charlando, riendo en el tedio de las horas sus oportunidades perdidas. Con paso firme se acercó a la casa de una única planta que albergaba la taberna, La Taberna del Genio. Le gustaba aquel nombre y su discreta ubicación, más allá de las algarabías propias del centro.

Tenía el local las paredes salpicadas de moho, y la puerta de madera había sido pintada mil veces para disimular la humedad, a pesar de que lo único que se había conseguido eran unas sospechosas manchas grisáceas que se esforzaban por aparecer debajo de cada capa de nuevo lustre.

En La Taberna del Genio bebían y comían una docena de individuos llegados seguramente de distintos lugares, pero a quienes nadie preguntaba su origen. Las mesitas, con sus manteles de cuadros y manchas a partes iguales, tenían colocadas en su centro una jarra de vino de dudoso color y aún más dudoso sabor. Dos

camareros con mandiles en su tiempo blancos servían a sus comensales con la premura de quien no soporta ver un vaso vacío.

—¡El caballero del fondo, Fermín! ¡Más vino! ¡El señor pide otra ronda!

El dueño ordenaba sin parar al que atendía al nombre de Fermín, que debía haber sido malabarista o estaba en trazas de serlo, porque se desenvolvía con dos bandejas en la palma de su mano, llenas de platos, vasos, jarras, cubiertos y todos los enseres que pudieran caber en una plaza de toros, como si manejara una simple servilleta de nudo.

El propietario del colmado, Casto Navarro, cuyo nombre siempre era objeto de alguna chanza, y de quien nadie sabía a ciencia cierta si ese era su apellido o su procedencia, era un individuo avezado en la búsqueda de clientes de valor. Por eso le gustaba que aquel muchacho volviera cada noche a su local. Hablaba poco, pero era educado y saltaba a la vista que, bajo esa levita cochambrosa, dormitaba un hombre elegante y de maneras.

Se preguntaba quién podía ser quien, a las once de la noche del invierno madrileño, se sentaba ante una de las mesas de su establecimiento, que él reconocía que no era precisamente el Palacio Real de los Borbones .

Siempre supuso que formaría parte de la caterva de jóvenes de provincias que llegaban cada año a Madrid a hacer fortuna en la letras, las artes o el comercio, como si no hubiera en la capital ya bastantes harapientos y fracasados en todas y cada una de estas materias.

Navarro se acercó al muchacho y enfatizó con su mejor vocalización, porque aquel chico parecía más hambriento que las ratas de su almacén, pero tenía prestancia y denotaba una evidente distinción.

—¿La mesa de siempre, señor?

El hombre asintió. Tenía aspecto de no haber dormido desde que perdió los dientes de leche, pero sonrió con gentileza. Se sentó y se mantuvo fijo en su vaso durante un tiempo. El joven, de nombre Gustavo Adolfo, solía pasar varias horas todas las noches en la taberna. ¿Cuántas? Nadie lo sabía, ni él mismo: su reloj de bolsillo con cadena dorada llevaba días estropeado y ni siquiera había reparado en ello.

Gustavo Adolfo vestía, más que de manera modesta, decididamente pobre. La chaqueta parecía vieja y el semblante general, descuidado. El pelo revuelto, la barba poco arreglada y unas ojeras bajo los ojos tristes y melancólicos hacían que aquel hombre pareciera mayor de lo que era. Tenía veinticuatro años y ocupaba sus noches en los colmados situados detrás de la Puerta del Sol, en las Cavas o, como ahora, más allá del Puente de Toledo, en el límite con la ciudad, bebiendo vino como único alimento durante horas.

Recordando las palabras de una de las mujeres más importantes de su vida, en una Sevilla que se le antojaba ya demasiado lejana:

«Somos mortales, y no dioses, Gustavo. Y nada permanecerá tras nosotros cuando nos llegue la hora…».

Las escuchó con diecisiete años.

Quizá ella tenía razón.

La noche avanzaba con su negrura telúrica.

El joven meditaba sobre los esquivos laureles de la gloria y los dardos del olvido. Somos solo mortales, no hay nada de excelso en ello, concluyó. Siguió allí hasta el comienzo de la madrugada, inmóvil, sin hablar con nadie, sumido en un estrépito de voces desconocidas, agrandando sus fantasmas con el vaho del recuerdo de otros días.

2

Luanco (Asturias), 1853

Mirella Vorán caminó deprisa hacia el palacete, nerviosa, con las manos cruzadas sobre el pecho y la sombra ante ella de la casona del indiano, que se abría exuberante en el horizonte como el refugio de un enorme fantasma. Sujetaba el chal oscuro sobre los hombros, y las piedras del camino se clavaban en sus pies, protegidos solo por unos finísimos zapatos de piel de cabritillo.

La muchacha temió ser engullida de un momento a otro por aquella arquitectura desmesurada en medio de una sencilla pradera sin árboles. De unas dimensiones excesivas para el entorno, la silueta de la vivienda se podía apreciar desde casi todos los puntos de Luanco.

Había algo en aquel lugar que sobrecogía los sentidos.

Siguió avanzando sin detener su paso ni un solo instante, a pesar del frío y la inquietud. No era mujer que temiera o aflojara su espíritu ante aparecidos.

La casa. Silenciaba más de lo que decía, tras sus muros de mármol y sus torres vigías calladas, como de un buque hundido donde anidan los espectros. Debía averiguar qué ocultaba y el motivo de la extraña marcha de su dueño.

Aspiró con ganas el aire de la tarde.

El viento traía gotas de mar en su lomo, como chirlas de agua de un océano omnipresente.

Dos semanas antes, en una de las alcobas de esa mansión, un hombre sollozaba en silencio, con gemidos ahogados que nadie podía escuchar.

Estaba solo y agitaba las manos con fuerza en el aire, brusco, queriendo deshacerse de unas nebulosas frías que le cercaban e impedían entender dónde se encontraba.

—¡Dejadme en paz…! ¡Apartaos de mí! —gritó.

Perdía las fuerzas en cada aspaviento, sin poder librarse de su angustia.

Escuchó pasos, cada vez más cercanos, cada vez más atronadores. El terror se apoderó de él y un sudor tibio comenzó a cubrirle el cuerpo.

—¡Dejadme en paz! ¿Quiénes sois?

Ninguna voz llegó para sacarle de su tormento. Solo unas manecillas de reloj comenzaron un tenso tic tac. Podía adivinar la esfera gigantesca sobre su cabeza, como una amenazante espada de Damocles.

Tic, tac, tic, tac.

De pronto, una figura encapuchada atravesó la niebla y se fue acercando con sigilo, como si las espuelas de metal de los tobillos pesaran como cadenas. Su silueta era tan delgada que resultaba imposible que fuera real. Las ropas de un hábito grueso le caían sobre la curvatura de los huesos, intentando rellenar sin conseguirlo un cuerpo rígido y vacío.

No venía solo. Un ejército de cadáveres, siluetas descarnadas con ojos desorbitados y faz calcárea, le seguía sumiso.

Vestían a la manera de los guerreros de hace siglos, y sus ropas manchadas de sangre y barro les hacían aparecer aún más siniestros. Portaban en sus caras la fiebre amarga del odio. Y en sus manos descansaban, exhaustas, lanzas, dagas de marfil de otras tierras y espadas rotas.

Sintió que las náuseas le asaltaban la garganta.

La figura se detuvo en seco, alzó su brazo e hizo un gesto con su mano esquelética. No era a él, sino a los guardianes que le acompañaban. Aquellos hombres sin vida, rotos de carne y alma, reflejo de lo que un día fueron, se pararon de pronto.

Su líder se acercó.

Destilaba hedor a putrefacción, a hierbas venenosas y a muerte. Él se tapó el rostro, horrorizado. No podía moverse, no podía gritar. Un peso le oprimía las piernas y el pecho. Creyó que iba a desmayarse. O a enloquecer. Pero se quedó allí, rezando para que el encapuchado no avanzara más. Para que la elipsis de sus pasos girara hasta desaparecer por donde había llegado. ¿Qué podía hacer? Solo permanecer quieto, muy quieto, rezando.

—Misericordiam Dei…

El encapuchado le tendió el libro con un ademán seco. En ese momento, como en una extraña alucinación, por su mente aparecieron soldados a caballo, blandiendo extrañas armas con filos calientes aún de sangre, llanuras de hierba roja a sus pies y pueblos en llamas. Había gente gritando, suplicando con voces trémulas y ojos de espanto. Niños asustados que lloraban estremecidos, ruido de hachas, huellas marcadas bajo las hogueras. El hombre se tapó los oídos con fuerza. El ruido era estremecedor y se acercaba cada vez más. Las nubes de aquella pesadilla se oscurecieron y comenzó a llover.

Pero no era agua lo que destilaba el cielo, sino ceniza; restos de casas calcinadas. Sintió que perdía la razón.

Cuando despertó, se dio cuenta de que no era la razón lo que había perdido; solo la consciencia.

La sombra había desaparecido, como lo habían hecho también sus pavorosos secuaces. Los guerreros los habían ahuyentado .

Recordaba la estampida de los caballos y las siluetas de las corazas bañadas en el llanto de la gente. Y ese extraño olor a putrefacción y a sangre fresca, recién derramada.

Terminó de despertarse con violencia.

Tendido en su cama, notó las piernas doloridas por la agitación, y un hilillo de baba que bajaba por su barbilla hasta encontrar el pecho. Respiró hondo tres, cuatro, cinco veces, intentando fijar la vista en el espacio de la habitación y atemperar el pulso. Su cuarto estaba en calma; el quinqué, encendido sobre la mesita junto a un ventanal cubierto por gruesos cortinajes; y su ropa, perfectamente ordenada sobre la silla del siglo XVIII comprada en su último viaje a Viena. El enorme espejo que presidía el cuarto mostró la faz de un hombre sobrepasado por el miedo, sudando como si él mismo acabara de batirse en cien batallas.

Estás enfermo, se dijo.

La madrugada apenas había avanzado y otra vez aquellas alucinaciones habían venido para aterrorizarle. Otra vez. Qué precio debe pagar un hombre que solo quiere descansar en la paz de su lecho. Qué busca la noche para cobrarse sus horas de insomnio atroz y perpetuo.

Se estaba convirtiendo en un hombre rendido y gastado,

fatigado como un animal herido por la lucha con sus propias pesadillas.

Se dio media vuelta y trató de dominar su respiración, negándose a cerrar los ojos de nuevo. No podría soportar el velo siniestro que le esperaba si lo hacía.

Un minuto, dos, tres, cuatro.

El cuarto olía a un sudor frío y extraño. Turbado aún, fatigado por la derrota y aniquilado por la sombra de cada segundo, no tardó mucho más en volver a dormirse.

3

Las damas que acudían a las fiestas de sociedad celebradas en la suntuosa casa se hacían cruces, perturbadas al ver el entusiasmo con el que el anfitrión mostraba unas piezas que parecían pertenecer al mismísimo Diablo.

Llegaban encopetadas con los vestidos de seda comprados en Gijón y los sombreros a juego encargados en París y Madrid, mientras gastaban sus ademanes importados de la ciudad en un entorno a pocos metros de los barrios marineros. El baile de abanicos desplegado hablaba en mayor medida de costumbres adquiridas en otras tierras, y apenas de la costera y fresca localidad donde iban a ser exhibidos.

A la hora fijada, un sendero de hombres y mujeres que parecían sacados de una estampa ajena avanzaban con lentitud entre murmullos y risas. Los jardines de la mansión de Emilio Bravo se habían engalanado para recibir a los comensales, lo más distinguido de la sociedad norteña: acreditadas personalidades de los pueblos y ciudades limítrofes, entre quienes se encontraban alcaldes, doctores en medicina, letrados, militares, ricos comerciantes o navieros, con sus respectivas esposas o hijas casaderas.

Los carruajes, siguiendo el camino que partía de Oviedo, Gijón, Bilbao o Santander, fueron llegando hasta donde la montaña permitía. De Luanco asistieron las fuerzas de poder social y económico de la localidad, quienes no ocultaban su gusto por las fiestas de Emilio Bravo desde que este regresó a la villa.

La enorme verja de hierro forjado que rodeaba la casa se abrió de par en par, manipulada por criados con librea y guantes. Emilio Bravo, en lo alto de la escalinata de acceso a su mansión, los recibía uno a uno con cordialidad.

—Bienvenido a mi humilde morada, señor Santos. Gracias por venir, señorita Carlota.

Uno tras otro, los invitados rendían pleitesía a aquel hombre hecho a sí mismo, que los saludaba con la sonrisa de quien se sentía

el dueño absoluto del mundo.

Toda la localidad de Luanco conocía la afición de su vecino más ilustre por el coleccionismo de objetos pintorescos, que atesoraba en la segunda planta de una de las casonas más grandes de Asturias. Solo los más viejos lo recordaban de niño, como hijo de una modesta familia de pescadores, que con dieciséis años llegó una noche en mula hasta Gijón y embarcó desde allí rumbo a Cuba para escapar de la miseria.

Zarpó en 1820 en el primer barco que encontró con destino al otro lado del Atlántico, sin importarle la tierra que alcanzara, huyendo de una España aún asolada por las consecuencias de la guerra contra los franceses, las enfermedades y el hambre. Oculto de polizón en un carguero, arribó a una Habana exuberante y cosmopolita, jalonada de sueños y oportunidades, que recogía entre sus calles criollas lo más granado de medio mundo.

Ancló una madrugada del mes de junio, con el calor sazonando las entrañas de los muelles y el sudor en el rostro de los marinos en cada maniobra. Dejó atrás muchas semanas de miedo y sed, pero nadie se percató de un joven que amoldaba su cuerpo a cada recoveco del barco como si fuera una pieza más.

Desde la noche de su partida, en Luanco se perdió su rastro. Ni su familia pudo dar nunca cuenta de él. Jamás llegaron cartas desde América ni noticias en los navíos que alcanzaban las costas de La Coruña o Gijón.

Por ello, treinta años después, cuando asomó un día en un carruaje hasta el sendero que accedía a la localidad, vestido con levita cara, sombrero y bastón con grueso puño de plata, los lugareños lo recibieron con caras de asombro.

A partir de ese momento, los rumores envolvieron su vida. Había quien decía que su fortuna se fraguó con el comercio clandestino de tabaco entre los caladeros de Cuba y Estados Unidos; otros, que su riqueza procedía de la explotación masiva de la industria conservera. Incluso se afirmaba que sus negocios habían terminado siendo tan dudosos que recibió varios ultimátum desde distintos flancos en una sola semana: o abandonaba con premura y

para siempre La Habana, con lo puesto y ni un real más, o lo hacía con los pies por delante y en una caja de madera de pino.

Nadie sabía qué de cierto había en todo aquello y qué era fruto

de las habladurías de medio pueblo. Poco a poco, y durante los casi tres años en los que se fue asentando en la zona, la nebulosa de su vida se fue aclarando y las noticias de una existencia ajetreada ofrecieron algo de luz.

Lo cierto es que su leyenda quedaba corta ante la realidad, y nadie se atrevió a poner en duda sus andanzas del pasado.

Se supo entonces que había llegado de polizón, tal como salió de España, hasta Cuba, en un momento en el que la provincia americana hervía sus días en las mieles de la prosperidad. Tras años dedicado al comercio del tabaco, desde una fábrica donde trabajó de peón desde el inicio, y en la cual fue ascendiendo a base de horas, oficio y sudor, decidió embarcar hacia el norte. Eran tiempos de bonanza y aventura a ese lado del globo, tan lejos de las miserias de una Europa destruida por las guerras. Nada parecía ser allí una quimera ni un camino imposible. Los trabajadores soñaban con ser señores, y los señores, con conquistar el mundo. El dinero corría con alegría por determinados círculos, y solo había que ser más listo que el prójimo para dejarse envolver por el oro de la madre abundancia .

En América del Norte las cosas no fueron tan sencillas. La tierra de las oportunidades escogía a los que recibía como a sus hijos y despreciaba al resto. Gracias a sus amistades dentro de la colonia italiana, y del dinero ahorrado en Cuba, Emilio Bravo inició un negocio de importación de hojas de tabaco.

Más tarde, sucedieron las noches de vigilia en los clubes de postín y las madrugadas en los tugurios, los negocios pactados a golpe de palabra y vasos de whisky, y algunas redadas policiales por asuntos turbios en los que Emilio Bravo aseguraba no tener nada que ver.

Bravo se asentó en las dos ciudades que más despuntaban a ese lado del Atlántico. Primero en Filadelfia y, más tarde, en el dinamismo de Nueva York, ciudad consolidada gracias a la llegada masiva de inmigrantes, que hicieron de ella el motor económico de la nación. En los bosques de esta última fijó su residencia al casarse con una irlandesa grande, de sonrisa franca, temple sereno y pómulos de ensueño. No duraría mucho aquella etapa tranquila y feliz. Su esposa murió dos años después por el golpe en la nuca producido

por una caída estúpida. Asolado, sin nada que le atara a ningún sitio y con veinticinco años, abandonó el país para viajar por las naciones limítrofes y malgastar su patrimonio en alcohol, recuerdos fatuos y eternas partidas de póquer.

Desde ese momento, su existencia se convirtió en un carrusel de caballitos de tiovivo. Vivió la incipiente independencia de los territorios españoles de Ultramar, escapó de conflictos de poder en una docena de lugares a los que ya ni ponía nombre, y terminó cruzando el continente a lo largo y ancho, salvando ríos, selvas, bayonetas y guerras. Sorteó cárceles inmundas y celdas tétricas a base de sobornos y fajos de billetes en los bolsillos adecuados.

Un día se cansó de viajar, sin más.

Miró hacia la lejanía, y el horizonte, demasiado oscuro, le devolvió un paisaje turbio y desolado. Ya no quedaba magia en el color de las montañas ni comarcas que retener en las pupilas. Habían pasado veinte, treinta años sin darse apenas cuenta de ello, y decidió que era el momento de volver a su patria. Dejó su casa siendo un chiquillo hambriento y volvía como un hombre tan rico como exhausto.

A quien se acercó a escucharla, le contó su historia.

Y así, poco a poco, Luanco aceptó a su hijo pródigo.

4

Luanco era una población pequeña y trabajadora, volcada al mar, a sus misterios y al comercio pesquero que ya languidecía, pero que la había convertido en su tiempo en baluarte de prosperidad en medio del mosaico de villas cercanas. A veces, en invierno, las crecidas del oleaje arrastraban los muros de contención de los muelles y las casas próximas más frágiles. O se cobraban la vida de los marineros que habían osado traspasar en sus barcas aquel insondable vientre de agua y sal.

A Emilio Bravo era frecuente verlo pasear por la calle principal hasta la iglesia de Santa María, donde se sentaba durante horas a observar el océano en los soportales de piedra adheridos al templo. La vista desde aquella galería de siglos era magnífica, y en los ojos solemnes de Bravo se reflejaba el mar y la añoranza de los años vividos más allá de las columnas de la tierra.

Después, como queriendo adentrarse en los entresijos de la montaña y perderse en ella para siempre, caminaba con paso firme por las praderas y bosques, hasta llegar a los acantilados del otro lado del pueblo, donde contemplaba ensimismado la sacudida de las olas en las rocas milenarias fraguadas a golpe de estampida y viento .

Siguió vistiendo con el paso de los meses con elegancia, pero de forma discreta, sin separarse jamás de unos magníficos puros habanos, que hacía traer a cajones desde Cuba y que guardaba celosamente en la humedad de su bodega.

Cuando su barco de vuelta alcanzó España y Bravo llegó a Luanco, nadie recordaba ya ni su nombre ni su historia. Él mismo tuvo que ayudar a hacer memoria a los más viejos, y decirles que el joven Emilio había marchado un día con la promesa de regresar sobre el escudo o no hacerlo jamás, tal como defendían los espartanos en la antigua Hélade. De tal modo que lo hacía con los bolsillos llenos de dinero y experiencias de toda una vida deambulando por un orbe peligroso que no se andaba con remilgos.

Entonces evocaron en las tertulias de los muelles, al preparar el pescado, o en las tabernas, protegidos del viento del oeste, o en los corrillos de los mercados, tras escoger la mejor mercancía, la figura de aquel joven imberbe que una mañana partió hasta el puerto de Gijón a lomos de un mulo y que nunca creyeron volver a ver.

Treinta años después, el mar se lo devolvía como hacía tantas veces con los suyos, pero esta vez con las manos gastadas de contar billetes, el pelo y las patillas canos por la edad, y quince baúles de equipaje que almacenaban toda una vida.

Comenzó así la nueva andadura de Emilio Bravo, que sería conocido a partir de entonces en todo Luanco y alrededores como El Indiano. Sus días transcurrían entre paseos hasta el arrullo de los acantilados y partidas de cartas por las tardes en el único lugar donde servían un café de calidad y la prensa de la semana.

Se hizo construir una imponente mansión de dos pisos, con grandes columnas que sujetaban un porche de entrada, espléndida escalinata principal hasta la puerta, tres torres circulares, grandes ventanas en la fachada blanca y un patio porticado interior con esculturas colosales. Todo ello rodeado por una verja de hierro labrada con motivos arabescos y un jardín donde nunca faltaban flores frescas de temporada. Allí Bravo recibía a sus recién creadas

amistades, amigos de paso o de tertulia entre lo más ilustre de la sociedad de la región. Su casa, que apenas le había costado una décima parte del total de su fortuna, pronto se convirtió en un apetecible lugar de encuentro y diversión de la burguesía asturiana.

Asombraba a sus visitas con la extensa colección que había ido almacenando a lo largo de los años y sus viajes. Le gustaba escandalizarlos con sus objetos extraordinarios: una calavera de un hombre del siglo XVII ajusticiado por la Inquisición, un látigo empleado en barcos cargueros holandeses contra los esclavos, un pequeño trozo de hueso de un santo italiano, el traje de un preso cubano que terminó recibiendo la muerte con garrote vil o el resto del puñado de monedas con las que había sobornado a los gobernantes de varias naciones para escapar de ellas. Tal macabra colección

se completaba con libros antiguos, manuscritos raros, vasijas romanas, ánforas, estiletes, puñales, figurillas, adornos femeninos griegos y una decena de cuadros de varias épocas y pintores de

distintas procedencias.

—Don Emilio, ¿no le da miedo dormir aquí, usted solo, con estas… cosas? —Berta de Castro, consorte de un hacendado de algunas de las mejores tierras del contorno, se ajustaba sus anteojos para asegurarse los detalles de un trozo de metal por el que prefirió no preguntar.

—¿Se refiere usted a este, en concreto? —Bravo extrajo de la vitrina unos grilletes de preso.

—¿Es lo que parece? —indagó ella, haciendo un divertido mohín de espanto.

—El prisionero al que pertenecía ya no los va a necesitar más, no se preocupe —sonrió malévolamente.

—Pobre desgraciado —se lamentó.

—La vida es injusta para tres cuartas partes de la población del mundo, doña Berta.

—Insisto, ¿no le da miedo dormir usted solo, con todas estas piezas tan desagradables ?

—Es cierto lo que dice: el miedo me aterra —exageró su ironía —. De hecho, me placería mucho más dormir acompañado.

Las risas, además del rubor de algunas mujeres, atronaron por la ocurrencia del anfitrión. Nadie dudaba que Emilio Bravo organizaba las mejores veladas que se recordaban en la comarca, con una sala exuberantemente decorada, servida por un ejército entero de criados a disposición de los comensales, y un ambiente amenizado por la elegancia musical de violinistas traídos de Oviedo y San Sebastián.

—Y las características macabras de sus objetos, ¿no lo alejan de lo que debería ser considerado como arte? Porque esto es una exposición, ¿me equivoco? Muy a su gusto personal, pero una exposición, al fin y al cabo —comentó uno de los espectadores postrados sobre las vitrinas.

—No solo el arte es digno de exposición, mi querido amigo. Y, desde luego, los coleccionistas somos siempre seres demasiado caprichosos para atenernos a cualquier regla que no consideremos dentro de nuestro propio canon personal.

—Ahora en serio, don Emilio, ¿cómo ha podido usted reunir todo esto? —Le había preguntado Federico Urtubi, un convidado llegado de la ciudad, rico desde hacía tres generaciones, y que se

alisaba con delicadeza la barba contemplando aquel macabro recopilatorio.

—Con dinero, señor mío; no hay nada que resista al señor de todos los metales.

Urtubi, heredero de una de las grandes fortunas de Vizcaya, pertrechada gracias al comercio entre Bilbao e Inglaterra que desarrolló su abuelo para extender más allá de España su negocio de exportación de acero, miraba con curiosidad la vitrina de “libros malditos”. Dentro de una enorme urna de cristal con pie de madera, en una de las alas del salón, descansaban los ejemplares curiosos y raros, más de una docena, que Bravo había ido reuniendo en toda una vida.

—Llevo años coleccionando libros y nunca había visto alguno de los que tiene usted aquí. Es admirable .

—¿Ve ese de ahí? —Emilio lo señaló con orgullo—. Apenas son unos pocos pergaminos de las Clavículas de Salomón, uno de los textos medievales más perseguidos en su tiempo. Se lo compré a un anticuario neoyorquino a buen precio. Al principio quiso engañarme, pero si algo he aprendido con los años es a hacer negocios.

En efecto, quince años atrás la operación le había resultado costosa, pero había merecido la pena dado el valor del objeto, y Emilio Bravo volvió a Luanco con la certeza de portar una alhaja en su abultado equipaje.

Urtubi acercó la nariz a la vitrina.

—Interesante, sin duda.

—Uno de los tesoros que me sobrevivirán cuando muera.

—Pero me temo, señor Bravo…

—Señor Urtubi, no dude en decirme lo que está pensando —apremió.

—No quiero importunarle, don Emilio, y a buen seguro que está muy orgulloso de exhibirlo, pero me temo que es una copia.

El rostro de Emilio Bravo se tornó color marfil, para después derivar hacia un rojo producto de la ira contenida. No le gustó que aquella apreciación la escucharan todos los presentes.

—¿Cómo dice?

—No se enoje. Es muy difícil advertirlo a simple vista. Yo he sido capaz de ello porque me dedico a estudiar libros antiguos

desde niño, gracias, entre otras cosas, a una nada desdeñable colección familiar heredada desde hace varias generaciones. Este pertenece a una de las brillantísimas copias que circularon desde prácticamente la Edad Media. Eran falsificaciones tan buenas que entonces, y ahora, poseen un valor semejante al original.

—Aquel bastardo medio holandés… —Bravo recordó las buenas palabras con las que el anticuario le había hecho creer que compraba parte de uno de los libros más perseguidos por la Inquisición española.

—Créame que, aun así, tiene usted aquí un tesoro .

Al coleccionista le tranquilizaron aquellas palabras, y volvió a sentir las miradas de admiración de todos sus invitados.

—El vendedor me aseguró que se lo había comprado a una familia de franceses llegados a América con baúles llenos de piezas semejantes, todas de gran antigüedad.

—Estoy seguro de que en eso no le mintió. Es una copia excelente.

—¿Ha leído usted grimorios, don Federico? —preguntó, deseando cambiar de tema al fin y encontrar una vía de interés ante un invitado experto.

La conversación estaba alcanzando un grado de especialización que comenzaba a aburrir a muchos. El corrillo se fue despejando poco a poco hacia las bandejas de pastelitos y copas de vino que servían los criados, hasta quedar solo ellos dos y su mundo de extraños objetos de colección.

Los grimorios, libros de Magia Natural que habían proliferado durante toda la Edad Media, contenían páginas con todo un cúmulo de símbolos, fórmulas, textos de alquimia y ritos capaces de conectar con realidades diabólicas o llevar a la práctica complejos ceremoniales de alta magia.

Urtubi tosió, nervioso, intentando ganar un poco de tiempo antes de contestar. Bravo siguió hablando:

—Doy por descontado que sí. Se trata de libros fascinantes, en la frontera entre lo humano y lo demoníaco, ¿no es cierto?

—¿Ha hecho usted un pacto con el diablo, señor Bravo?

Urtubi no ignoraba que aquellos textos eran una puerta a poderes más allá de los terrenales.

Emilio Bravo sonrió.

—No, mi buen amigo; el diablo no me atrae. Demasiado peso tiene aún en mi espíritu la tradición católica. Es otro nivel el que me interesa de ellos—Había bajado la voz de forma ostensible.

—¿Quiere compartir esa confidencia con este humilde coleccionista? —preguntó Federico Urtubi, vivamente interesado.

Bravo se señaló con un dedo la cabeza .

Urtubi dudó un momento; después dijo:

—Ya comprendo… —sonrió, cómplice—. ¿La imaginación?

—Imaginación, ilusión… La estrecha linde entre realidad y fantasía es muy ajustada.

—Esos libros hablan de estados más allá de nuestras consciencias.

—En efecto.

—¿Adónde quiere llegar, señor Bravo?

—A un plano más inexplorado aún. Algo que escapa de nuestro entendimiento, aunque creamos lo contrario.

—Se refiere a…

—Al poder de la mente, querido Urtubi. La posibilidad de descubrir los límites del interior de nuestro cerebro.

—Muy interesante, cierto —Urtubi se estiró la punta de uno de los lados del bigote, con tanta fuerza que pareció que iba a arrancárselo.

—Es un tema apasionante, créame.

—¿Está al tanto de los últimos estudios sobre el tema?

Bravo recogió una copa de la bandeja que uno de sus criados ofrecía al pasar a su lado, pero Urtubi creyó que aquel gesto no había sido sino un ademán involuntario para sopesar sus palabras.

—¿Los últimos estudios sobre la mente? Son confusos. Nadie ofrece conclusiones fiables, y los resultados a veces asemejan a un intento de búsqueda del halago entre colegas, de un intento por destacar en la profesión.

—No le podría decir. Esa dialéctica me es muy ajena. Me temo que el mundo de la ciencia no se inserta entre mis competencias.

—En efecto, lo que me indica usted es ciencia. Ortodoxa y pura ciencia. Yo busco arcanos más profundos.

Ahora fue el vizcaíno el que necesitó un instante de reposo. Miró con atención a Emilio Bravo y percibió un destello en sus pupilas que no había descubierto antes.

Caminaron a la par por la sala, entre invitados que se hallaban muy alejados de las profundas reflexiones de los dos hombres.

—Los grimorios fueron usados para influir en los demás, para comprender misterios de otra índole y actuar sobre algunos individuos —añadió Urtubi, para quien aquel hombre había ganado enteros desde hacía unos segundos. Se preguntó qué escondía la mente de El Indiano, en realidad.

—Veo que es usted un entendido, don Federico —Bravo se sintió satisfecho por poder manifestarse abiertamente sobre temas que no se hallaban al alcance de todo el mundo.

—Comprendo su interés, son libros fascinantes. Y sus poderes se decía que eran extraordinarios.

—Capaces de escrutar secretos intemporales, sí.

—De bucear en nuestras almas. Y de invocar fuerzas desconocidas.

—A mí no me interesa el hecho de influir sobre los demás, señor Urtubi, créame. ¿Por qué motivo iba a hacerlo? Lo tengo todo en el aspecto material; y respecto a lo demás, nada de nadie me turba. Y mucho menos manipular voluntades. No soy un canalla.

—Eso no lo dudaba, caballero. ¿Entonces?

—Ya lo hemos mencionado: la mente. Pero únicamente la mía. Mire, hay un hueco ahí, junto a esos libros.

Contiguo a un pedazo de papiro de caligrafía indescifrable y el testamento de un condenado por satanismo en el siglo XVIII, Bravo había reservado espacio para una pieza más. Un hueco que relucía entre el meticuloso orden del resto de objetos.

—También la nota está en blanco —Federico Urtubi levantó la mirada hacia Bravo, con un gesto inquisidor—. ¿Con qué espera llenarlo?

—Ese es un viejo sueño. Una ilusión que me obsesiona desde hace muchos años, cuando escuché su historia en boca de un sacerdote de América.

—¿Otro grimorio?

—Más aún. ¿Ha oído hablar de la Filosofía Oculta, de Enrique Cornelio Agripa ?

—Así que ese es su anhelo —Se tranquilizó, aunque fuera por unos segundos—. Un libro fascinante, desde luego. Tiene usted un gusto sofisticado.

—¿Cree, don Federico, que su invitación a estar aquí, esta noche, es casual? —sonrió, afectuoso. O quizá fingiendo ese afecto; el bilbaíno no supo diferenciarlo—. Sé que es un experto en libros malditos. Mucho más de lo que quiere confesar.

—Llamarme experto es desmesurado. Dejémoslo en un humilde estudioso de algunos enigmas —sonrió ante su propia vanidad.

—Que me puede ayudar mucho en mi búsqueda...

—¿Quiere encontrar un original? Ya le advierto sobre ese imposible. Lleva perdido siglos y, pese a los intentos de comunidades esotéricas de media Europa, no se ha dado con él.

—Lo sé, lo sé. He seguido su pista y es una quimera. No es eso exactamente lo que quiero de usted.

—Le escucho.

—Sé que conoce a los mejores falsificadores del mundo; sé que tiene contactos con “gentes del libro” que podrían crear una copia para mí.

—Le veo muy bien informado.

—Yo también tengo mis contactos —masculló.

—El señor de todos los metales, ya veo.

—Nada se le resiste, ¿no es cierto? —guiñó un ojo en señal de complicidad. Esa que reconocen los que saben bien del poder del dinero.

—Desea usted una copia.

—No puedo alzarme con un original, pero quizá una preciosa copia pueda mitigar el dolor de no poseer una joya tan magnífica. Una copia merecedora de ser parte de mi colección, por supuesto.

—Pero esto le costaría una fortuna, don Emilio. Y no precisamente para mí. Podría conseguirle algunas direcciones, de todas formas.

—Con eso me conformaría. Sé que se le respeta en determinados ámbitos. ¿Qué me pide a cambio ?

Su invitado titubeó. Las transacciones con altos coleccionistas de toda España le habían proporcionado nombres a los que dirigirse, pero dudó si aquel era el momento de utilizarlos.

—Nada —dijo al fin—. Solo permítame que lo piense. Se trata de un libro demasiado poderoso, compréndalo.

—Lo entiendo. ¿Cuánto tiempo quiere? —preguntó alguien demasiado acostumbrado a todo tipo de intercambios.

—El que precise. No se preocupe, se lo haré saber si llega el momento.

Cuando los comensales se marcharon, Bravo se sumió de nuevo en el cansancio que le provocaban sus noches en vela. Se retiró pronto a sus aposentos.

Aquella conversación quedó ahí, tras el cristal de las copas de licor que danzaban de una mano a otra y los murmullos de los invitados al bailar en la planta primera de la casa, al son de los violines de los maestros.

El momento prometido llegó dos meses más tarde y, sin saber muy bien los criterios por los que había tomado ya su decisión, una mañana Federico Urtubi bajó de su carruaje y se presentó en la mansión de Emilio Bravo.

5

Cruzó la pradera que rodeaba la casona y llegó hasta el lujoso pórtico que daba la bienvenida a quien quisiera acercarse. Subió la escalinata de un mármol trasladado directamente desde las mejores canteras de la montaña palentina y llamó con el pasador de plata.

—Necesito ver a don Emilio Bravo —le anunció al criado que le abrió la puerta.

—Está paseando por el monte, señor.

—No importa. Le esperaré.

El mayordomo le indicó que aguardara dentro, pero Urtubi prefirió sentarse en los bancos de afuera, a pesar del fresco de la mañana, tomando una taza de leche muy caliente y hojeando la prensa. Dejó su sombrero y su bastón sobre la mesita y repasó en aquellas páginas la situación política, tan convulsa como siempre. La presencia en el poder de Narváez y el partido moderado parecía estar llegando a su fin y las decisiones de la reina se tornaban siempre

un misterio. Había quien afirmaba en una columna de opinión que los progresistas ocuparían pronto el poder, en la figura del general Espartero, un brillante militar vencedor en la guerra carlista y en Ultramar. Urtubi pensó que España necesitaba un cambio que solucionara los muchos problemas que acumulaba desde hacía demasiado tiempo y también la presencia de hombres de una mayor catadura política en el grueso de las entrañas del Estado.

Cuando vio aparecer la figura recortada de Bravo ascendiendo hasta la mansión, casi una hora después, Urtubi cerró el periódico y esperó a que el coleccionista llegara. Vestía como sus parroquianos, con botas y chaqueta de paño grueso, y un pañuelo protegiéndole el cuello de los rigores del viento. Visto de aquel modo, no parecía que quien se acercaba a buen paso hubiera acumulado él solo más capital que lo que habría podido reunir toda la gente de la localidad en varios años.

El Indiano agilizó el paso cuando advirtió que Federico Urtubi se

encontraba allí, esperando con la dignidad de un monarca medieval sentado en su trono de piedra.

—Siento que le haya hecho esperar, don Federico —saludó, un tanto sorprendido—. La niebla no me ha dejado hoy avanzar deprisa.

—Tenga cuidado con esa calima. Es tan traicionera como un demonio. Sobre todo si se acerca a los acantilados.

—Los demonios me dan menos miedo que la bruma —bromeó—. Pero la belleza de las escarpas compensa cualquier riesgo.

Se quitó la gorra y se sentó frente a él, al tiempo que le pedía a su criado una taza de manzanilla templada.

—La prensa nacional no trae nunca noticias esperanzadoras —dijo, señalando el periódico.

—Desgraciadamente. Yo soy más del *Álbum de la juventud* , de Gijón, ya sabe. Aunque ignoro por qué han bautizado de tal modo a un periódico científico y literario. Quizá porque piensen que los que ya alcanzamos una edad no nos interesamos por los progresos que vive el siglo.

Bravo se acomodó en el asiento y se ajustó el pañuelo.

—He de confesarle que yo también lo leo. Y todo me interesa: ciencia y arte.

—Malos compañeros de cama, me parece.

—¿Usted cree ?

—Para mí es así. La ciencia corre demasiado deprisa, mientras que el arte, desgraciadamente, mira para atrás. ¿No ha visto usted imágenes de esas nuevas máquinas de vapor de agua que ya están en todas partes? Revolucionarán el mundo.

—¿Y no lo hace también el arte? —preguntó Emilio Bravo, con una media sonrisa entre los labios.

—No me compete a mí decirlo. En el fondo, yo solo soy un coleccionista.

Por fin la conversación derivaba en los términos que al anfitrión de la casa le interesaban, por lo que no intentó demorar más su curiosidad.

—Dígame, don Federico, a qué debo el honor.

—No se preocupe. Estoy aquí con buenas intenciones.

—No me cabe duda alguna. No le veo tomando la molestia de venir hasta esta colina para hacerme la vida imposible —bromeó—.

Usted dirá.

Aníbal, el sirviente que había atendido a Urtubi, se acercó con una bandeja en las que rebosaban pastas y otros dulces. Llevaba guantes y una levita pulcra como los mayordomos de las grandes casas de la capital.

—He estado pensando en lo que me dijo el otro día. También he buscado entre mis papeles —afirmó el bilbaíno.

—¿Sobre qué, exactamente?

Bravo sabía bien a qué se refería, pero prefirió mostrar cierta ingenuidad. La discreción le había salvado de situaciones incómodas en muchos trances de su vida.

—Sobre el libro. Su libro. Ese que busca con ahínco.

—¿Ya lo ha pensado?

—Le pedí tiempo.

—Y yo le agradecí su interés. En el mundo del coleccionismo no siempre se encuentran personas desinteresadas, ya me entiende. Demasiadas envidias corren por la Viña del Señor.

Federico Urtubi se tomó un instante para hablar. Consumió de un sorbo el resto de su taza y, tras aguardar a que Aníbal sirviera a Bravo, prosiguió .

—Creo que es usted un buen hombre, don Emilio. Misterioso y reservado, pero un buen hombre.

—¿Me considera misterioso, señor Urtubi?

—Su exposición al público de objetos extravagantes no ayuda mucho a defender lo contrario.

—¿Y por eso se ha decidido a ayudarme, porque estima que soy un hombre raro?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensa.

—No, en realidad. Los coleccionistas somos así, y no hay nada malo en ello.

—Me alegra que nos entendamos.

—Verá, deseo de algún modo corresponder a la generosidad con la que me ha tratado, a mí y a mi familia, desde que está asentado aquí. Por eso…

—¿Acaso lo tiene usted? —atajó Bravo, con impaciencia, dejando de un golpe la taza sobre el plato que la custodiaba.

—¿El libro?

—Eso mismo.

—Aún mejor. Sé dónde puede conseguirlo. Porque de tenerlo yo, no podría vendérselo, compréndalo.

—Pero sabe dónde hallarlo.

—Ese y muchos otros.

Urtubi le tendió una tarjeta.

Emilio Bravo la cogió como si fuera a deshacerse el papel entre sus dedos.

—¿Qué es esto?

—La solución a sus problemas.

—¿Un anticuario?

El vizcaíno se recostó en su silla. Estaba feliz por poderle ofrecer ayuda a aquel hombre por el que había llegado a sentir un afecto sincero.

—Un especialista en todo este mundo que nos concierne. Acuda a él y diga que va de mi parte. Es un viaje largo, pero no creo que a usted eso vaya a importarle mucho, habida cuenta de que se ha pasado la vida cruzando países enteros de un lado a otro.

Bravo no pudo disimular sus nervios. Lo que su amigo le ofrecía era un deseo largamente acariciado. Quiso mostrar temple y mantuvo la mirada unos segundos; después, bajó la vista hacia la tarjeta, de papel grueso y letras de cuidada caligrafía, bordeada con arabescos. Era escueta, tan solo un nombre y una dirección. *La solución a sus problemas* , le había dicho Urtubi. No sabía cuánto deseaba que aquello fuera cierto.

Leyó:

JUAN BETSABÉ
Antigüedades
C/ Magdalena, 13
Sevilla

—Sevilla —remarcó Bravo.

—No le parecerá un destino lejano, con su experiencia. Es el mejor lugar al que un coleccionista de libros puede acudir en nuestro país. Vaya, vaya sin pensárselo dos veces. Y dele recuerdos

de mi parte al bueno de Betsabé —completó Federico Urtubi—. Hace tiempo que no visito su tienda.

6

El joven Gustavo Adolfo, desde su mesa de la taberna madrileña, se vio caminando siete años atrás por una Sevilla marcada por supersticiones y patios con cruces. Voces calladas que hablaban entre dientes, y rumores que corrían por los rincones, los tejados y las tapias, por las enredaderas de los callejones y los patios encalados de las casas. La superstición era otra de las religiones de los sevillanos. Una magia oscura que les nublaba el entendimiento y la razón y les obligaba a evitar hablar de muertos, aparecidos y seres del inframundo.

En San Telmo, en el centro aristocrático de Sevilla, en un suntuoso edificio situado no muy lejos del Guadalquivir, creado en el siglo XVI y que persistía en el XIX para formar marinos mercantes, fue donde Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida Bécquer había aprendido con doce años a ligar nudos marineros con soltura y a calcular rutas mediante el sextante en el Colegio de La Marina. Por eso, cuando quedó clausurado de improviso por orden de la corona, en 1848, Gustavo Adolfo sintió una mezcla de pesadumbre y alivio.

En muchas ocasiones, años después, recordaría la primera vez que entró en la clase que lo acogió en el segundo piso de aquel impresionante edificio. Y cuando subió las escaleras sin poder dejar de mirar los amplios ventanales que se abrían expectantes al exterior, mostrando una ciudad nítida bajo el almidón de las nubes. Llegó un día de octubre con una chaquetilla heredada de su hermano Valeriano, un pañuelo de su padre y los zapatos remendados. Todo lo que sabía del mar lo había leído en Simbad el marino y en La Odisea.

En San Telmo estudiaba una parte de los huérfanos de Sevilla, y terminaría clausurada cuando alguien se dio cuenta de que, a la vista de la decadencia del comercio con las Américas, en pocos años la ciudad podría tener más marinos que comerciantes, más marinos que empleados y más marinos, incluso, que habitantes. Demasiado

costoso para una localidad sin mar, y cuya actividad por el Guadalquivir se vería pronto mermada por la presencia del ferrocarril, a pesar del tránsito de barcos de vapor hacia Sanlúcar.

Apenas hacía un año que Gustavo había ingresado en el colegio, lo que facilitó sin duda cierta estabilidad en su vida, tras años difíciles por la muerte de su padre y la separación de sus hermanos entre varios familiares. Tan solo doce meses después se produjo la clausura del centro y la desgraciada muerte de su madre. Huérfano y hundido, el muchacho sintió haber perdido el rumbo que tantas veces aprendió a calcular con su sextante. Ya no se imaginó más sobre la cubierta húmeda de un barco, aspirando el aroma del océano.

Tenía doce años.

¡Estaba en un desierto! Aunque a mi oído
de las turbas llegaba el ronco hervir,
yo era huérfano y pobre… ¡El mundo estaba
desierto… para mí!

Cuando cumplió los catorce, tras pasar por el taller de pintura de Cabral Berejano y el de su propio tío Joaquín, dejó de acudir a las escuelas de pintura y decidió dedicar todo su esfuerzo a escribir.

La noche anterior al momento en el que declaró ese deseo, la recordaba tumbado en su lecho, abstraído en el cielo que pugnaba por aclarase ante las nubes que lo cobijaban. Gustavo Adolfo amaneció bañado en un sudor frío e incómodo, pegado a una piel que tiritaba de responsabilidad y de miedo.

El taller de Joaquín Domínguez se ubicaba en los Reales Alcázares, y la voz del pintor, al escuchar lo que su sobrino le había venido a decir, resonó en todo el edificio:

—¿Que quieres ser qué? —Su tío lo miraba sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

Se encontraban los dos solos en la clase de pintura, rodeados de lienzos que descansaban sobre la mesa, colgaban de las paredes o dormían apoyados, uno detrás de otro, en muros manchados de tiznajos de color. Joaquín Domínguez, primo de José María Domínguez Bécquer, era ya un reputado pintor en Sevilla, con escuela propia donde aceptaba discípulos de toda la ciudad. Sus contactos con personajes influyentes y con la corte le conferían un

prestigio que tenía pensado hacer valer en favor de su sobrino.

En aquel momento se encontraba trabajando en un cuadro de espaldas a Gustavo. Se había vuelto sobre sí mismo para encajar su pincel en un bote con mezcla de aguarrás, mientras miraba severamente al muchacho.

—Poeta, tío —dijo un temeroso Gustavo Adolfo, a quien las piernas comenzaban a temblar por debajo de unos pantalones heredados de su hermano.

—¿Qué es eso de poeta? —Joaquín Domínguez lo escrutó con sus ojos pequeños y oscuros. La calvicie de su cráneo dotaba de mayor severidad a su gesto. Limpió con cuidado los pinceles mientras hablaba, queriendo demostrar el control de sus nervios.

—Quiero ser escritor.

Su tío se restregó los ojos con el dorso limpio de sus manos.

—No sé qué diablos me vienes a decir —contestó secamente.

—Quiero escribir, tío. ¿No recuerda las veces que he leído mis versos a la familia ?

—Eso lo he oído, pero sigo sin entenderlo. ¿Piensas, acaso, sobrevivir con ello? —Lo miró con fiereza—. ¿De verdad piensas vivir así? Si por lo menos quisieras ser pintor, yo te ayudaría.

Pintor. Las palabras le retumbaron en su cerebro. Gustavo se vio en su mente desarrollando el oficio. La pintura había estado presente en su familia desde hacía generaciones. Ahora no podía traicionar ese pasado. Se trataba de crear, tan solo; como escribir. Crear mundos. Imaginar. Inventar fantasías. Soñar.

—Yo te ayudaría —repitió.

—Pero yo solo sé escribir versos.

—No digas tonterías, Gustavo —Su tío pareció comenzar a perder la paciencia—. Sabes dibujar bien, y mejor lo harías si le pusieras empeño.

—No sé pintar.

—Eso no es cierto. Tienes muy buenas maneras. Y eres el que mejor dibujas de toda la familia.

Se levantó y se quitó deprisa el guardapolvo manchado de aceites. Después se lavó las manos y, con ellas aún mojadas, se atusó el cabello y la barba.

—No, al menos, como mi padre o como usted —completó el chico.

—Con trabajo, llegarías a ser grande. Solo te hace falta un poco más de esfuerzo.

—Podría ganarme la vida escribiendo para periódicos. En Madrid hay quien ha hecho fortuna así.

—Ya, escribiendo para periódicos —repitió sin pretender ocultar la ironía.

—Pagan bien. Por página.

—Por óleo te pagarían veinte veces más tus clientes. Tienes talento con el pincel, Gustavo, y con trabajo podrías mejorar mucho y convertirte en un gran pintor. Valeriano ya va camino de ello.

—Valeriano es mucho mejor dibujante y pintor que yo. Y quiere dedicarse a este oficio. Es su vocación y su deseo. Pero no es eso lo que quiero, tío Joaquín. Quiero escribir.

—Majaderías. No sabes lo que dices.

Joaquín Domínguez se volvió al cuadro en el que estaba trabajando,

y que parecía haber dejado, y embadurnó de nuevo su pincel. La conversación le había hecho perder la concentración. Sentenció:

—Y no quiero volver a hablar más de este asunto —Se mostró tajante, descubriendo el tono colérico que hasta ahora había tratado de dominar.

—Pero…

—¡Basta ya! —No podía soportar encontrar toda una estirpe truncada por un solo eslabón.

—Tío, mi decisión no quiere contravenirle. Valeriano seguirá la tradición con dignidad.

—De eso no me cabe duda, pero olvida esa postura, jovencito: estudiarás este oficio. Y no lo hago porque sea mi deseo, sino porque es lo que me corresponde. Ese es, al menos, mi deber y la deuda que tengo con nuestra familia. Empezarás mañana temprano.

Gustavo aguardó unos segundos en silencio, luego se encogió de hombros y asintió. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó el viejo reloj que había pertenecido a su padre. El mismo con el que un día su progenitor había consultado la hora a la salida de la Catedral, desesperado porque el tiempo se le escapaba.

—Es tarde —dijo Gustavo—. He de marcharme.

—Sé puntual mañana. Si no, las mezclas se secan. Te las tendré preparadas.

Gustavo Adolfo salió de la estancia arrastrando los pies y con la cabeza baja, buscando el alivio del aire fresco de la mañana.

El pintor respiró hondo para ganar fuerza interior con la que pudiera apaciguar su ánimo. Se tranquilizó.

Todo seguía en orden, se dijo. Por el momento .

Comenzó sus prácticas en el taller de Joaquín Domínguez con cierta pericia. Gustavo Adolfo era buen dibujante y movía el pincel con gracia sobre el lienzo y el papel, pero carecía de la disciplina necesaria para aprender técnicas de pintura y su imaginación volaba con mayor frecuencia de la deseada.

Poco tiempo después, su tío se dio por vencido.

—Con esa actitud, nunca serás un buen pintor. Ni siquiera un poeta aceptable.

Tras el fallido episodio, su madrina, Manuela Monnehay, había dispuesto, al ver la creciente dispersión del muchacho, que estudiara cuentas en casa con un instructor. Al menos intentaría encaminarlo al negocio del que era dueña, una próspera perfumería en la Plaza del Duque de la Victoria. Gustavo aceptó sin el menor entusiasmo. Hacerle comprender a su madrina determinadas cosas, a menudo se antojaba imposible.

Mauricio Hernando sería el encargado de dar clase durante unos meses al joven Bécquer. De mediana edad, afable y elegante a pesar de la caspa que solía nevar las solapas de su chaqueta, Hernando intentó introducir a aquel espíritu soñador en el proceloso mundo de los números, un universo en el que Gustavo nunca tuvo mucha intención de entrar.

Los días fueron pasando rápidos y ociosos, salpicados por algunas horas diarias de estudio, el deambular insomne por la Sevilla mágica y la obsesión por permanecer escribiendo.

Así, los nuevos inviernos trajeron primaveras en las que seguir creyendo, y en 1853, con diecisiete años cumplidos, las ojeras marcadas y los pómulos despuntando por la delgadez, guardó los pinceles en un estuche de terciopelo y decidió por fin fraguar su propio destino.

7

Sevilla, 1853

Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida, que firmaba como su padre, con el segundo apellido paterno, Bécquer, tenía una elegancia natural por encima de la media a sus diecisiete años, la piel clara a pesar del sol andaluz, el pelo oscuro, y los ojos brillantes y hermosos de su madre.

A aquella altura de siglo, Sevilla era una ciudad de calles luminosas y estrechas, asomada al Guadalquivir y sus barcazas, a los muelles ganados al arenal y al cielo.

Si bien ya sin el tránsito de antaño, donde el comercio con América había cubierto de oro la ciudad en siglos pasados, la cicatriz de agua seguía siendo omnipresente. Iglesias barrocas y suntuosos palacios de esta y otras épocas convivían con las casas de los barrios más populares; barrios donde no era difícil encontrar viajeros europeos, con la piel del rostro quemada y una botella de brandy siempre en el bolsillo, tomando notas y esbozando trazos en pequeñas libretas de papel color sepia .

En la pradera de la orilla del río, Narciso Campillo, un muchacho espigado y nervioso, que había conocido a Gustavo Adolfo en San Telmo, se aclaró la garganta antes de comenzar su declamación. Juntos habían escrito Los conjurados, una obrita de teatro que llegó a representarse en el salón de actos ante los entusiastas alumnos de su curso.

Contaba un año más que Gustavo; era alto y de porte arrogante, de pelo endeble, ojos profundos y gestos faciales un tanto duros. Una nariz prominente, que trataba de disimular con el incipiente bigotillo que la edad le permitía, terminaba confiriéndole cierta ferocidad al rostro.

Gustavo lo admiraba profundamente por su inteligencia y su

innata capacidad intelectual. Era capaz de memorizar poemas enteros con solo leerlos y crear, gracias a una exquisita sensibilidad, composiciones narrativas de gran altura.

Aspiró una bocanada de aire, respiró profundamente y comenzó a recitar.

Se mostró algo alterado por la presencia de Julia Cabrera, amiga de Gustavo más que de él, pero continuó intentando no mostrar su tensión. Llevaba bajo el brazo un libro de romances, viejo y desgastado por tanta lectura, pero la tarde sevillana, como otras muchas horas vespertinas, habría de escuchar esta vez sus propias creaciones.

—Amigos, que la luz de los grandes nos alumbre.

Aquellas reuniones rimbombantes eran muy del gusto de Campillo, al que le gustaba insuflar de pompa y boato las citas literarias que organizaba. La figura de la muchacha, sin embargo, se le antojaba como una intromisión entre su amigo y él. Tampoco le agradaba la presencia a veces de Valeriano, el hermano favorito de Gustavo, a quien la literatura no le atraía demasiado. Solo Gustavo Adolfo podía comprender la llama de la poesía como él la sentía.

—Necesitamos también la percepción femenina —Gustavo señaló con el mentón a una Julia que se había ruborizado. Él era consciente de la poca simpatía que despertaba Julia en Narciso. Al menos en aquellas pequeñas tertulias de poetas.

A su amigo no le gustó la apreciación. Ella era una intrusa, un objeto extraño en una atmósfera de armonía. Pero Gustavo Adolfo estaba entusiasmado con la idea de invitar a Julia a su círculo secreto. Y aún pensaba que aquella tertulia debía abrirse a más voces en Sevilla.

Poco a poco, otros jóvenes poetas de la ciudad fueron incorporándose a lo que seguía siendo un grupo que no alcanzada la media docena de adolescentes.

—¿Ella escribe, recita? ¿Por qué, entonces, ha de venir? —le espetó Narciso una tarde de comienzo de primavera.

—Porque es mejor lectora que tú y que yo juntos. Porque sabe más de literatura que un catedrático y porque, fundamentalmente, es mi amiga.

Con aquellas aseveraciones quedó zanjado el asunto, pero

Gustavo comprendió que un grupo con disidencias, por pequeño que fuera, no podía llegar nunca a buen puerto. Y de puertos y distancias algo sabía tras su paso por San Telmo. Narciso seguía mascullando la idea de viajar a Madrid y observaba cómo aquellas discusiones alteraban el objetivo principal.

Fue la propia Julia la que un día tomó la decisión. Dejó de aparecer en las reuniones literarias de los amigos y prefirió apartarse del grupo antes de que ello quebrara su amistad con Gustavo.

—Ayer no viniste a la Alameda —le preguntó este al verla.

Apretó el paso antes de perder a la chica por el entramado de las callejuelas del centro.

Ella no se paró.

—Había quedado en acompañar a mi madre a la floristería. Quería encargar varios ramos —mintió Julia.

—Tu madre podía haber ido sola.

—Hace mucho que no la acompaño a hacer recados.

—¿Seguro que es por eso?

—Quería estar con ella, eso es todo .

—Con ella, y no con nosotros.

Julia se paró ante Gustavo Adolfo y lo miró sin pestañear. La joven tenía un rictus en la base de la frente que indicaba lo mucho que le estaba costando mantener aquella conversación.

—Es mi madre. Me necesita más. Vosotros estáis mejor sin mí —y tras decirlo, continuó su paso.

—Sabes que eso no es cierto.

—Oh, Gustavo, no te lo digo como reproche. Si lo hago, es por nuestro bien. Será mejor que no nos veamos en una temporada.

Gustavo no entendió la actitud de su amiga. Sacudió levemente la cabeza.

—No te tienen que afectar los comentarios de Narciso. Además, no tiene mala intención.

—Lo sé, pero es cierto que a veces me siento una intrusa en medio de todos vuestros sueños. Tiene razón en que soy una extraña. Ni siquiera escribo poesía.

Gustavo Adolfo la sujetó con fuerza del brazo y le obligó a que lo mirara.

—Julia, tú eres mucho más que eso. Eres la persona que quiero

que nos acompañe en nuestro camino, en esa misión que se abre ante nosotros. Quiero compartirlo contigo.

—Tú sí, Gustavo, pero…

Gustavo Adolfo la interrumpió con un beso que selló cualquier protesta. Era la primera vez que la besaba, aunque entre sus amigos corría el rumor de que eran novios desde hacía tiempo. No era verdad. Julia era para Gustavo la amiga cómplice con la que contemplar el misterio de los días. Julia, ensimismada con la magia del joven, que le ofrecía un reino más allá de su vida aburrida dentro de una familia adinerada, no podía dejar de sentir algo más profundo y desconocido por aquel muchacho de aire serio y ojos intensos.

—¿Vendrás mañana? —le preguntó Gustavo, y ella se derrumbó como una rosa bajo la fuerza del granizo.

Un leve frescor trajo consigo un aroma a flores silvestres difícil de esquivar .

—Si quieres, iré —dijo, casi en un suspiro.

Él no dijo nada, pero respiró tranquilo. Le bastaba mirarla para saber que lo haría.

8

En abril de 1853, el matrimonio formado por Carlos Heinrich y Manuela Monnehay llegaba en un tren en el que habían atravesado media Francia hasta la populosa y moderna Estación de Saint—Lazare de París.

Fue un viaje largo, en diligencia desde Sevilla a Madrid y Cataluña, y más tarde hasta más allá de la frontera, donde tomaron el ferrocarril a la capital, y que acabó con el humor de Heinrich, que odiaba aquellos desplazamientos a los que le sometía su esposa cada cierto tiempo. París, la ciudad de origen de Manuela, desde donde su padre, Carlos Monnehay, procedente de la región de Picardía, había partido a la ciudad andaluza a fundar su comercio, les recibió con una atmósfera húmeda, nublada y oscura.

Caminando por los amplios paseos de los bulevares, sazonados de elegantísimas construcciones con cubiertas abuhardilladas en ladrillo azulado y tiendas con el género más selecto, Manuela regresaba a su infancia y se convertía en la chiquilla que podía sacudirse por fin las miradas ajenas para descubrir ella sola el mundo. Se ajustó un poco el elegante sombrero de tul y se abrigó el cuello con un embozo de pieles. Doña Manuela Monnehay, de pelo color castaño oscuro y ojos grandes y melancólicos, no era ni bella ni excesivamente elegante, pero tenía el encanto que le regalaba una mirada joven e inteligente. Hablaba castellano con un casi imperceptible acento francés y su voz era cálida y envolvente, con un mohín de temperamento inculcado por su padre desde niña.

—He quedado citada con un anticuario del Passage du Caire. Tú podrías buscar algo de sol esperándome en algún café cerca del Sena, querido.

El hombre, regente del negocio de perfumería con su esposa desde que la conoció, se estiró malhumorado sus bigotes, casi rotos en sus extremos por la insistencia del gesto. Después, sacó el fino puro de la boca y negó con la cabeza, tras dar una bocanada. Se atragantó. Ese empeño de su mujer en viajar a París cada seis meses

empezaba a hartarle un poco.

—No. Te acompañaré.

A los pocos minutos, con los tejados de Notre Dame agujereando el cielo en un horizonte cercano, caminaron hacia la entrada del pintoresco establecimiento que Monnehay conocía bien. Cruzaron el umbral. Las campanillas colgadas de la puerta avisaron al dueño de su llegada. Un hombrecillo corrió hacia ella al reconocerla.

—¡Doña Manuela! ¡Doña Manuela Monnehay! ¡Bienvenida, madame! —gritó al verla entrar. Llevaba unas gruesas lentes que al momento se quitó para hacer una exagerada reverencia—. Monsieur...

—Marcel, bon ami.

Marcel Domenique se abalanzó casi de un salto y le cogió por sorpresa la mano para besar el dorso en señal de cortesía. Luego hizo un ademán para que entraran delante de él.

—Pasen, pasen, pasen…

El lugar se encontraba casi oculto entre los soportales de la avenida, en la orilla más populosa del Sena. Un corredor de tiendas que databa de hacía más de medio siglo y que sobrevivía al tiempo y a las modas de la burguesía, que había ido desplazando sus gustos hacia otros lugares de la ciudad.

Heinrich odiaba aquel lugar saturado de objetos sin orden alguno. Se limitó durante toda la estancia a permanecer quieto, apoyado levemente en el mostrador, sin aparentar interés por nada. Pensó que Marcel parecía haber salido de las páginas de un cuento de los hermanos Grimm, con sus calzas hasta media pierna, sus botines de cuero con hebillas doradas, un blusón y un chaleco rojizo de mangas recortadas. El anticuario tenía los ojos pequeños y las manos grandes, y cada vez que terminaba una frase se limpiaba con el dedo la saliva que se le había acumulado en la comisura de los labios.

Marcel, que se definía a sí mismo como un arqueólogo de ciudad, era un hombre discreto al hablar del origen de muchas de las piezas que almacenaba en su tienda. No revelaba, por ejemplo, de dónde había sacado algunos sables que colgaban tras el terciopelo en una pared, o los rifles con bayonetas, o las monedas de oro de su colección, preciosos doblones de la época del rey Felipe II de España, que había quien sospechaba que eran producto

de saqueos de sigilosos cazatesoros.

Por un momento, Carlos Heinrich pensó que todos los cachivaches del mundo podrían encontrar cabida allí. Vio tarántulas disecadas, dentaduras con la mitad de sus piezas de oro, estatuillas talladas sobre colmillos de elefantes, planos de catedrales medievales que nunca llegaron a levantarse y prototipos inacabados de gigantescos barcos. También amuletos formados a partir de auténticos pelos de tigre de bengala o puntas de lanza de la guardia renacentista del ducado de Florencia.

Manuela se acercó a un precioso gato negro hierático, sentado en la punta de una mesa. Tenía los ojos de un verde intenso. Creyó que formaba parte de la mercancía de la tienda hasta que el animal se movió y comenzó a pasear con tranquilidad entre los objetos.

—Es Misi —dijo el dueño—. Siempre está dando vueltas por aquí. Recuperada del susto, se volvió a Marcel.

—¿Qué tienes para mí esta vez? —preguntó, echando un vistazo curioso al interior del comercio, donde las antigüedades descansaban sobre las repisa, el suelo, el techo o lucían colgadas en la pared con la ayuda de enormes clavos de hierro.

—Grandes joyas, como siempre, madame —Sus dientes casi rechinaron de gusto. —Vea, vea, vea…— Era característico de Marcel repetir algunas palabras tres veces—. Acabo de traerme de Milán un aparador de principios de siglo… —dijo, señalando el mueble—. También nuevas lámparas húngaras y un par de sillas Luis XVI… Todo a precio de amigo Marcel, claro está.

La tienda olía a madera, a barniz y a piel curtida. A Marcel le gustaban los clientes como la señora Monnehay: cultos, distinguidos y con el monedero siempre lleno. Para ellos reservaba siempre lo mejor.

—Por poco dinero puede llevarse hoy una joya. Algún diamante pulido.

Manuela inspeccionaba con la mirada cada pieza.

—¿Y esto? —Manuela había señalado un bonito escritorio, recortado entre dos cuadros que le parecieron imitaciones de algún pintor español del Barroco.

—Ah, buen gusto, madame. Se trata de un secreter del siglo pasado.

—¿Inglés? —Se acercó para contemplar mejor su cuidada

madera y los extraños adornos tallados en la parte frontal superior.

—No, no, francés. Y no muy antiguo. Espere, se lo abriré.

Ensamblado en maderas nobles y con apliques dorados en sus vértices, el aparador relucía en una las esquinas de la tienda como un genio esperando ser despertado.

Marcel desplegó de par en par las portezuelas del mueble. En su interior, seis pequeños estantes y cuatro departamentos acompañaban a una vitrina de cristal perfectamente nítida y limpia de suciedad y polvo. Manuela se fijó en los símbolos delanteros.

—Tendrá unos cuarenta años, ¿no es cierto?

—Correcto, correcto, correcto. Principios de siglo. Muy poco uso. Posiblemente de alguna casa palacio del Primer Imperio.

—Me gusta; es sencillo y elegante .

—Está mal que yo lo diga, pero piezas de tal calibre solo las podrá encontrar en la tienda de Marcel.

A doña Manuela le hizo gracia la vanidad del anticuario y señaló enérgica la pieza.

—Lo compro. Sé que lo habrás tasado en un precio justo.

Una ráfaga de orgullo invadió al comerciante. Sí, le gustaba tener clientes así.

—Puede estar tranquila.

—Necesito que me lo envíes. También esas sillas que hemos visto.

—Las más cómodas de París.

—A la dirección de siempre. ¿Habrá algún problema?

—Ninguno, claro está —Marcel hizo una reverencia tal que su frente casi alcanzó a tocar el suelo—. Marcel, siempre a sus pies.

—No repare en gastos. Quiero los enseres en perfecto estado.

—Descuide, señora —dijo ahora en español—. Descuide, descuide, descuide.

Cuando parecía que la conversión había finalizado, y Manuela se dirigía a un apartado del mostrador a abonar la cuenta, se volvió de un giro rápido hacia el dueño.

—¿Y libros? ¿Tienes libros?

Marcel esperó un momento antes de contestar; luego lo hizo despacio, deleitándose con cada palabra.

—Los mejores de todo París, madame. Ya lo sabe. Los mejores de todo París.

Manuela se despidió con una sonrisa, cogió del brazo a su marido y ambos salieron rumbo a las entrañas de la urbe.

9

De madrugada, solo los gatos callejeros seguían imperturbables su deambular por las calles. Nada más alteraba las horas y el silencio de la noche, antes del canto del gallo. Entró en su gabinete privado, en un ritual que solía completar tres veces a la semana, con la mente macerada de ideas y la pluma ágil para emborronar páginas.

La cita con los nuevos pliegos extendidos sobre la mesa de nogal y los artículos de escribanía le esperaba de nuevo. Buscó en las baldas algunos libros y comenzó a escribir tras repasar sus notas, sus apuntes de días pasados, con un conocido sentimiento de dicha por completar la tarea.

Consultó uno de sus volúmenes favoritos: un compendio, publicado en 1772, del alemán Carlos Schoeffer, donde se recopilaban hasta ochenta y una muestras de papel, fabricado con musgos, hierba, virutas de haya, de sauce y de álamo, tallos de lúpulo y de vid, cáñamo, ortigas o malvas. Papel de maíz, de heno, de pulpa de remolacha y hasta de estiércol de caballo. El papel de Oriente fue siempre el más sólido, a partir de fibras de bambú y algodonero, mientras que en Europa terminaría destacando el realizado a partir de algodón y de trapos de lino. En España se encontraban las mejores fábricas .

Repasó los tipos, las encoladuras de pliegos con cola de animal y cola vegetal, y las máquinas de papel continuo. Pasó horas disfrutando con la lectura de la elaboración y su prensado.

Cada línea estampada llegaría después, como un milagro. Qué mérito había en escribir, se dijo; y, sin embargo, qué veneno le impedía dejarlo. Continuó tan frenéticamente que, dos horas más tarde, había completado más de ocho páginas. En pocas noches podría acabar un nuevo volumen y poner punto final a muchos meses de trabajo.

Se levantó de la mesa y se dirigió a un estante donde guardaba cubiertas de cartón en perfecto orden. Encajó las adecuadas al

grueso de cuartillas que le aguardaban silenciosas, hasta formar un libro compacto y casi concluido.

Puso su seudónimo en la cubierta, con caligrafía circular con arabescos, lo guardó todo y se fue entonces a dormir, con los ojos cansados y las manos aún manchadas de tinta.

10

Llevaba horas vagando descalzo y semidesnudo por la alcoba, y luego por el resto de la casa, incapaz de conciliar el sueño. Aferrándose a las paredes para no perder el equilibrio y caer sobre sus propias pisadas. Hubiera deseado entablar conversación con las mismísimas almas del infierno, de haberse personado, para evitar perderse en el caos de delirios en el que temía precipitarse.

Si alguien lo hubiera hallado en aquel momento, tratando de retener el control, se hubiera dado de bruces con un hombre vencido, exhausto, huésped de sí mismo y lleno de dolorosas grietas interiores. Con las sábanas de la cama aún sin tocar aquella noche y los ojos vidriosos por la vigilia en la hora de las luciérnagas.

Se había despertado veinte minutos antes al percibir un sordo murmullo que no había podido identificar. Se mantuvo sentado en la cama cuando intuyó una respiración desconocida y se levantó después, aterrado y con un nudo en la garganta asfixiándole. La cabeza le dolía como si le estuvieran clavando finas agujas sobre las sienes.

Escuchaba una respiración pausada, de eso estaba seguro. Pero en su alcoba no había nadie. Miró a un lado y a otro, y terminó asomándose por alféizar de la ventana. El claro de luna iluminaba el jardín con rotundidad y las montañas quedaban ancladas en un horizonte muy lejano. Comenzó a tener miedo. Se dirigió hacia la puerta, corrió el pestillo y salió a las escaleras. La oscuridad y el silencio parecieron devolverle sombras fantasmales que intentaban gritar su desafío de siglos, pero eran solo eso: sombras.

Los retratos permanecían mudos en la cárcel de pesados marcos de madera traída de otras tierras. Miró los ojos de sus antepasados y estos permanecieron quedos en su mutismo ancestral. Se sentó en la descalzadora recuerdo de su viaje a Cuba y allí permaneció unos segundos, expectante.

A Emilio Bravo se le aceleró el pulso cuando creyó escucharlo de nuevo.

Entonces lo vio. Estaba allí, quieto, en el rincón donde descansaba su sillón preferido. Era un hombre joven, demacrado y con barba rala, vestido con un hábito de franciscano de un tono muy oscuro, casi negro. Su imagen se evaporaba y volvía nítida por momentos, y sus ojos permanecían perdidos en la nada.

La habitación se mantenía semioscura, pero ahora Emilio Bravo podía distinguirlo perfectamente desde su pequeño asiento de madera. El hombre parecía ausente y no se movió.

Emilio Bravo se acercó despacio. No creía en fantasmas; nunca había tenido miedo de los vivos y ahora no iba a tenerlo de los muertos.

Conforme iba aproximándose a la figura, esta se fue diluyendo hasta evaporarse por completo. Alargó la mano hacia donde ya no había nada y un frío extraño le cubrió el dorso.

Se tumbó después en la cama.

Dudó si en realidad había sentido algo en su cuarto o lo que ocurría era que se estaba volviendo loco.

Sí, se convenció de que se encontraba en un primer paso hacia la locura. Desesperado, imaginó historias que rasgaran su desvelo. Y probó pócimas para quebrantar su insomnio. Todo fue inútil. Perdía la vida a chorros y no era capaz de evitarlo. Decidió por fin huir de la vivienda en busca del aire que le faltaba en aquel abismo.

Se vistió apresuradamente y llegó hasta el recibidor. Salió tambaleándose.

La madrugada era helada y por ella surcaban los duendes invisibles de las tinieblas. Rodeó su mansión y después la dejó atrás para adentrarse en los prados que se abrían como una alfombra fresca a sus pies.

Llegó hasta Luanco y paseó con rabia entre las paredes del amanecer, por la localidad y sus alrededores. Caminó ensangrentando sus pies hasta que el dolor y la fatiga le obligaron a parar. Algunos pescadores preparando las redes lo miraron con curiosidad mal disimulada.

Abatido y terriblemente agotado, regresó a su casa.

Se desvistió despacio y se sentó en su sillón, con las manos presionando los ojos, aguardando a que el milagro del sueño se apiadara de él y lo atrapara por fin entre sus garras.

Quiso tranquilizarse y no lo consiguió.

Pensó vender su alma por un poco de sosiego y no se atrevió.

Y entonces, por primera vez en su vida, por dolor o por desesperación, o quizá por ambas cosas, lloró desconsoladamente sin poder evitarlo.

11

Al día siguiente, volvieron a ver al indiano merodear más allá del puerto. No se mostró muy hablador y hasta despidió de una manera hosca a quienes le saludaban.

Unas ojeras que parecían excavadas en las entrañas de la tierra confirmaban que no había descansado bien la noche anterior. Apenas recordaba como vago el episodio de la figura fantasmal de hacía unas horas, como un sueño que va siendo devorado por gusanos. Sintió ardor en el estómago y su frente hervir por la fiebre. La mañana era hermosa y clara, y un aire con olor a centeno fresco y a salitre le embriagó. Cerró los ojos, aferrándose al espinazo de la felicidad.

Los acantilados que perfilaban la costa le devolvían siempre los ecos del camino de su propia vida. A escuchar el rugir de las olas, el tiempo pasado le rozaba con su canción de despedida. Recogió su gorra y sus guantes y puso rumbo de nuevo a Luanco.

Sintió una mezcla de amargura e ilusión en la garganta, mientras los lugareños, bajo un cielo terrible que anunciaba lluvia escondida tras nubes de metal, iban y venían a su alrededor viviendo sus horas. La paz de la mañana se trastocaba en emociones que, de pronto, enmarañaba almas y las desordenaba una a una, dejando implantada su huella de titanio .

Las gentes comenzaban su trajín de trabajo en las faldas del pequeño espolón. Caminó por la calle principal, dejando el muelle a su espalda, hasta que una voz le atravesó la nuca.

—¿Se encuentra bien, don Emilio?

Volvió en sí, como si una música celestial hubiera avivado sus sentidos. Giró despacio sobre sus talones y la vio, con sus modales de dama de novela épica y su perfil de princesa medieval. Mirella Vorán, la hija del maestro, lo miraba con sus grandes ojos oscuros sobre una tez sonrosada y limpia.

—¿Se refiere usted a mí, señorita?

La muchacha se acercó con un mohín divertido trazado en el

rostro.

Era más hermosa aún en las distancias cortas y Bravo sintió que toda su experiencia de trotamundos se desvanecía de un soplo.

—Claro, ¿a quién si no? ¿Ve usted muchos “don emilios” por aquí, acaso?

Su frescura en el habla, su voz de heroína de mil cuentos y sus ojos de diosa le parecían a Bravo lo más bello y sutil que recordaba desde hacía años. ¿Cómo había podido vivir sin aquella silueta celestial, sin la luz de aquellas facciones? Aún más, ¿cómo había sido posible compartir calles con aquella chiquilla magnífica y no caer ya rendido a cada paso?

—Perdone —intentó sonreír—. Estaba distraído.

—He advertido que se encontraba un poco cansado. Disculpe si le he importunado con mi presencia.

Bravo la miró con ternura cuando ella se ruborizó. ¿Desde cuándo aquella mujer le estaba observando? No tendría más de veinticuatro años y su mirada serena contrastaba con el aspecto descuidado y ojeroso que él presentaba. Deseó con todas sus fuerzas tener menor edad: el ímpetu de la juventud sabe bien cómo ocultar las miserias de la vida.

—No, no, cómo iba usted a molestarme.

Le tomó la mano para acercársela a la boca en señal de saludo gentil, y ella descubrió entonces un corte en la palma de su mano. Era reciente y apenas estaba cicatrizado. Emilio Bravo cerró el puño y sintió un agudo dolor.

—Cuídeselo, o se le infectará —dijo ella, con toda la dulzura de la que fue capaz.

—No tiene importancia. Me corté anoche. Ya se sabe lo que pasa cuando uno no duerme bien. No controla sus reflejos —sonrió para quitarle importancia.

—Debe usted atender a su salud, don Emilio. Después de todo, es lo único importante.

—A mi edad, ya apenas hay cosas importantes, señorita Vorán.

—No diga usted eso; habla como un viejo, y no lo es.

—Peino canas desde hace mucho tiempo.

—¿Ese es su problema? ¿Peinar canas?

—No le oculto que me gustaría restar años, en vez de sumarlos.

—Creo que adivino una mirada soñadora y noble más allá de la

insignificancia de cualquier edad.

Emilio Bravo no supo qué decir. Simplemente la miró como quien observa a un magnífico diamante incrustado en su escondrijo milenario de la montaña.

—¿Me acompaña? Voy a Santa María. Es hora de misa.

Mirella asintió y pasearon en silencio, aspirando el aire que llegaba del horizonte marítimo que se abría ante ellos, más allá del pórtico de piedra del templo.

Dentro, las tinieblas y el frescor de la iglesia nublaron los sentidos de la muchacha, a quien no importaba que algunas mujeres observaran desde los bancos su entrada con El Indiano. Mirella Vorán había regresado tras trabajar en una casa de Gijón como institutriz. Su padre le había enseñado de niña, no solo a leer y a escribir más que correctamente, sino las cuatro reglas matemáticas y cuantas cuestiones de cultura general había podido inculcarle. Consciente de que la vida en Luanco solo le podía deparar un trabajo por debajo de sus posibilidades, Esteban Vorán se esforzó en buscar a su hija un empleo mejor remunerado en una casa acomodada .

Volvía a su villa marinera para cuidar a su madre, enferma desde hacía tiempo. Mirella Vorán era una hija responsable y solícita, que bebía ahora sus días entre la atención a sus progenitores y las labores del hogar. Apenas un pequeño paseo y las compras en el mercado de la plaza distraían sus horas.

Jamás acudía a las fiestas celebradas por Emilio Bravo en su casa, a las que era puntualmente invitada junto a su padre, y nunca comentaba a nadie lo que de ellas se decía a lo largo y ancho de la localidad. Sabía que Emilio Bravo había vuelto con una fortuna después de su desembarco por América, que era conocido como un singular y excéntrico coleccionista y que otra de sus aficiones principales, si no la que más amaba, era la de caminar por las praderas y riscos que circundaban Luanco.

Los corrillos hablaban de un hombre demasiado rico y demasiado solo como para no derrochar su dinero sin pudor, pero ella únicamente veía a un hombre huidizo y bueno, con muchas muescas en su alma.

Desde que había regresado al pueblo y lo había conocido, Mirella Vorán se esforzaba por hacerse la encontradiza con él en

calles y comercios. Alguna vez, cuando había coincidido con su padre, Bravo les había relatado experiencias de sus viajes con oriundos de los que no había oído ni hablar, reyezuelos que parecían invenciones y exóticos parajes cuyos nombres no aparecían en los mapas.

Después, en la soledad de su casa, mientras atendía a su madre y preparaba la comida de los tres, Mirella soñaba con conversaciones imposibles con El Indiano; y diálogos capaces de desquebrajar por sí mismos aquella armadura forjada con la que se cubría sin incisiones ni hendiduras.

Quizá por ello y de tanto desearlo, la plática tuvo lugar, como una batalla ansiada por ambos contendientes, donde cada uno suspiraba por demostrar su arrojo y el hilo que entretejía los cortinajes de sus entrañas.

Escucharon misa en silencio, estudiando cada suspiro callado del otro pero sin mirarse para no dar que hablar. Apenas rozándose .

A la salida, caminaron juntos, felices, como una pareja de novios que disfrutaba de la nueva dicha que se abría ante ellos.

—¿Y por qué no se ha casado usted aún? Pretendientes no le han debido faltar.

La joven se volvió sorprendida. Bravo quedó hipnotizado por el rubor de aquellas mejillas de una piel perfecta, y los labios más carnosos y sensuales que había visto jamás. Tenía el pelo oscuro, pero le brillaba tanto que parecía bendecido por el sol. Lo solía recoger en una coleta o un moño, a veces enfundado en un pañuelo como las mujeres que son hijas de la mar.

—Podría hacerle yo exactamente la misma apreciación, don Emilio.

Siempre que conversaba con ella comprendía que había algo en aquella joven que le hacía diferente al resto. Que cualquier momento intrascendente podría durar media vida y no sentir los minutos ni el hastío del tiempo perdido.

—El destino es siempre caprichoso, Mirella, y no se ha nunca de turbar. Quiso que anduviera por esos mundos de Dios sin mayor compañía. Y ha sido sabio, créame, porque la existencia que he llevado habría sido difícil para una mujer. Demasiados riesgos de un mundo construido por gentes sin alma.

—Un trayecto fatigoso para acometerlo solo, sin duda.

—He de confesarle que sí estuve casado. Fue en América del Norte y duró poco tiempo. Un accidente absurdo se llevó a mi esposa, y con ella, toda mi felicidad. No tuvimos hijos, no sé si por fortuna.

—Lo siento, no sabía nada —se disculpó Mirella, quien no hubiera podido sospechar que aquel hombre, que parecía no haber permanecido afincado nunca en ningún sitio, hubiera contado con una compañera de vida.

—Era muy joven cuando ocurrió. A partir de ahí, abandoné aquel país y me lancé de nuevo al mundo que había dejado poco antes, y que me esperaba para enterrar mis recuerdos y miedos.

A Emilio Bravo se le nublaron los ojos. Unos ojos grisáceos que, lejos de presentarse fríos, almacenaban un resplandor del que era difícil protegerse. Prosiguió con voz lenta y acompasada, como si le costara hilar cada reducto de memoria.

—Perdone que no le mencionara a mi esposa. No es un episodio agradable para mí.

—Soy yo la que debe disculparse con la insolencia de mi respuesta. Solo buscaba evadir su pregunta de una manera más o menos airosa, pero ahora veo que ha sido muy desafortunada.

—El pasado siempre es nuestra condena, Mirella. Es la cadena que nunca va soltando los grilletes.

—El pasado es nuestra historia y nada de ella puede sernos ajeno.

—A mi edad, solo me queda ya el presente. Es lo único que tengo y a él me aferro con la fuerza de los titanes.

Emilio Bravo le había cogido sutilmente la mano, apenas un roce, que Mirella sintió como un sobresalto.

—He de irme. No debo dejar tanto tiempo sola a mi madre.

—Iré mañana a ver a la señora Constanza, si le parece.

—Se alegrará de su visita.

—Y le llevaré una cesta de cerezas —sonrió.

—Le apreciamos en casa, don Emilio, bien lo sabe.

—Su padre es un hombre extraordinario, siempre lo ha sido. ¿Está bien sobre las seis?

—Merendará con nosotros.

—Será un placer.

Mirella Vorán hubiera querido acurrucarse entre los márgenes

de aquella estampa varonil que rezumaba fuerza, de aquella estatua del hombre hermoso que todavía era, alto y cruzado por mil avatares escritos en el grisáceo de su cabello.

Le hubiera gustado decirle muchas cosas, y decírselas al oído, muy cerquita, dejándose cegar por aquel aroma a roble fresco que le fascinaba. Pero solo se atrevió a despedirse, intentando que el sonrojo de su rostro pasara inadvertido.

—Hasta mañana, pues —acertó a decir.

El pudor de la muchacha le había revelado que ella no le sentía como el esbozo de un hombre mayor y solo. La vida es extraña e implacable, pero también ofrece oportunidades de navegar por buen puerto y arribar a lugares que ofrecen un inesperado júbilo. Y Mirella era la única mujer que le había hecho replantearse sus días como un nuevo regalo de los dioses.

Ella se fue envuelta en sueños, sin saber que Emilio Bravo había descubierto su rubor. Y que la miraba con ternura, preguntándose por qué él no tendría veinte años menos.

Al llegar a la casona, Aníbal, su criado de confianza, un hombre de casi dos metros de altura que le recibía siempre como un perrillo fiel, le sorprendió mostrándole un cuchillo manchado con sangre.

El indiano lo miro estupefacto.

—¿Qué es eso, Aníbal?

—Señor, lo he encontrado esta mañana en el jardín, junto a la puerta.

—¿Y qué significa? ¿Hay alguien merodeando por la casa?

—Hemos buscado, señor, pero no hay nadie.

—Entonces, ¿se puede saber de qué estercolero has sacado esto?

Aníbal sostenía el cuchillo en la mano.

—Pensé que quizá usted habría sacrificado algún animal y lo había perdido.

—Tíralo —lo dijo con una voz fría—. No es mío.

Dejó a un lado al criado y siguió rumbo hacia las escaleras, en busca de sus aposentos. Lo hizo con la mirada baja, caminando despacio.

Emilio Bravo apretó la palma de la mano y una cicatriz alargada y fresca se abrió en tenues hilillos de sangre. No recordaba haber utilizado el cuchillo, no recordaba haberse cortado con él. ¿Lo había

hecho, realmente?

Había muchas cosas que comenzaban a preocuparle.

Muchas cosas. Y estaba llegando el momento de poner coto a todo ello.

12

La señora Constanza arrastraba una enfermedad desde hacía años que le ajaba los pulmones. Unos conductos ya gastados como plomo oxidado, que le provocaban momentos de asfixia y que tanto su marido como su hija Mirella trataban de paliar como mejor podían. Ambos se esforzaban porque aquella mujer consumida, que en su día había levantado con su trabajo todo un hogar y el de una docena de parientes, no sintiera cercano el peso de los días que terminan.

Esteban Vorán llevaba diez años jubilado como maestro en la única escuela de Luanco, por donde habían pasado cuatro generaciones enteras de lugareños, una buena parte de los cuales se terminaron marchando a la ciudad, a continuar su formación o para trabajar en las fábricas que se iban levantando como castillos de arena en los nuevos trazados de los barrios.

La casa de los Vorán se situaba en el centro del pueblo, muy cerca de la iglesia, con una maravillosa vista del mar que se colaba desde su segunda planta.

Cuando lo vio llegar desde el alféizar de su cuarto, con su porte de marino avezado en otros océanos, Mirella salió a su encuentro. Llevaba puesto su mejor vestido .

—¡Señor Bravo…! —lo recibió con destellos en la mirada. Sobre su pelo brillante y suelto parpadeaban los sonidos de las olas.

Emilio Bravo vestía pantalón ancho y botines, camisa de lino y un chaquetón ajustado que hacía resaltar su figura delgada, pero robusta, curtida con la madera del mejor árbol. Se había recortado la barba y realzado las patillas. Levantó lo que portaba en su mano derecha

—Como prometí —sonrió, y su rostro se volvió cristalino como las aguas que crujían a su espalda.

Mirella abrió los ojos para devorar con ellos las cartografías de medio mundo.

—¡Cerezas!

—Recién traídas del Valle del Jerte; las mejores de toda España.

Esteban Vorán apareció por el umbral de la entrada. Al verlo cargado de años, pero mudo de felicidad, el indiano sintió sana envidia por la familia que el maestro había construido en una tarea desarrollada a lo largo de toda una vida.

La tarde transcurrió pausada y dichosa, entre charlas y risas que devolvían el valor de la memoria. Constanza y Esteban eran dos niños que volvían a su infancia, y el calor de los ojos de Mirella le hizo pensar a Emilio Bravo que el cielo era mucho más que aquella capa azul e inabordable que cubría sus cabezas.

Durante los siguientes días, los paseos por el puerto fueron habituales entre ambos. Mirella lo cogía del brazo y Emilio caminaba orgulloso, sin interesarle en demasía los murmullos de algunas mujeres o las miradas de los hombres a su paso.

—¿No le importa el qué dirán, Mirella?

—Iban a decir de todas formas, así que les adelantamos el trabajo

—rio.

—¿Y qué dicen, exactamente ?

—Lo normal en estos casos: que si es usted un soltero bañado en oro, que si es demasiado mayor para mí, que si yo únicamente le acompaño por el interés…

—Ah, ¿eso dicen?

—Y más cosas.

—¿Aún más?

—Hay pocas novedades en un pueblo pequeño como este, señor

Bravo. Supongo que el que se vean juntos a un hombre adinerado y a una institutriz rebelde debe ser lo más divertido que encuentran por aquí.

—Ya veo. Estoy poco acostumbrado a los rumores. Me he pasado la vida desplazándome de un lado a otro y me temo que nunca le di tiempo a nadie para que pudiera comentar sobre mí.

—Es una suerte, créame. Los chismorreos pueden llegar a ser bastante incómodos.

—¿Le preocupan?

—En absoluto. Hago oídos sordos. ¿Ve? —Y mientras se reía, se

tapó los oídos con ambas manos.

A Emilio Bravo le hechizaba la frescura sin doblez de aquella joven. Ella era lo más auténtico que había descubierto en años.

—¿Y usted qué piensa, exactamente? Me refiero a qué opinión tiene de mí.

Mirella vaciló un momento, en lo que no fue sino una pose para estudiar la reacción de su acompañante.

—¿Tanto le interesa?

—Lo que más.

En aquel juego de miradas, Bravo comprendió que tenía todas las de perder. Estaba tan magnetizado por la joven que hubiera sido capaz de saltar vestido al mar si en aquel momento ella lo hubiera siquiera insinuado.

—Bueno, creo que es usted una buena persona.

Bravo intentó disimular la agitación que le provocaba la muchacha.

—Buena persona —repitió sin poder cerrar la comisura de sus labios—. Así que eso es lo que piensa de mí. ¿Y eso es todo ?

—¿Le parece poco?

—Me parece mucho, en realidad. Pero quiero más.

—Es usted muy exigente.

—Siempre lo he sido. Por eso hice fortuna.

El gesto de Mirella se trastocó de pronto. Bravo lo advirtió de inmediato.

—¿He dicho algo inconveniente?

—No, claro que no —disimuló.

—Me había parecido que algo le había importunado.

—Señor Bravo…

—Por favor, Mirella, llámeme Emilio. Ya se lo he pedido mil veces.

—Lo siento, señor Bravo —hizo caso omiso—. Será mejor que vuelva a casa. Mi madre me estará esperando.

—Muy bien, la acompañaré.

Hicieron el camino de vuelta en silencio. Bravo notó cierta incomodidad en la joven y no quiso comentar nada más. Mirella lo despidió de una manera un tanto fría y ni siquiera dijo nada de volver a verlo.

—Quiero estar aún más tiempo con mi madre, don Emilio; ella

me necesita.

—Lo comprendo. Pero si en algún momento quiere charlar o precisa algo… Lo hago extensible también a su familia, por supuesto.

—Gracias; sé de sus sinceras intenciones.

—No me mueven otras, Mirella, se lo aseguro.

La joven no añadió nada. Se introdujo en su vivienda sin volver la vista atrás, sabiendo que la mirada de Emilio Bravo intentaba traspasarle el cerebro para saber qué pensaba en aquel instante.

Él se marchó con cierto regusto amargo en la garganta, con la íntima sensación de haber perdido una última y preciada oportunidad de confesarle que la amaba.

Ella entró deprisa y corrió hacia la ventana, tras la que se mantuvo viendo cómo aquel apuesto hombre que le había robado el corazón se perdía en el embozo de la tarde.

13

¿Cómo hacerle comprender que su patrimonio no era más que el pábulo con el que los murmuradores trataban de separarlos? ¿Cómo decirle que su hacienda, aquella enorme mansión que envidiaban a cien kilómetros a la redonda, le traía sin cuidado? Un hombre llegaba desde la bruma y le arrebataba el corazón, qué difícil todo.

En ello pensaba Mirella Vorán mientras caminaba por un muelle atestado de gentes de la mañana, resolvía dos recados para su madre y escogía después la compra de alimentos frescos en el mercado de la plaza.

A una ligera distancia, Emilio Bravo la observaba con sigilo. Cada centímetro de su esqueleto se azoraba al verla hablar, moverse, avanzar a pequeños pasos. Ella habitaba sus horas, solo ella, y le daba sentido a todo lo que parecía imposible.

Por eso los preparativos del viaje no se demoraron mucho tiempo.

Bravo había dejado ordenado a sus criados todas las actividades que debían desarrollar en su ausencia. Dispuso que la gestión de sus papeles correspondiera a su secretario personal y que las tareas de la casa discurrieran con normalidad hasta su vuelta.

—Quiero que todo permanezca igual a mi regreso .

—Así será —respondió Aníbal, quien se quedaba al cargo de la casa.

—Antes, has de hacerme un favor. Entrégale personalmente esta carta a la señorita Mirella Vorán. Pero hazlo al día siguiente de mi marcha. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Recuerda: solo a la señorita Vorán.

El grandullón asintió y recogió de manos de don Emilio un pliego doblado cuatro veces y lacrado con el blasón del apellido Bravo. El indiano vio cómo lo guardaba con cuidado y supo que nadie podría arrebatarle a aquel hombre el orgullo de una misión cumplida.

—Sabes que confío en ti.

—Sabe el señor que puede hacerlo —sonrió, mostrando unos dientes irregulares y feos.

Unas horas después, Emilio Bravo subía a su caballo para seguir el camino de herradura que lo llevaría hasta la diligencia en Gijón. Allí le aguardaba un largo trayecto, con varias paradas en casas de postas hasta llegar, primero a Madrid, y luego a Sevilla. Portaba una maleta, una mente cansada y un único objetivo.

Aposentado en el confortable interior del carruaje, extrajo del bolsillo del abrigo su cartera, y de ella una tarjeta que había leído mil veces desde que Federico Urtubi se la diera. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para poner las ideas en orden y calibrar lo que el sur de la Península podría depararle en las próximas semanas.

Hacía viento y el ambiente era lluvioso en Luanco. Urtubi le había hablado un día de otro coleccionista que vivía a las afueras de Sevilla. Un terrateniente que atesoraba tantos libros como tierras, y tantas tierras como pudiera imaginar: Luis Pelegrim.

—Si va a ir a Sevilla, no deje de visitarle. Está enfermo y es un viejo gruñón, pero quizá quiera recibirle —le había adelantado Urtubi, en una mañana de café en el salón principal de la casona de Bravo.

—¿Qué tiene él que pueda interesarme? —inquirió el indiano.

—Hace años que no veo a Pelegrim, pero cuenta con una de las bibliotecas más sugestivas sobre antiguos textos secretos. No se la enseñará pero, si dice que yo le he enviado, le hablará de ella.

—No sé cómo agradecérselo, Urtubi. Se ha tomado usted muchas molestias.

—No le aseguro éxito en su empresa. Si quiere, yo mismo le escribiré.

—Gracias de nuevo, amigo mío. Si precisa algo de mí…

—Tengo más de cincuenta años, Emilio. Hay pocas cosas que me interesan ya, y usted y sus extraños gustos es una de ellas. Creo que es un buen hombre, que no ha tenido una vida fácil, y que se merece algunas alegrías. Si le interesa ese tipo de libros y yo puedo facilitarle algunos nombres, ¿por qué no habría de hacerlo?

Urtubi hablaba con sinceridad. Había sido toda su vida un trabajador incombustible, y ahora saboreaba la dicha de sus días

liberados. Se abrochó el gabán antes de despedirse y le tendió su tarjeta.

—Con una condición —concluyó.

Emilio Bravo aguardó expectante. Sabía hasta qué punto aquel hombre le estaba ayudando sin reservas.

—La que sea, don Federico.

—Que me siga permitiendo tomar este delicioso almuerzo a las puertas de su casa, en su jardín, mientras charlo con usted de lo divino y de lo humano. Con un magnífico habano entre los dedos, por supuesto. Y que me tenga al corriente del hallazgo de sus libros. Charlar con alguien interesante es de lo poco que aún me da placer.

Unas semanas después, el correo trajo de vuelta la contestación de Luis Pelegrim a la carta de Urtubi. El viejo terrateniente se encontraba mucho más enfermo de lo que el vizcaíno imaginaba.

—Emilio, tengo noticias de Pelegrim —fue a decirle hasta su casa—. Me ha llegado carta suya esta misma mañana .

Emilio Bravo se acomodó en su butaca, detrás de la cual un amplio balcón de piedra se abría a las montañas y, apuntando al horizonte, a la villa de Luanco. Intentó disimular la impaciencia. Su huésped se había levantado hacia la consola que decoraba un ala del salón. Se mostraba preocupado. Bebió el brandy que llenaba su copa y miró el puro que sostenía encendido.

—Se está muriendo, Emilio.

No dijo más. Se quedó unos minutos allí, observando su tabaco sin saber qué decir. O sin poder hacerlo. La noticia había sido tan dolorosa como inesperada. A Luis Pelegrim no le restaba mucho de vida.

Luis Pelegrim, el terrateniente sevillano que había hecho de su casa un fortín de documentos del pasado, era su segunda estación. Un hombre, a decir por Urtubi, tan enigmático como los insólitos personajes de aquellos libros del Infierno.

Mirella Vorán constituía ahora su preocupación primera. Ella era un universo limpio y había muchas cosas que desconocía. Secretos que era mejor que nunca supiera. De hacerlo, quizá no querría compartir con aquel hombre solitario ni uno solo de sus días.

Pensó en la reacción de la muchacha al leer la carta. Imposible

adivinar su gesto al descubrir su marcha. Quizá le odiaría por no haberle hecho partícipe de su viaje. Qué más daba, a veces no somos dueños de nuestro propio destino.

Intentó descansar. Hacía demasiado que no dormía.

Llegó a la vivienda de los Vorán a la mañana siguiente de la partida de su amo. Era la casa del viejo maestro y la conocía todo el pueblo. Golpeó tres veces la puerta con el aldabón de bronce. Escuchó después al otro lado unas pisadas suaves y no tardó en aparecer por el umbral la figura de la hija de Esteban, una muchacha joven con una belleza serena .

Aníbal se ruborizó ante ella al advertir su mal aliento y sus dientes medio rotos. Agachó la cabeza y le tendió el sobre. Conocía perfectamente a la destinataria, que un día se había marchado del pueblo para trabajar de profesora en una casa pudiente de la ciudad y que ahora volvía para pasar el tiempo con sus padres.

—Mi señor, don Emilio Bravo, me encargó que le entregara esto en persona, señorita.

—¿Para mí?

El hombre asintió con un gesto.

Mirella dudó un momento antes de coger el escrito. No entendía el objeto de aquel acto ni las maneras que había elegido Bravo para ejecutarlo. ¿Por qué una carta para ella?

La recogió y rompió el sello de cera. El hombre se despidió en silencio y se marchó.

Mirella no había llegado aún a su cuarto cuando comenzó a leerla. Estaba escrita con una caligrafía angulosa y perfecta. El papel olía a un perfume varonil que identificó de inmediato como el que usaba Emilio Bravo. La misiva le encogió el corazón. Decía así:

«Mi queridísima Mirella.

Me es ingrato informarle de un hecho que habrá acontecido cuando usted tenga esta carta entre sus manos, entregada por mi fiel Aníbal.

No se alarme. Se trata solo de informarle de mi viaje hacia el otro lado del país.

Razones poderosas me obligan a ello, como también me obligan a

mantener los motivos en secreto. Es una marcha forzada para resolver algunos asuntos importantes y estrictamente personales.

Me hubiera gustado poder decirle en persona que estaría ausente durante unas semanas, quizá meses. No puedo precisar el tiempo: este es un viejo coloso a quien es imposible dirigir.

Quiero que sepa que estará usted eternamente en mis pensamientos.

Que la llevaré en mi alma y en mi corazón, y que deseo que espere mi vuelta con tanto ahínco como yo aguardo regresar.

No me olvide, Mirella. Solo le pido eso. Nada más y nada menos.

Suyo por siempre,

Emilio Bravo».

Dobló la carta varias veces y la apretó entre sus dedos. Cerró sus ojos con tristeza y con cierta furia contenida.

Escuchó que su madre la llamaba desde el dormitorio de arriba y entonces volvió en sí.

14

Cruzó el cercado que la rodeaba y se dirigió a la puerta principal. Subió la escalinata de acceso. El golpeo de un gran llamador, que representaba la cabeza de un león con la boca abierta, atronó la entrada.

No abrió nadie. Insistió.

Al no encontrar respuesta, Mirella Vorán buscó alguna señal de vida y vio entonces cómo las ventanas estaban abiertas. Había alguien habitando la casa.

Una voz conocida resonó a su espalda.

—El señor no está, ya se lo dije ayer.

Aníbal se acercaba por el camino que llevaba al pórtico. La muchacha giró sobre sus pasos.

—Aníbal…

Conocía al criado más fiel de Emilio Bravo. Todo el mundo lo conocía.

El hombre portaba aperos y algunos artículos de cuero para caballos. Al verlo, Mirella tuvo la impresión de que se había pasado media vida siendo un animal de carga. Sostenía cada pieza con fuerza, como si portara en realidad un peso insignificante.

—No he venido buscando a don Emilio, Aníbal; sino a ti.

El criado se puso nervioso y pasó por delante de la mujer sin mirarla.

—Usted dirá, señorita.

—Es sobre la carta que me entregaste ayer.

—Él me pidió que se la diera un día después de su marcha.

Antes de que el criado desapareciera, Mirella espetó:

—De ello quería hablarte.

Aníbal se detuvo.

—Le dije la verdad. Se ha ido, señorita —comentó, sin darse la vuelta.

—Sí, pero ¿a dónde? —su pregunta sonó a lamento desesperado.

El hombre se giró para mantener la conversación frente a frente,

aunque lo que deseaba era escapar de ella cuanto antes.

—No lo sé.

—¡Claro que lo sabes!

—No, no lo sé; tiene que creerme.

—Aníbal, tú eres su hombre de confianza. No da un paso sin consultártelo todo.

—Yo solo soy un criado, nada más. No tiene por qué confiarme sus secretos.

—¿Dónde ha ido, Aníbal? —insistió.

—Se ha marchado de viaje, lejos. Al otro lado del país. Lo ha hecho otras muchas veces.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Él es así, señorita Mirella. Muy suyo para sus cosas.

—Si deseaba salir de incógnito, ¿por qué me escribió?

—Creo que lo sabe, señorita. Para el señor Bravo usted es muy importante.

Ella se ruborizó al escuchar aquellas palabras en boca de Aníbal.

—Por favor, dime dónde está.

—No lo sé, señorita.

Por esta vez, la muchacha dio por terminada la conversación. El criado y Emilio Bravo se habían salido con la suya, pero no se iba a dar por vencida tan fácilmente. No, no era eso lo que le había enseñado su padre desde niña .

Volvió a su casa furiosa, sin conocer aún el paradero de Bravo, pero comprendiendo el silencio de Aníbal.

Su madre la esperaba sentada en un sillón, con la vista puesta en un mar que casi traspasaba la ventana abierta.

—¿Cómo ha dormido hoy, madre?

—Mejor que ayer. Ahora me queda solo que sea peor que mañana.

Mirella sonrió mientras le colocaba la toquilla de lana sobre los hombros. Doña Constanza seguía manteniendo el carácter que había desplegado durante toda su vida.

—Le cerraré la ventana o cogerá frío.

—El aire fresco me despeja la mente.

—Usted ya no necesita la mente para grandes cosas, madre; lo que necesita es no perder la salud.

—¿Vienes de la casona del indiano?

A Mirella le sorprendieron esas palabras.

—Sí.

—¿De hablar con ese hombre?

—No está —se puso a ordenar los pañitos de la mesa para evitar que se diera cuenta de lo que le incomodaba la conversación.

—¿No está?

—No, quería hablar con su criado.

—¿Se ha marchado?

—Eso parece. Y quería preguntarle a su sirviente si sabía dónde.

Doña Constanza suspiró. Había cosas que no escapaban nunca de la agudeza que otorgaban los años.

—Observé el otro día cómo lo mirabas.

—Madre… —protestó.

—No digo que esté mal —se apresuró a aclarar—. Solo que me di cuenta de que no te era indiferente.

—Es un buen hombre.

—Eso lo sé. —Entonces no ha de ver problema en ello .

Doña Constanza se mordió el labio inferior, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Es un buen hombre —repitió—, lo que no sé es quién es.

Mirella se volvió.

—Ha llegado de América hace casi tres años y…

—Sí, sí, ese cuento lo conozco.

—¿Y qué más quiere saber?

—Quiero saber quién es en realidad.

Luanco se abría hacia el mar con un gran bostezo de agua. Mirella Vorán aguardaba las palabras de su madre con ansiedad, sin importarle el chasquido de las olas que escuchaba de fondo o la tormenta que se anunciaba en la lejanía.

—No la entiendo, madre.

—Estoy segura de que ese hombre no es Emilio Bravo.

—¿Qué está usted diciendo?

—Hija mía, he vivido mucho a mis cuarenta y ocho años y, aunque ahora enferma, pocas personas pueden ya engañarme.

—¿Me trata de decir que don Emilio nos ha mentido? Eso no es posible.

—Quizá a otros pueda ir con ese cuento del indiano que vuelve rico, pero no a mí. Ese hombre no es Emilio Bravo, hija. ¿Qué sabes

de él? Llega aquí, dice que se marchó hace, ¿cuánto? ¿Treinta años? Suficiente como para que nadie le reconozca.

Mirella admiró la claridad con la que su madre reflexionaba. Con más lucidez que ella misma.

—¿Ha encontrado algo extraño en él? Porque a mí me parece un hombre honesto —se sentó frente a doña Constanza.

—Mirella, me di cuenta nada más verlo entrar en casa. Ese hombre no es quien dice ser. Yo conocí a Emilio Bravo muy bien.

La confidencia acalló hasta el sonido del mar.

—¿Lo conoció usted?

—¿No iba a ser así, si Luanco era entonces más pequeño que ahora? Fuimos novios de jóvenes.

El rostro de su hija se transformó por entero.

—¿Novios ?

—Bueno, novios… Él tenía dieciséis años y yo acababa de cumplir los dieciocho. Era un muchacho pendenciero que no conseguía salir a flote en una familia humilde como la suya. Me prometió cambiar y hacerse un hombre de bien. Un pillastre, pero totalmente encantador —sonrió, recordando—. No tenía buena fama en el pueblo y tampoco era muy querido. Mis padres, que nunca aprobaron nuestra relación, vivieron con gran alivio la noticia de su marcha. Muchos soñaban con el Nuevo Mundo, donde se abrían grandes oportunidades, inalcanzables para una España devastada por la guerra contra los gabachos. Y se fue. Y ahora vuelve un hombre después de tanto tiempo que dice llamarse así. Es lógico que todos lo hayan creído. Pero yo hubiera reconocido al instante al joven que se llevó con él mi corazón. La mayoría de la gente que lo frecuentó ya ha muerto o lo ha olvidado. Yo no. Un primer amor no se puede olvidar jamás.

Mirella respetó durante unos segundos el mutismo de su madre tras el relato. Después, habló despacio.

—Madre, no sabía nada —dijo, aturdida.

—No tenías por qué saberlo. De hecho, cuando hace tres años me enteré de la llegada al pueblo de un hombre que decía ser Emilio Bravo, se me removieron las entrañas. Tampoco le dije nada a tu padre. Él no conoce esa historia. ¿Para qué, si éramos unos niños y han pasado tantas cosas?

—Pero es posible que esté equivocada…

—No, supe que me encontraba en lo cierto cuando se sentó aquí el otro día, con nosotros. No voy a negarte que al principio me dolió que no me hubiera venido nunca a visitar, sabiendo que llevo sin poder salir de casa cuatro años. La vida es larga y, aunque prometió volver un día y casarse conmigo, ahora, como tú comprenderás, nada tiene sentido. Pero me sorprendió que no me buscara. Cuando lo tuve delante, supe por qué.

—Continúe, madre. No me había hablado nunca antes de esto.

—Ya no merece la pena. He sido feliz con tu padre y con mi vida .

Y siempre pensé que Emilio Bravo no volvería jamás. Por eso, el otro día aguardé su llegada con una expectación emocionada. Cuando la tarde anterior me dijiste que vendría a visitarme, imaginé mil maneras diferentes de recibirlo. ¿Cómo sería nuestro encuentro, después de toda una vida? Pero cualquier sensación se desvaneció de inmediato. Sencillamente porque aquel hombre que entraba en mi casa no era Emilio. No, no lo era. Lo supe enseguida. Él, por su parte, de haber sido en realidad quien dice ser hubiera expresado algún tipo de turbación. Estoy segura. Nada de ello hubo, y no podía ser de otra manera.

—Estoy tan sorprendida por todo lo que me está contando que me cuesta entenderlo.

—No te preocupes, hija. Cómo ibas siquiera a sospecharlo.

Mirella se dejó caer en el asiento, apoyando su espalda en el respaldo del sillón y elevando los ojos hacia ninguna parte. Creyó por un momento que iba a marearse.

—Hay más. Por eso sé que no estoy equivocada.

La muchacha se reincorporó, preparada para escuchar ya cualquier cosa.

—¿Más?

—Emilio Bravo tenía un defecto físico. En realidad era el producto de una de sus muchas peleas en el puerto. Le faltaba la mitad superior de la oreja derecha, que una madrugada un rufián le había arrancado de un mordisco. Fue lo primero que miré cuando lo tuve delante, y tuve entonces la certeza de que, como ya imaginaba, no me había equivocado. Mirella, no sé quién es ese hombre y por qué se hace pasar por el muchacho que un día salió de Luanco para embarcar hacia otro continente, pero te puedo asegurar que no es

quien dice ser. No, hija, ese hombre no es Emilio Bravo.

II. EL CIELO

15

Los corredores se mantenían a oscuras, únicamente alumbrados por la claridad que desde la calle traspasaba los amplios ventanales. Los poetas dirían que la casa dormía como un torreón medieval en una noche lóbrega.

Dispuso el atril para la lectura, que le acompañaba siempre en el proceso de creación, y se ajustó las lentes, usadas desde que las largas horas bajo el quinqué le fatigaran la vista.

Conocía bien todos los tipos de pieles con los que se encuadernan los libros, una de sus aficiones favoritas. El último lo había cubierto con piel de becerro, con el título en el fronstipicio de la primera página. Disfrutaba observando el tafilete de los lomos, los rebordes, los dorados de la cubierta. En un cartapacio guardaba varios tipos de papel: de seda, chino, holandesa, papiro… Se lo hacía traer de distintas partes de España: de Madrid y, sobre todo, de la región valenciana, donde elaboraban un papel artesanal elegante y de gran absorción.

La tinta era otro misterio maravilloso. Le gustaba ver cómo brotaba tras mojarla en la pluma, fluida y fresca, junto a los objetos de escribanía de la mesa.

Comenzó su tarea.

Dibujó en los ribetes unos estampados que terminaría otro día recubriendo de tinta roja. El color le ofrecía a sus escritos una dosis ignota de violencia contenida que hacía más envolvente el texto. Resaltó las mayúsculas, que trazaba con artificios no muy grandes, discretos: se trataba de ensalzar, no de intrincar la palabra.

El tiempo no existía mientras emborronaba páginas y el espacio perdió toda lógica. Vino a visitarle un hombre con las manos de un mago y la mente de un genio, que vestía de forma extraña, se sentaba y comenzaba a hablarle. Le describía paisajes más allá de todas las fronteras. Citaba títulos de libros que ya no recordaba y que descansaban en bibliotecas que recuerdan a las alejandrinas, con argumentos envueltos en la pátina de los arcanos. Cuando la

sombra se iba, apartaba de sí las hojas escritas para releerlas.

Dos horas más tarde se limpió las manos de tinta y dio por concluida la noche.

16

Días después de la marcha de Emilio Bravo, la muchacha esperó a que Aníbal saliera de la casa para seguirle. Mirella Vorán había llegado muy temprano, confiando en que el criado aún no se hubiera ausentado, y así fue.

Aníbal no la vio mientras se alejaba de la mansión, rumbo al centro de la villa. Luanco se desperezaba a esas horas bajo el sonido del mar golpeando el muelle y la vista de las gaviotas, que bajaban a sus aguas en busca de los primeros peces.

A una distancia prudente, los ojos de la chica no perdían detalle.

Vio al hombre comprar en el mercado y visitar un comercio, hablar con el tendero de marroquinería y sopesar una silla de caballo. Pagó su encargo y charló con algunos parroquianos allí presentes. Nada que le llamara la atención. Después se dirigió calle abajo, hasta las casitas que se apartaban del mar para adentrarse en la parte más llana de la villa. Allí entró en la herrería. Dedujo que Aníbal estaba aprovisionando al caballo de don Emilio, un magnífico ejemplar de raza árabe que cuidaba con esmero y por el que era envidiado en toda la comarca.

Mirella lo observó junto al herrero .

Aníbal departía afablemente con el forjador, quien le terminó tendiendo amablemente las tenacillas para sacar una pieza del fuego.

Ambos consumían el tiempo entre las cenizas y la fundición de los metales. El criado volteaba la herramienta de hierro, moldeando algo parecido a remaches de proas de barco.

Las brasas ardían en la fragua con un fulgor que podía hechizar a quienes miraran. Mirella estaba hipnotizada.

De pronto, una nueva esquina de su mente se abrió. Algo ocurrió; algo que no supo identificar a primera vista.

Fue solo un instante. Los siguió observando sin poder apartar la mirada.

¿Qué ocurría?

Aníbal comenzaba a apreciar los últimos trabajos que el forjador le iba mostrando, pero fue cuando se hizo con las pinzas de la caldera cuando Mirella percibió que aquella situación no le era del todo desconocida.

Apretó los puños, satisfecha.

Ahora estaba más cerca de aclarar algunos misterios.

Había tardado un tiempo, pero por fin supo que habían encontrado lo que buscaba.

Cargaba algunas alforjas de cuero y tachuelas para ajustar a la silla del caballo de Emilio Bravo. El animal había sido devuelto unas horas después de su partida, desde el lugar donde el indiano lo había dejado a buen recaudo para tomar un carruaje hasta la ciudad.

No vio que alguien le esperaba en medio del camino hacia la casa, distraído como estaba intentando poner mentalmente en orden todas las tareas del día.

Cuando hubo superado el camino pedregoso, una voz le sacó de su recogimiento.

—Hola, Aníbal .

Mirella Vorán se encontraba a pocos metros de él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Aníbal alzó la mirada y vio la dureza en los ojos de la joven.

—Señorita Mirella, ¿usted otra vez? —intentó ser amable, pero descubrió su malestar.

—¿Te sorprende que haya venido?

—Ya se lo dije todo ayer, señorita —volvió a bajar su rostro.

Mirella se colocó a la par para caminar junto al hombre.

—Quizá no todo —contestó ella.

Aníbal pasó por alto la observación.

—Perdone, he de llegar pronto a la casa. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Te he visto esta mañana en el mercado.

—Tenía que hacer unas compras para don Emilio.

—También te vi hablar con el herrero.

—Julián, el herrero. Es un buen amigo.

—Parece que lo conoces desde hace tiempo.

—En realidad, no. Pero siempre se aprende de él. Es muy sabio con la forja, y un maestro del hierro.

El camino hasta la mansión no se acortaba, a pesar de lo avanzado, pensaba Aníbal. Un ligero sudor comenzó a mojarle la nuca y la espalda.

—¿Aprender? ¿Quieres aprender de él? —el tono de la joven le resultó indescifrable.

—El trabajo de la forja me gusta. Me ha gustado siempre.

—No creo que debas aprender mucho, Aníbal.

—Es cierto —bajó el tono—, soy el criado de don Emilio y con eso me ha de bastar.

—No lo digo por eso. Eres inteligente y podrías desarrollar cuantos oficios quisieras. Además, eres fuerte como un toro. Es porque ese trabajo en particular ya lo dominas.

El silencio se espesó entre los dos.

—Creo que la señorita se equivoca.

—Yo creo que no .

Aníbal apretó el paso y Mirella tuvo que esforzarse para seguirle.

—Sabes tanto del moldeado del hierro como Julián, el herrero.

—No sé a qué se refiere.

—Te he visto coger las tenazas y meterlas en el fuego, Aníbal.

—Julián me deja probar. Es buen hombre, ya se lo he dicho —contestó, azorado.

—Me he fijado cómo moldeabas en la fragua.

—Nada que no pueda hacer cualquiera.

—Aníbal… cuando os he observado a los dos, en el calor de la forja, he comprendido algunas cosas que se remontan a otro tiempo, a los años en los que aún no me había marchado a trabajar a Gijón.

El hombre se detuvo en seco y se giró hacia donde se encontraba la muchacha. Por un momento, la chica tuvo miedo. La expresión del criado se había tornado hosca.

—No sé dónde quiere ir a parar, señorita. Yo no he hecho nada malo, se lo juro.

—Te creo —dijo, en un hilillo, para tranquilizarle; o quizás para tranquilizarse a sí misma.

—No he hecho nada malo —repitió, como un niño. Sus ojos comenzaron a humedecerse y el hombre corpulento se fue transformando en un chiquillo miedoso.

Mirella sintió lástima. No quería enjuiciar a aquel hombre; solo conocer la verdad.

—Te creo, Aníbal.

—¿Qué quiere de mí? —comenzó a andar de nuevo.

—Nada. Solo que me cuentes dónde está don Emilio y por qué se ha ido.

—No lo sé, señorita Mirella.

La mujer suspiró. Era hora de abordar el asunto. La casa estaba próxima y sabía que el criado se refugiaría en su interior para dar por concluido el encuentro .

—Aníbal, tú eras el herrero de Luanco hace años, ¿verdad? ¿Hace cuánto? ¿Quince, quizá? Yo te recuerdo de niña, con ocho o nueve años, rodeado del humo de las brasas. Lo he sabido en cuanto te he visto manipular las herramientas de la forja.

Aníbal se sentó en un banco de madera próximo a la verja que rodeaba la casa, aunque más bien se dejó caer pesadamente, como si el mundo le hubiera aprisionado con sus manos.

—Se equivoca.

—Recuerdo haberte visto centenares de veces cuando iba a la escuela. Pasaba por delante y el humo de la fragua me asustaba.

El hombre calló.

—¿No dices nada?

—No.

—¿Quieres que siga?

—Es una larga historia, señorita.

—¿Qué fue de ti, Aníbal?

—Nada en particular —mintió, y Mirella lo advirtió.

—No es eso lo que se cuenta en el pueblo.

—En los pueblos se cuentan muchas cosas.

—Dame tu versión. ¿Por qué te marchaste?

—Problemas, ya sabe.

—¿Conociste entonces a Emilio Bravo?

—No.

—¿Entonces?

—A don Emilio se lo debo todo. Se portó como un padre conmigo.

—Cuéntamelo, Aníbal. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—¿Qué quiere que le cuente, señorita?

—La verdad. Solo la verdad.

El hombre se miró la palma de sus manos, agrietadas y callosas, buscando en ellas quizá la fuerza para comenzar a hablar, o las respuestas que callaba; luego, suspiró y sus palabras regresaron al principio de sus días .

«Nací y me crié en Luanco, señorita Mirella, pero no tuve nunca una vida fácil. Mi padre murió una madrugada en alta mar, y mi madre tres años después. Desde pequeño tuve que aprender a sobrevivir y me vi envuelto en no pocas peleas debido a las malas compañías. A base de mirar el trabajo de la forja, el herrero de entonces, don Román, me permitía entrar en la fragua y quedarme allí mientras él trabajaba. Yo me acurrucaba en un rincón, hipnotizado por las brasas que yacían en el horno y en la manera de preparar la caldera. Me fue enseñando con paciencia su labor, hasta que un bendito día me preguntó si quería aprender el oficio. Con quince años entré a trabajar de herrero, y allí estuve hasta los veintiséis, ayudando a don Román hasta que murió y heredé yo el obrador. Sería la época en que usted me vio moldear los metales, feliz cada mañana acudiendo a mi forja. Podría haber permanecido así toda mi vida, si no fuera porque el infortunio vino a visitarme una vez más y me metí en un lío. Un individuo, maldita sea toda su estirpe, vino a robar una noche y lo sorprendí. En el forcejeo, y recordando mis peores años en las calles, lo ataqué con furia y lo maté. No quise hacerlo, se lo aseguro, señorita. Fue un accidente provocado por mi propia fuerza.

Ahí terminó mi vida.

Fui condenado a veinte años de prisión en el penal de Gijón. Tuve que dejar Luanco, mi oficio, mi casa. Salí a los quince años por buena conducta y una amnistía del gobierno. Aun así, quince años son muchos, ¿sabe?

Pero lo peor vino después.

Una vez libre, el único sitio al que podía dirigirme era aquí, pero aquí nadie me quería. No conocía otro lugar y pensé que en mi aldea podría empezar de nuevo. Me equivoqué de parte a parte. La sombra de un expresidiario es alargada y nadie se fía de su buena voluntad. Nadie acepta de buen grado que ya ha cumplido la

condena y que está preparado para enmendar su gran error.

Ya no era joven y no quisieron darme trabajo con esa excusa, pero yo sabía que no lo hacían porque les seguía inspirando desconfianza. Sin trabajo no hay dinero, y sin dinero no hay posibilidad de pagar un hogar, de recomponer una vida. Me volví loco, señorita Mirella, y comencé a vagar por las calles, sin ningún alimento que llevarme a las tripas. Descuidé mi aspecto y mis maneras y la gente comenzó a rehuirme y a tenerme miedo. Yo me volví cada vez más arisco. Si ellos no me aceptaban, yo tampoco a ellos.

Caí en un pozo del que no veía salida y así permanecí más de un año.

Pensé en lo peor, en el suicidio, en acabar para siempre con todo.

Entonces llegó él. Don Emilio Bravo, triunfante de su aventura por las Américas y pronto dueño de media comarca.

Yo me encontraba en uno de los huecos de los bajos del muelle, cobijado entre cartones, durmiendo para ganarle unas horas de tranquilidad al día.

La voz de aquel forastero era segura y amable.

—Buen hombre, ¿por qué estás aquí, pasando frío?

Hacía años que nadie me hablaba así.

Levanté la mirada y vi a un caballero delgado y bien vestido, con un gabán de marino mercante con grandes botones dorados en la pechera.

—Si continúas aquí, en tres meses habrás muerto de una pulmonía. La humedad del mar te cala sin darte cuenta hasta que ya no hay marcha atrás.

Me sacó de allí, tiró los cartones y la sucia manta que me cubría y me invitó a una taberna a comer algo caliente, migas de escabeche y torreznos.

Le expliqué mi historia como pude, entre bocado y bocado, llorando de emoción por cada trozo que me llevaba a la boca. Le conté toda la verdad. Que me había quedado huérfano muy pequeño y que la mala vida me llevó por caminos que no debí nunca traspasar. Que encontré, gracias a la generosidad de un buen hombre, trabajo como herrero. Que lo perdí porque la sangre me fluyó demasiado deprisa cuando pillé a un ladrón en mi forja. Que

yo mismo pagué mi culpa por haberme sobrepasado. Le hablé del tiempo en la cárcel y cómo después todo el mundo me cerró las puertas.

Emilio Bravo me escuchaba con atención, sin perder detalle de mi relato. Cuando terminé me preguntó, sin dejar de mirarme a los ojos:

—Necesito alguien que se encargue de llevar la casa que he mandado construir, que cuide del jardín y de los animales, ¿quieres ser tú?

No tardé más de medio segundo en contestar. Él continuó:

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

Así comencé mi nueva vida. Don Emilio me ha dado todo lo que ahora tengo: un hogar, dinero por mi trabajo y dignidad, sobre todo dignidad.

Me sacó del fango, señorita, cuando todos me daban la espalda. Me salvó de la miseria y me permitió ser un hombre de bien.

Jamás podré agradecérselo como se merece.

Por ello tengo sellado con él un pacto de fidelidad que no conseguirá romper nadie.

Soy su perro más fiel, señorita Mirella. No sé si podrá entenderlo».

17

¿Cuánto frío podía hacer fuera, en los bosques que circundaban la silueta del océano? El viento silbando con la fuerza de un titán que regresa de otras tierras del norte, la lluvia que arrastraba el aroma de la espesura y sus retamas. Más allá de los cristales de la madrugada, todo era hielo.

Las voces y el griterío se habían ido sucediendo durante toda la noche. Eran sus propios aullidos, que remitían a las sirenas de los balleneros zarpando hacia alta mar. Notó que la calentura le provocaba un sudor extraño, al tiempo que su cuerpo ardía.

No había hielo, ni frío. Era verano y se encontraba en Sevilla.

Se incorporó para mirarse en el espejo del cuarto, como hacía siempre. Le devolvió un rostro pálido, amarillento como la cera de los velatorios. Se oprimió las sienes. Dentro de aquella calavera, en su cerebro enfermo, se cobijaban las imágenes que se negaban a parar.

Le dolía cada pensamiento.

No estaba en Luanco, no intentaba dormir en su casa cercana a la estirpe del mar, sino en una calurosa ciudad del sur.

Recostó la cabeza contra la almohada, ¿estaba dormido o despierto?

La realidad ya no era una certeza, ni los sentidos le ayudaban a reconocerla.

Las voces de su mente callaron de pronto. Los lamentos cesaron. Abrió los ojos. Estaba allí, tendido sobre una cama, tras otra pesadilla atroz, inmisericorde.

Echaba de menos que la puerta se abriera en aquel instante y tras ella apareciera Aníbal, su criado, con un paño mojado. Que se acercara corriendo al lecho para cuidarle:

—¿Otra vez, señor?

Y él, sin fuerzas para contestar, murmurara:

—Otra vez.

Y le pusiera sobre la frente un trapo empapado para aplacarle la

fiebre.

—Tranquilo, señor. No pasa nada.

—¿No los has visto, Aníbal?

Él repetiría lo mismo de siempre:

—No hay nadie, señor.

—Aquí, en mi cuarto.

—Solo estamos usted y yo, tranquilícese.

—Guárdate de ellos…

—Yo le protegeré, tenga cuidado. Y ahora, duérmase.

Solo tras escuchar aquellas palabras volvería a la calma.

Pero Aníbal no estaba allí, sino a cientos de kilómetros, guardando con fidelidad su casa de Luanco.

Se acurrucó como un niño, abrazándose a sí mismo. Ladeó su cabeza y una pequeña lágrima recorrió despacio el óvalo de su rostro. Ya no tenía fuerzas siquiera para llorar. Solo buscaba el descanso.

Cerró los ojos con fuerza e intentó con desesperación volver a dormirse.

18

Juan Betsabé había heredado de su familia una biblioteca de siglos, construida a base de buhardillas podridas de bacterias y sótanos escondidos llenos de polvo. Miles de libros recopilados durante generaciones, supervivientes de guerras, salvados de la mutilación y la hoguera. Purificados por unas manos cuidadosas y expertas, que los remendaban con cariño y tiempo.

Su apellido daba cuenta de un origen judío que tuvo como cuna la Granada conversa que no quiso abandonar la tierra de sus padres. Hábilmente, los Betsabé supieron adaptarse pronto a las circunstancias y enlazar con la administración municipal granadina. Granada, Sevilla, Madrid. La familia regó su apellido durante decenios por varias ciudades, hasta que poco a poco, y sin que nadie supiera muy bien el motivo, se fue diluyendo entre las capas sociales de su entorno.

La Judería se había asentado durante centurias en algunos barrios de fuerte raigambre popular en la Sevilla actual, más allá de la muralla, sobre el crepúsculo de las intrincadas calles legendarias de los barrios de Santa Cruz o la geometría de los pasajes ocultos de la zona de San Bartolomé. Betsabé atesoraba el peso de una tradición que hundía sus raíces en las lejanas madrugadas de la Península: hijo de aquel pueblo que hizo prosperar a una villa medieval ya rica y poblada, eje de algunas de las ideas que catapultaban a una España que nacía. Rezaba diariamente ante el Hejal, el armario que, orientado hacia Jerusalén y situado en el muro este de la estancia, recogía los rollos de La Torá, la sagrada ley judía. La llama perenne en el Hejal se reflejaba entonces en su rostro de perfiles angulosos y barba rala, esbozando los arcanos que solo el tiempo es capaz de dibujar en el alma de un hombre.

El anticuario era dueño de una tienda especializada en la edición y venta de réplicas de libros. Aun cuando en España no era muy reconocida, media Europa alababa su tarea en pro de la salvaguarda de textos que, de otra forma, terminarían sumergidos

en el lodo del olvido. Su oficio era tan esmerado que trabajaba únicamente grandes encargos y al servicio de clientes muy exclusivos, quienes solo podían acceder mediante recomendación personal de otros coleccionistas.

Los grimorios componían su especialidad, con la fascinación que le provocaban aquellos textos medievales escritos, copiados o recopilados por monjes y clérigos, que recogían las artes oscuras, la magia y los preceptos diabólicos de su época. Tratados de magia, de alquimia, de ritos capaces de invocar espíritus desde el más allá. Libros malditos, secretos, ocultos, pero, sobre todo, libros perseguidos durante siglos.

Sin embargo, el empeño de aquel hombre delgado y de mirada ausente, con el pelo cano y la frente despejada, le superó. Aquel hombre buscaba una de las más grandes obras de magia de todos los tiempos.

Así se lo había hecho saber cuando fue a visitarlo a su tienda, ubicada en la estrecha calle de la Magdalena. Betsabé se encontraba dorando con esmero las letras de un nuevo título que iba a editar próximamente, y que figuraría en la línea de teatro del siglo XVI que deseaba presentar públicamente en una edición especial.

El hombre había permanecido unos instantes mirando el escaso escaparate, recortado por unas ventanas de madera que añadían un halo reverencial a los pocos libros que allí se exponían. Betsabé lo había observado desde detrás de su mesa, y lo había seguido con la vista hasta que entró en su establecimiento, revestido de la pátina que ofrece el dinero y con un porte mayestático. Imposible saber si se trataba de un nuevo rico o su escudo estaba blasonado de gules en campos de oro. Vestía bien y olía a perfume caro. Levita, pañuelo y chaleco gris al estilo británico, a pesar del calor. Muy alto y de poco más de cuarenta años. Un rentista o un aristócrata; en cualquier caso, un hombre extraño.

Dijo llamarse Emilio Bravo para, a continuación, y sin mediar palabra, extraer con cuidado una tarjeta de su billetera. Betsabé miró con disimulo las letras labradas en el cuero de la cartera, con la procedencia de la casa curtidora: La Habana. Un indiano, se dijo, un millonario que no sabe en qué gastar su dinero y busca caprichos que lo satisfagan.

La conversación con él le haría cambiar de opinión. Aquel

hombre sabía lo que quería.

Una poderosa seguridad en sí mismo y sus maneras daban cuenta de alguien instruido en los vaivenes de la vida y la sabiduría de los libros. A pesar de no poder esconder en su rostro un origen vulgar, Emilio Bravo había adquirido prestancia con el tiempo. Las finas patillas blancas recortándole el rostro hasta juntarse con la barba le conferían un aspecto aún más sofisticado.

Cogió la tarjeta que le tendía. Reconoció al instante el nombre de su cliente y amigo Federico Urtubi.

—Don Federico me ha dicho que usted, sin duda, podría ayudarme.

Que es uno de los grandes en cuestión de búsqueda de libros.

Lo había pronunciado con una voz tranquila y cálida, que parecía saber navegar muy bien entre aquellas olas de volúmenes y estantes, cubiertas a medio hacer y olor a tela de otra época.

Pero había algo en Emilio Bravo, quizá su manera de mirar, que le resultaba inquietante .

—Conozco al señor Urtubi, en efecto —dijo sin más y con prudencia—.

Más que eso —le descubrió—. Sé que es uno de sus grandes clientes, con importantes pedidos que le han obligado a remover Roma con Santiago para encontrar los libros con los que don Federico adorna su colección.

Juan Betsabé, zorro astuto, lo miró receloso.

—¿Qué está buscando exactamente, señor Bravo?

—He venido del norte de España para hablar con usted.

—¿Un viaje desde tan lejos solo para hablar?

—Y hacerle un encargo.

—Le escucho.

—Un libro.

—¿Un libro? ¿Qué clase de libro?

—Uno muy especial.

—Todos los que ve aquí son especiales, caballero. Eche usted una ojeada —señaló alrededor.

—Sus libros son valiosos, sin duda, pero no alcanzan la categoría del que busco.

—Entiendo —se dio la vuelta—. Acompáñeme.

Betsabé caminó hasta el final del comercio, donde un nuevo

apartado se abría como trastienda oculta al público.

—Tome asiento, por favor.

—Disculpe que no lo haga, pero no he de demorarme mucho. Es sencillo lo que voy a pedirle.

—Yo sí lo haré, si me lo permite. Soy viejo y tengo cansado algo más que los ojos —Se sentó en una silla de madera y cuero, que parecía haber sido forrada con el material de los propios libros.

—¿Se trata de un grimorio?

—Digamos que está un escalón por encima del mejor de todos.

—Un libro sorprendente, desde luego, el que busca.

—Por eso necesito su ayuda. Usted conoce los lugares adecuados donde encontrarlo. Y las personas. Ya me entiende.

—Presiento que no será una labor fácil .

—El mundo está lleno de dificultades, lo asumo —sonrió, irónico —. No habrá problema por el dinero, se lo garantizo. La vida me ha demostrado que nunca lo hay si se cuenta con una cartera llena de billetes.

—Quizá esté usted acostumbrado a comprarlo todo, pero en el mundo del arte, y en el de los libros antiguos, a veces eso no siempre es posible.

—Seguro que sí —dijo, mostrando su sonrisa más encantadora; aquella que le había salvado en no poco momentos.

—Está bien. Dígame de qué se trata.

—La Filosofía Oculta, de Cornelio Agripa.

El anticuario miró con detenimiento, ya sin disimulo, a aquel hombre que decía venir del norte. No era habitual una petición así. Se trataba de un libro considerado uno de los pilares del ocultismo de todos los tiempos.

—Perdone, seré más exacto —continuó—. No quiero que piense que no sé de qué estoy hablando. Me refiero a la De occulta philosophia, de Henricus Cornelius Agripa Von Nettesheim, por supuesto. El maestro nacido en Colonia, en 1486.

El librero se levantó en silencio y se dirigió a la puerta de entrada de la tienda. Volteó el cartel hasta dejarlo en posición de CERRADO para quien lo leyera desde afuera y cerró con llave.

—Sígame. Ahora estaremos más tranquilos. Le condujo a la trastienda, un lugar pequeño y cuidado que olía a cola de pegar y a cuero. En la pared, cuidadosamente ordenadas, lucían colgadas

varias herramientas para trabajar los libros. Bravo se preguntó cuántas dependencias traseras más le esperaban en aquel sitio.

—Siéntese, se lo ruego.

No era fácil hacerlo en el lugar, pero el indiano estaba seguro de que no pocos negocios en torno a grandes obras de arte se habían terminado cerrando allí.

—¿Cuenta dinero para ese encargo?

La expresión del forastero no le dejó ninguna duda .

—Vaya, señor Betsabé, veo que ha apartado ya los rodeos.

—Me gusta conocer a mis clientes. Si voy a trabajar con dureza, es lógico que quiera asegurarme para quién.

—Me fue provechosa mi estancia en América, si es eso lo que quiere saber.

—Conseguir el libro que usted me pide es complejo, señor Bravo. Necesitaré mis mejores contactos para poder hacerme con una copia que poder reproducir. Ya sabe que, en su día, fue uno de los principales volúmenes incluidos en el Index librorum prohibitorum de la Inquisición.

—El Índice de los Libros Prohibidos, sí. Bien, pero el señor Urtubi ya me informó que el editor Juan Betsabé se encontraba entre los mejores del mundo en su trabajo.

El comentario halagó al anticuario.

—El señor Urtubi es un buen cliente y mejor amigo. Sus encargos no le van a la zaga al suyo.

—Le creo.

—Sin embargo, supongo que conocerá que me está usted pidiendo un libro de magia.

—Ocultismo, para ser más exactos.

—Llámelo como quiera. Un libro cuyo trasfondo encierra las ciencias herméticas que van más allá de la filosofía y de la ciencia.

—Un ejemplar eterno, ya ve. Perseguido por su poder.

—Hablemos de plazos. Puede llevarme tiempo solo conseguir algo de información.

—Y yo puedo llegar a ser muy paciente. Aunque si trabaja sin descanso, sabré apreciárselo.

—No le garantizo nada.

—Estoy seguro de que hará usted una gran labor, señor Betsabé. Y me comprometo a recompensárselo con creces.

El silencio de Betsabé habló por sí mismo.

—Sabía que llegaríamos a un acuerdo. ¿En una semana podría usted tener noticias?

—Una semana es muy poco. Tres, al menos .

—No dispongo de más tiempo, por ahora. Le he hablado de paciencia, pero he de regresar al norte a resolver unos asuntos.

El librero dudó. Finalmente, dijo:

—Está bien. En dos semanas podré decirle algo.

Doce días después, el forastero abrió de nuevo la puerta de su establecimiento. Buscó impaciente con la mirada al anticuario.

—Buenos días, señor Betsabé.

El librero, absorto en la restauración de un viejo volumen, alzó el rostro y lo reconoció al instante.

—Señor Bravo —Se levantó y se quitó los guantes con rapidez para tenderle la mano.

—Vayamos directamente a nuestro asunto, si le parece —dijo, mientras se la estrechaba.

—Como guste —sonrió, sagaz.

—¿Tiene noticias del libro?

—He conseguido una copia, sí.

Sin poder ocultar una mueca de satisfacción, se levantó y desapareció por la trastienda. Volvió al instante, con una caja de madera entre sus manos.

—Su libro. Una copia casi perfecta. Tiene algunos fallos, pero podré solventarlos manualmente, así no serán visibles más que por un ojo experto. Es la primera parte, y está incompleta, pero es todo lo que he podido conseguirle.

Emilio Bravo pasó con sumo cuidado las páginas de papiro. Aquella joya era aún más bella de lo que había imaginado.

—Es muy hermoso.

—Me ha llegado directamente de Italia. Un buen contacto en Florencia. Pero he de devolverlo, así que trabajaré para usted en una nueva copia.

—¿Cuánto tardará en terminar de reproducirlo?

—Difícil estimar una fecha. ¿Dos meses? ¿Tres? Cuatro, quizá.

Ese tipo de caligrafía es compleja .

Bravo advirtió cuál era el problema. Sacó del interior de su abrigo una alargada cartera de piel y la abrió para que el anticuario

pudiera meter sus narices con libertad.

—Reconsidere el tiempo, se lo ruego. No puedo quedarme en Sevilla toda la vida.

—Está bien, quizá en dos meses...

—Uno.

—¿Uno?

Emilio Bravo aguantó con firmeza la mirada.

—Le daré algo más de tiempo. Lo necesito en un mes y medio

—concluyó.

Juan Betsabé suspiró, y un débil pitido salió de entre el hueco de sus dientes. El olor a billetes frescos le recordó que dedicándose a aquel trabajo en exclusiva, tal vez aquel plazo fuera posible.

19

Un cielo anaranjado convertía el paisaje en una acuarela fantasmagórica y extraña, que moría al nacer el río.

Atardecía en una ciudad hecha para soñar, con las sombras tejiendo pequeñas figuras de terciopelo en el horizonte. Julia Cabrera cruzó el recién estrenado Puente de Isabel II, o Puente de Triana, como lo conocía todo el mundo a un lado y al otro de la ribera. Un esqueleto de hierro fundido en la tierra, orgullo de la arquitectura isabelina, que servía para trazar esquemas de tiralíneas mientras el siglo avanzaba a zancadas.

Sevilla comenzaba a desperezarse de su sueño de otro tiempo. Las industrias del norte del país, y las fábricas oliendo a estuco y a cal sembradas por toda la geografía, alumbraban el nacimiento de una sociedad nueva. La burguesía aportaba su gusto europeo y su dinero, su desparpajo y sus prejuicios. A la aristocracia solo le restaba dotar de nombres a las nuevas construcciones, a las plazas de toda la vida y a las calles que morían. Y, mientras tanto, murallas medievales, tierras de labor y pequeñas casas desaparecían de los planos de urbanismo como un día se erigieron en su corazón, en esa Sevilla que no volvería jamás.

Julia llegó a su cita con Gustavo Adolfo atravesando la calle de San Fernando. Caminó entre hombres vestidos con chaquetilla corta sobre las camisas abiertas y patillas cruzándoles la cara, mujeres corriendo a sus quehaceres y la cuidada dignidad de unas cigarreras que volvían de su trabajo en la Real Fábrica de Tabacos, más allá de la Puerta de Jerez y de los muros de la ciudad. Pensó que quizá los dibujos de las máquinas que aparecían en los periódicos, aquellas que empezaban a surgir en las principales ciudades, ayudarían a sobrellevar la fatigosa labor de las larguísimas horas de trabajo de muchas mujeres. Que todo cambiaría deprisa, y que aquellos ingenios estaban destinados a alumbrar una época mejor.

El joven apareció tras un esquinazo y la saludó afable.

—Hoy tienes los ojos más hermosos aún.

Julia Cabrera miraba a Gustavo Adolfo con expresión risueña. Se había tocado con un gracioso sombrero y estrenaba un vaporoso vestido celeste, en la mañana diáfana de un sábado que prestaba luz a sus pupilas claras hasta hacer que relucieran con un destello reverencial.

—Es el brillo de Sevilla a esta hora. No tengo mayor mérito.

—Entonces, concedámosle ese mérito a Dios.

A Julia le entusiasmaba escucharlo. Había leído con detenimiento, hasta casi memorizar, en una ciudad donde más de la mitad de las mujeres no sabía leer, los versos que su amigo había publicado hacía unos meses en la revista La Aurora. Sabía de qué manera aquel gesto había hecho muy feliz a su amigo.

Ambos avanzaban por las veredas del Guadalquivir, descubriéndose a retazos. Julia siempre encontraba a Gustavo esquivo, lejos de habitar en sí mismo. Él, por su parte, veía en ella todas las virtudes aunadas.

—Eres en quien me sostengo cada día para continuar mi paso, Julia. La que soporta mis desvelos sin una queja.

—Te conozco desde que éramos niños —sonrió—. Sé lo que quieres decir cuando hablas y hasta cuando callas.

—Lo cual no sé si me deja en buen lugar —Gustavo ladeó su cara en un divertido mohín—. Si no puedo ser capaz de ocultarle nada a una mujer, no podré integrarme nunca entre mis amigos .

A Julia le encantaba verlo feliz, bromeando con el peso de sus palabras. Le gustaba su sonrisa franca iluminándole la cara y dulcificando el secretismo de sus ojos.

—Tus amigos te quieren, no temas. Y en cuanto a mí, todo lo que te concierne lo guardo en el corazón.

—Ah, el corazón. El mundo sigue rigiéndose por él, a pesar de los nuevos dictados que nos mueven a creer en la ciencia como nuestro nuevo dios. La ciencia se plegará siempre a los dictados del alma, pese a lo que muchos digan.

—No, Gustavo. El corazón y la ciencia deben ser compatibles.

—Más bien enemigos, diría yo.

—Es la ciencia la que está ofreciendo nuevas respuestas a este mundo.

—¿A qué mundo, dices, al tuyo o al mío?

—No quieres verlo, pero el universo se va ensanchando cada vez

más; no solo lo forman Sevilla o Madrid.

—La ciencia, la ciencia… No me digas que te ha engatusado como a esos señoritos de café —Le apretó cariñosamente el brazo.

—Pero es el presente...

—La ciencia es un montón de tubos de laboratorio cuyas muestras nadie conoce. ¿Acaso vive por nosotros, nos ayuda a caminar, a buscar alimentos cuando nos faltan? La ciencia es aquello con lo que muchos llenan su boca, pero que nadie sabe lo que es.

Julia lo miró con seriedad. No le agradaba su imagen de joven encerrado en sí mismo.

—Cuando mi madre enfermó, y nadie apostaba por ella, porque parecía más muerta que viva, un médico la salvó aplicando técnicas aprendidas en Viena y Budapest —apuntó la joven.

Gustavo Adolfo se ensombreció de repente.

—Pues a mí me hubiera gustado que ese u otros médicos aparecieran cuando mi padre y mi madre lo necesitaron .

Julia calló. Sabía cuánto le dolía hablar de la pérdida de sus padres.

—Gustavo, no he querido…

—Déjalo, Julia.

—Si he sacado esta conversación es porque…

—Es porque el racionalismo y sus súbditos componen la peste de nuestros días —atajó—. Un estigma peligroso que nos ha traído este siglo desquiciado. Supongo que es el sino de los tiempos.

Gustavo lo había dicho con la mirada perdida en el horizonte y los ojos prendidos de las nubes. Parecía mucho mayor cuando el halo de melancolía que a veces le acompañaba le nublaba el semblante y oscurecía su perfil.

—Vámonos, o llegaremos tarde —fue todo lo que Julia alcanzó a decir. A veces no sabía cómo enfrentarse a aquel joven en cuyo interior se agitaban misterios insalvables. Su mente se convertía entonces en una fórmula matemática, con incógnitas que hacía tiempo que había renunciado a descifrar. Se marcharon calle abajo, con el brillo de los tejados luciendo por el sol en los flancos, y los jardines con pequeñas flores señalando sus pasos en el trazado de una ciudad remota. Julia le cogió la mano y Gustavo se dejó hacer. No se sintió con fuerzas para caminar solo en aquel bosque de

sentimientos sin dueño.

Narciso Campillo se encontraba exultante. La emoción le había cerrado la boca del estómago y fue incapaz de desayunar. Se vistió deprisa y salió de su casa rumbo al lugar donde había quedado con su amigo, a las puertas de la Alameda. Lo encontró acompañado de Julia, paseando del brazo como una pareja de novios.

Gustavo Adolfo no entendía la excitación de Narciso, a quien no había visto así de nervioso en mucho tiempo.

—¡Es la noticia de la semana, tal vez del año, chicos! —le gritó antes de abrazarlo. —¿De verdad no sabéis de qué estoy hablando?

—Si recuperas el resuello y nos lo explicas, tal vez.

—¡Se va a soltar un globo aerostático!

—¿Un globo… qué?

—¡Un globo aerostático, Gustavo. Hoy planeará por el cielo de Sevilla!

Los tres jóvenes bajaban a grandes zancadas, impuestas por el nerviosismo de Campillo, hacia las afueras de la ciudad, donde iba a tener lugar el gran acontecimiento.

—Pero ¿qué eso? —preguntó la muchacha.

—¡El futuro, Julia, el futuro!

La gente comenzaba a llegar a riadas para no perderse el espectáculo que prometía ser el ascenso del primer globo en Sevilla.

El globo aerostático era un invento de finales del siglo XVII de los hermanos Montgolfier. Pero el artefacto dirigible aún permanecía en España recluido en el ámbito de lo mágico. Pocos sevillanos habían visto uno con sus propios ojos; solo los más afortunados lo habían contemplado en Madrid o París. En Aranjuez, en 1783, algunos presenciaron maravillados aquel pequeño prodigio que desafiaba al aire. Los experimentos se sucedían en otras partes del país, pero ahora se vivía con la emoción de saberse partícipe del experimento de Guesdon y Clifford, quienes se esforzaban en recuperar para la cartografía mundial, para la nueva realidad de la fotografía y para el área del conocimiento, la imagen de las más importantes ciudades europeas.

Pronto quedaría lejos el excepcional libro de Alexander Laborde y su Viaje pintoresco por la historia de España, recorriendo con un

equipo de dibujantes y pintores la Península Ibérica para, en cuatro tomos, y de 1806 a 1820, recoger hasta veintinueve vistas urbanas o cuidados paisajes de Granada, Córdoba, Málaga, Cádiz y Sevilla. Estas ciudades serían retratadas en otras tantas obras, como El libro de Jacob, de 1811, o el publicado en 1827 por otro excepcional dibujante, el barón Taylor. Los textos literarios y de viajes se vieron acompañados por excepcionales muestras litográficas de las ciudades más emblemáticas de España. Sevilla, y el resto de ciudades andaluzas, se mostraban en estos grabados con la pureza de quienes aún no habían sido marcadas por las heridas paisajísticas de la revolución industrial.

Nicolás Chapuy había publicado en la década de los años cuarenta una serie de imágenes de gran detallismo. Ahora, el arquitecto francés Alfred Guesdon se había propuesto crear litografías de las visiones de varias urbes europeas a partir de los nuevos calotipos recogidos desde un globo aerostático por Charles Clifford. El galés tenía labrada una próspera carrera en el mundo de la fotografía a partir de la técnica del daguerrotipo, un primer sistema, inventado por Louis Daguerre, que empleaba placas de cobre plateado a modo de espejo para captar en ellas la instantánea. Hacía un año que había emprendido esta nueva forma de trabajar. La propuesta era publicarlas en la revista parisina L'Ilustration, Journal Universel.

El momento había llegado para Sevilla. Gueston y Clifford se aventuraban a subirse a un globo delante de miles de sevillanos, y Narciso Campillo, Julia Cabrera y Gustavo Adolfo Bécquer se encontraban entre los espectadores.

La explanada estaba atestada de gente que, controlada por las fuerzas de orden, se afanaba por mostrar su entusiasmo, en un bullicio que iba siendo retratado a cada minuto por las crónicas de los periodistas.

Narciso llegó unos pasos antes que su amigo. Oteó ávido el horizonte y señaló:

—¡Allí!

Dos hombres saludaban a las autoridades antes de emprender la singladura por las nubes. Uno de ellos portaba un casco de cuero y unas gafas sobre la frente; el otro, de mayor altura, calaba una gorra a cuadros, que luego cubrió con un casco similar al de su

compañero. Junto a los aventureros, una enorme esfera de tela aguardaba para iniciar su ascenso gracias a la intensidad de los potentes chorros de aire que salían de unos conductos anexos .

—Es asombroso —exclamó Gustavo—. ¿Cómo funciona ese prodigio?

Narciso se jactó de conocer algunas nociones de aquella nave fantástica.

—La enorme bolsa que da forma al globo es propulsada por una gran masa de gas caliente, más ligero que el aire frío. Son las corrientes de aire quienes los dirigen, aunque su dirección se puede controlar con algunos mandos manuales.

—¡Parece un invento del diablo! —dijo un hombre a su lado, incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

—¿Y puede volar? —preguntó Gustavo a su amigo, haciendo caso omiso al alboroto que todo aquello estaba desatando.

—¡Claro que puede! El aire caliente lo consigue. Dentro de unos minutos lo veremos a decenas de metros sobre nuestras cabezas.

Bécquer recordó vagamente haber oído hablar de extrañas máquinas redondas que se elevaban del suelo hasta una altura considerable, aunque nunca creyó posible que volaran.

—Como los pájaros… —susurró.

Miró hacia el elenco de personalidades. De entre todos distinguió al alcalde de la ciudad, José María Rincón, y otros notables caballeros que supuso del grupo de políticos pertenecientes a la corporación municipal.

—Este prodigio ha sido un acontecimiento allá donde ha ido. Ha estado ya en Granada y Cádiz —escucharon a uno de los curiosos que, con sombrero y guantes en mano, esperaba a que comenzara la diversión.

Uno de los principales asistentes que rodeaban al alcalde reía a carcajadas las ocurrencias del gobernador civil. Gustavo Adolfo lo reconoció al instante. A pesar de no ver bien a consecuencia del gentío, estiró el cuello hasta distinguir la figura oronda, de amplia papada y cabello rizado y corto, de su amigo José María De la Rosa. El abogado era el secretario particular del gobernador, por lo que su presencia allí estaba justificada por el protocolo. Nadie con un nombre en Sevilla podía estar ausente de un acontecimiento de tal calibre. Cualquier cargo o personaje de las esferas influyentes de la

ciudad había encontrado acomodo en las varias filas y corrillos que rodeaban al alcalde, a Guesdon o a Clifford.

Guesdon comenzó a manipular los sacos llenos de tierra que rodeaban la esfera. Su compañero, mientras tanto, preparaba los últimos detalles de su máquina fotográfica, ante la mirada atenta de los hombres y el suspiro de las damas. Todos contuvieron el aliento cuando los dos hombres se introdujeron en el extraño cajetín de madera y Guesdon se dispuso a cortar las cuerdas que lo amarraban a la tierra.

Gustavo Adolfo estimó que ya lo había visto todo.

—He de irme —se despidió de ambos.

—¿Ahora? —bramó Narciso—. Es cuando empieza lo mejor.

—No tengo tiempo. Debo ir a ver a mi madrina.

—Te acompaño hasta el centro —dijo la joven.

—No, disfrutad del espectáculo para luego contármelo con detalle.

—Gustavo…

Pero el muchacho, sin esperar respuesta, se abrió paso como pudo entre el gentío hasta salir de allí, deseando respirar un poco de aire fresco.

Mientras abandonaba el terraplén y pensaba en ello, el fenómeno aerostático que tenía a lo más granado con la boca abierta se alzaba a su espalda, rumbo a los cielos de Sevilla.

20

Juan Betsabé le abrió la puerta y, cuando Emilio Bravo traspasó el umbral del comercio, cerró tras de sí todos los pestillos. Le condujo a la trastienda y observó que allí, sobre una mesa que el indiano no recordaba haber visto la vez anterior, descansaba un conjunto de pliegos amarillentos amontonados sobre unas pastas de cuero que el librero se entretenía cosiendo.

—Aquí lo tiene —se colocó al otro lado de la mesa, se puso unos finos guantes de algodón y pasó las primeras hojas.

Los ojos le centellearon.

—Buen trabajo para algo más de un mes.

—No ha sido sencillo, se lo aseguro.

—Urtubi ya me indicó que podía confiar en usted.

—El esfuerzo triplicará el precio.

Emilio Bravo estaba acostumbrado a aligerar su cartera cuando deseaba algo de verdad. Le había ocurrido en tantas ocasiones que aquellas miradas intencionadas ya no le sorprendían. Las entendían al instante.

—No habrá problema en eso, créame.

—Ha sido un trabajo exhaustivo, y muy duro —trató de justificarse, sin saber que al indiano no le hacía falta.

—Lo entiendo perfectamente .

—Me alegra que sepa valorar el esfuerzo. Se nota que es usted un coleccionista de raza.

—De simple afición, diría yo —sonrió el asturiano.

—El libro que me ha pedido es un extracto complejo de…

—¿Magia? —completó—. Lo sé.

—Magia Negra.

—No se preocupe, no voy a quemar brujas. Ni siquiera voy a perseguirlas.

—Entiéndame, me ha sorprendido su encargo. En cuarenta años es la primera vez que solicitan una copia de la Filosofía Oculta. La gente busca libros menos complicados. Prefieren textos bellos que

poder enseñar a las visitas.

—Comprendo.

—Pero este…

—Lo que usted trata de saber, amigo mío, es para qué diantre quiero yo ese libro, ¿no es cierto?

—No es de mi incumbencia, en realidad. Me limito a hacer mi trabajo lo mejor que puedo.

—Le diré, no obstante, que solo quiero saciar mi curiosidad. He oído mucho sobre él. Por otra parte, mi colección no puede estar completa sin este preciado ejemplar.

—Lo tendrá, se lo aseguro.

—Confío en su discreción.

—Puede hacerlo, señor Bravo.

—Y ello será convenientemente recompensado por este humilde coleccionista. También necesito otra cosa.

—¿Hay algo más?

—Sí, si me lo permite. Pero no se preocupe, no es algo complejo. Soy nuevo en Sevilla, por cierto, una ciudad preciosa, y me gustaría que me orientara sobre algo.

—Estoy a su entera disposición.

—Seguro que usted conoce a las grandes bibliotecas de la ciudad.

Clientes suyos, seguramente.

—Intento estar en contacto con los coleccionistas de toda España, señor Bravo. Es parte de mi trabajo .

—En Sevilla, ¿a quién podría recomendarme por el valor de su librería?

Betsabé reflexionó unos segundos. Emilio Bravo entendió sus reservas. Se apresuró a aclarar la situación.

—He entablado amistad con el señor Luis Pelegrim —terció, con toda intención—. Otro insigne coleccionista. Pero se encuentra enfermo.

—Tengo noticia de ello.

—No le pido que revele ningún secreto, se lo aseguro.

—Bien, hay varias colecciones muy interesantes también, señor Bravo. No solo de libros antiguos, sino de escritores del siglo pasado o incluso del presente.

Bravo comprendió que era el momento de descubrir sus cartas.

—Busco una biblioteca muy especial. Creo que me abriría las puertas si voy de su parte.

—¿De qué se trata? ¿Otro libro?

—No exactamente. Referencias. Necesito referencias para acceder a ella.

—¿Se refiere a las de un club de literatos que leen sus textos en algunos cafés de la ciudad? Intuyo que sabe de quién habla.

—Sí, en realidad. Se trata de una biblioteca privada. Una gran colección de libros que guarda en su casa una ilustre dama, que usted conoce bien.

—Conozco a mucha gente en Sevilla, señor Bravo.

—Lo sé. Conoce a todo el mundillo literario de Sevilla. A esta dama también. Se llama doña Manuela Monnehay.

Manuela Monnehay se encontraba sentada en el salón principal, ante una mesita que sostenía una jarra de porcelana con café y una bandeja con pastas y dulces. Enfrente, dos hombres envarados en sendos trajes de paño fino, corbatín caro y sombrero apoyado en las piernas, departían de forma amigable con la anfitriona .

Manuela vio pasar a Gustavo por delante de la puerta, rumbo al que era su cuarto cuando visitaba la casa.

—Ven, Gustavo Adolfo, quiero presentarte a estos caballeros.

Gustavo cambió el rumbo de sus pasos y entró en la sala. Su madrina se levantó y los dos hombres la imitaron.

—Gustavo, estos señores son representantes de la Compañía de Ferrocarriles que iniciará el proyecto para traer este medio de transporte a Sevilla. Han venido a hacernos una visita para exponernos sus planes.

—Ferrocarril de pasajeros y mercancías —apostilló el más alto.

—El señor José Joaquín Figueras y el señor Diego Sicares —presentó su madrina —. Este joven es mi ahijado, Gustavo Adolfo.

—Mucho gusto, señores.

Los hombres le estrecharon la mano con fuerza, sin dejar de sonreír. Doña Manuela continuó su plática como la mejor embajadora de aquella expedición.

—El trayecto Barcelona—Mataró lleva casi cinco años circulando con gran éxito. El gobierno quiere ahora extender la

experiencia a otras ciudades.

Gustavo recordó haber leído en prensa el impacto de la concesión al señor Figueras del trayecto Sevilla—Andújar. Ahora se reconducía hasta la ciudad de Córdoba. Comprendió qué hacían aquellos dos hombres allí. De todos era conocido que buscaban apoyos empresariales para continuar. Y su madrina no solo era una próspera comerciante de la ciudad, sino que también era francesa.

Manuela los invitó a tomar asiento de nuevo. Gustavo dudó, pero sabía que a su madrina le gustaba involucrarle en los asuntos económicos en los que participaba.

—Como saben, el capital principal será ahora francés —explicó Figueras—. Ha sido necesaria la presencia de una entidad de crédito para asegurar su viabilidad .

—Una línea de viajeros que aúne Córdoba y Sevilla, ¿no es fantástico?

—Monnehay se mostró entusiasmada.

—Si todo va bien, podremos proseguir sin demora e inaugurarla en el plazo de cuatro o cinco años. Y eso es solo el principio.

—En Sevilla, su estación será una referencia en toda España —intercedió en segundo representante de la Compañía.

—Queremos que ocupe una ubicación idónea.

—El progreso que nos está trayendo esta nueva época en la que vivimos también aportará grandes adelantos; no todo van a ser zozobras —Manuela echó azúcar a su taza y, con toda la elegancia del mundo, dio vueltas con la cucharilla como si en ello estuviera depositando la sabiduría de toda su familia.

—El progreso siempre es bueno, mi querida amiga.

—No sé qué decirle, señor Figueras. Las noticias que nos llegan de Francia e Inglaterra, con toda esa gente hacinada, malviviendo por el efecto de las máquinas…

—Hay que tener en cuenta que las máquinas no son en sí nocivas; solo es dañino el mal uso que de ellas podemos llegar a hacer. Nuestros hermanos europeos sabrán frenar sus lastres, no tenga dudas.

—Dios le oiga.

—Pero, como todo adelanto, precisa de un capital circulante que permitan mover sus turbinas —dijo pícaro Figueras, que parecía un hombre encantado de haberse conocido.

—Ya, ya —Monnehay se hizo la remolona, para apuntar después —:

¿Y de cuánto dinero estamos hablando, exactamente?

—Bueno, señora Monnehay —atajó Diego Sicares—, eso depende del número de empresas y benefactores con los que cuente el proyecto.

—Está bien, mañana estaré en su despacho con mi abogado particular. Allí podremos negociar las condiciones de una manera favorable para todos.

—Estoy seguro, señora —apuntilló Figueras .

—El progreso ya está aquí, señora Monnehay —completó Sicares.

Gustavo Adolfo observaba la escena con el mayor de los desintereses.

21

Narciso Campillo llegó rodeado de un grupo de jóvenes solteros pertenecientes a algunas de las familias más prósperas de Sevilla. Vestían con sus mejores galas y caminaban orgullosos, como una jauría necesitada de emociones fuertes en una tediosa tarde de verano. Era julio de 1853 y el calor comenzaba a asfixiar hasta a las almas.

Cuando lo tuvo cerca, Bécquer miró sorprendido a su gran amigo y le susurró:

—¿Por qué te has traído a media ciudad contigo?

Narciso sonrió satisfecho; no había sido fácil reunir a todos aquellos cachorros. Se levantó las solapas de la chaqueta, en un gesto de jactancia.

—¿No querías crear buen ambiente? Pues aquí está.

Un elegante carruaje dejó en tierra a otros dos comensales. Sumaban más de una docena los jóvenes que formaban la algarabía, con destino a uno de los bailes preparados en una suntuosa casa del centro.

El cochero miró con cierto hastío al grupo de mozalbetes encorsetados en sus trajes con pantalones de raso o con raya marcada, y apremió a los caballos para desaparecer lo antes posible de allí .

Comenzaron los saludos distantes entre Gustavo y el resto, los comentarios y algunas chanzas de adolescentes desocupados. La velada en el palacio de los De Torres podría resultar un éxito, sin duda, pero le preocupaba que sus ropas un tanto gastadas contrastaran demasiado con las levitas de aquellos otros invitados.

—No sé si me gusta esto —protestó.

—Tranquilo, no nos conocen —contestó Narciso, en un aparte—.

Les he dicho que somos dos escritores famosos ya en Madrid. Y que nos han requerido en París. Estos palurdos no han leído en su vida ni las recetas de su propio médico. Se lo han creído a pies juntillas.

—¿En Madrid? ¿En París? ¿Estás loco?

—Les he indicado que aún no somos lo suficientemente conocidos por nuestros propios paisanos. Suele pasar: nadie es profeta en su tierra.

Campillo le regaló una mirada ladina, con esa virtud tan suya de encandilar a quien se propusiera.

Junto a Narciso y a Julio Nombela, ya en Madrid, Gustavo había estado fraguando la aventura de trasladarse a la capital para hacerse un nombre que, lo sabía, era imposible en Sevilla. Una acción que no se le antojaba más descabellada que la de consumir sus días de Café en Café, de tertulia en tertulia, alabando los conocidos ripios de las letras locales.

—Lord Byron tuvo que dejar Inglaterra y viajar por medio mundo para convertirse en el mejor poeta de nuestro tiempo —defendió ante varios amigos, en una de las reuniones mantenidas en el Café de la Iberia, en la calle Sierpes.

—¿Y qué me decís de Larra? Abandonó España en 1813 para trasladarse a Francia, lo que, a buen seguro, le permitió beber de fuentes nuevas y obtener otras perspectivas a la hora de crear —continuó Augusto, un joven que escribía mucho y escribía bien, pero cuyo horizonte parecía abocado a regir la farmacia de su progenitor.

—Madrid, París, Londres… ¡El mundo nos espera, amigos !

—Pues presentémonos ante él —rio Gustavo, el más decidido a dar el salto, junto a Campillo. Sabía que en Sevilla, con la presencia cercana de su madrina, su intención de dedicarse a escribir no le iba a resultar fácil.

Los Mosqueteros de Sevilla, como se hacían llamar, trazaron planes, esbozaron cuentas. Tal como tenían noticia de lo que pagaban cada escrito en la capital, pronto podrían comenzar a vivir de la literatura.

—Allí no es como en nuestra ciudad. En Madrid se valora al escritor y escribir se convertirá en nuestro oficio, pongamos, en tres meses —dijo Narciso, entusiasmado.

—Podremos mantenernos ese tiempo por nuestros propios medios antes de comenzar el camino hasta la cumbre —apostilló Gustavo Adolfo.

Tres meses de siembra, tres meses de bohemia. El sueño de sus

vidas quedaba así perfilado.

—¿Qué clase de hombre es un poeta si no sigue los dictados de su corazón, más allá de lo que la sociedad le impone?

Pasearon hasta el centro maquinando su gran proyecto, alzando la voz con entusiasmo, felices ante el abismo que se abría ante ellos.

—La libertad es nuestro único credo.

—Una vida sin más forma que la de nuestros propios versos.

—¡La imaginación, y solo la imaginación, ha de regir nuestras existencias! ¿Qué puede haber más allá?

—¡Conquistaremos el mundo o el mundo dejará de ser habitable!

—¡La poesía al poder, como nunca debió dejar de haber sido!

—¡Abajo la tiranía de la razón!

Brindaron con desenfado, ajenos a cualquier otra cosa que no fueran sus sueños.

Unas semanas después de aquellas palabras, Gustavo Adolfo, que caminaba a la par que Narciso hacia el baile organizado en la casa de los De la Rosa, dejó adelantarse a aquel conjunto heterogéneo de delfines de una nueva aristocracia del dinero que comenzaba a encumbrarse. Su amigo Campillo tenía razón: aquellos chicos, que sin duda habían estado demasiado ocupados en sus tares de ocio montando a caballo hasta Écija o Cádiz, no podían sentir lo mismo que ellos en sus recitales poéticos junto a la ribera del río.

Gustavo Adolfo Bécquer no terminaba de encontrarse a gusto entre aquellos oropeles y cortinajes que él consideraba superfluos. Fiestas decadentes con olor a rancio, donde la hidalguía sin dinero y los ricos sin título se daban la mano sin reparo. El siglo avanzaba, volaba y se abría a nuevos cauces. El desarrollo de la política nacional no invitaba a la esperanza, pero la reina Isabel II parecía haber cogido el mando con firmeza. Todo el mundo sabía que la soberana no era un dechado de virtudes en cuanto a su vida privada, pero amaba a su pueblo y se preocupaba por su bienestar. Contaba más amantes que encajes en sus toquillas de paseo y cierta rudeza al hablar que hacía pensar más en una campesina que en una reina, pero era también esa llaneza lo que le acercaba a un pueblo necesitado de atención. Había parido tres hijos, a pesar de que su marido, Francisco de Asís de Borbón, no parecía el hombre más varonil del mundo y era objeto de mofa dentro y fuera de la

Corte.

Gustavo echó un vistazo alrededor.

Jóvenes vestidos de Domingo de Pascua escogían con la mirada a muchachas casaderas como si de una feria de ganado se tratara. Al menos esta era una velada amenizada por un virtuoso al piano y un violinista, lo que elevaba la atmósfera de aquellos encuentros decididamente tristes.

La música comenzó a sonar, en una suerte de vals que todos celebraron.

Gustavo Adolfo adoraba la música. Había aprendido a tocar el piano y la guitarra, pero la muerte de sus padres le devolvió a una realidad donde ninguna melodía tenía ya cabida.

Acompañó con unos leves movimientos de pie el ritmo que ascendía hasta los altos techos del salón. La decoración era elegante y cuidada. Preciosos tapices, bordados en rojo carmesí con escenas palaciegas, decoraban uno de los muros. Óleos que narraban hechos bíblicos, flores blancas y rojas por todos los rincones y columnas con motivos arabescos conformaban algunos elementos del ornamento de la sala del primer piso del palacio, ubicada sobre un enorme patio porticado al más selecto estilo andaluz.

En la fiesta de los De la Rosa De Torres, Gustavo Adolfo admiró la arquitectura aristocrática de una familia a la que apreciaba de verdad. El patriarca, José María De la Rosa, un brillante abogado conquense llegado como secretario personal del gobernador, había contraído nupcias hacía pocos años con Josefa, hija casadera de una familia aristocrática de Sevilla.

—Veo que te aburres, joven —Gustavo se dio la vuelta de un salto.

Ante él se encontraba don José María, el orondo amigo de su padre, y quien tanto le había ayudado a él mismo cuando quedó huérfano.

A Gustavo le hacía gracia aquella “compostura descompuesta” de un hombre alto y redondo, afable y hecho a sí mismo desde la cuna. Aquella figura todavía joven pero tan poco grácil y esbelta, en verdad inteligente, que conocía las entretelas de la vida con la sabiduría de un viejo tahúr. Con unos ojos verdes y expresivos que hablaban más que una boca coronada por el enorme bigote ya canoso.

—Don José María…

El hombre le rodeó los hombros con el brazo, en señal de amistad sincera.

—¿Has venido con tus amigos? —una enorme calada a su cigarro llenó sus pulmones de humo suficiente como para tumbar a cien hombres juntos—. Me ha parecido verlos merodear por el salón.

—Sí, ya conoce a Narciso. Seguramente está buscando a quién leer sus últimos versos o su nuevo texto teatral. Espero que no arruine eso su estupenda velada.

—Condenados chicos… Siempre con vuestras historias. Me alegra ver que también venís a las fiestas de jóvenes que se ce lebran en la ciudad. A pesar de que sé que no te gustan mucho.

—No es del todo cierto, don José. Es que últimamente salgo poco de casa —mintió. En realidad detestaba las fiestas organizadas en Sevilla.

—Sabes que, por mi parte, todo lo que esté en mi mano...

—Lo sé, don José. Y no sabe cómo se lo agradezco.

—¿Cómo están tus tías?

—Bien. Siempre me preguntan por usted. Le adoran.

—Son grandes mujeres. ¿Y tu madrina? ¿Continúa empeñada en que estudies Comercio?

—Ya sabe que ha pensado en mí para que le suceda en el negocio. Pero no quiere ver que los únicos libros de cuentas que me gustan son los que puedo rellenar con mis versos.

—Escúchame, chico: a mí, como buen amigo de tu familia, me gustaría que te marcharas a estudiar al extranjero. París, quizás.

Bécquer hizo un mohín que a De la Rosa no le pasó inadvertido.

—No te preocupes por los gastos. Solo piénsalo —continuó.

—Don José María, sabe que no puedo aceptarlo.

—Ni yo quiero que te lo tomes como prebenda. Harás algo para mí y te ganarás ese dinero.

Gustavo Adolfo abrió los ojos, sorprendido. De la Rosa continuó, encantado de haber creado aquel estado de perturbación en el muchacho. A menudo le parecía demasiado ensimismado en sus cosas, y era bueno que pudiera salir de aquel ambiente que, creía firmemente, pronto se le quedaría pequeño.

—¿Ha pensado algo en concreto?

—Tendría mil encargos para un alguien tan inteligente como tú.

—Creo que es una excusa para que vaya a formarme al extranjero

—sonrió.

—¿Y si así fuera ?

—Si así fuera, me negaría. No puedo aceptarlo.

—Gustavo, eres un chico de grandes posibilidades. No debes desaprovecharlas.

—Narciso Campillo y yo estamos pensando marcharnos de Sevilla.

De la Rosa abrió los brazos en un gesto campechano más.

—¡Eso está bien, hijo! No es que me disguste esta ciudad: aquí se vive como un príncipe; pero vosotros debéis desarrollar vuestras posibilidades mejor fuera.

—Queremos marcharnos a Madrid. Allí nos espera un amigo, Julio Nombela. Con un poco de fortuna, podremos vivir de la literatura en pocos meses. Tres, para ser exactos.

Lo había dicho con seriedad, mientras retiraba los rizos de la frente, quizá para evidenciar que ya no era un niño. El anfitrión lo miró sin poder disimular una pizca de decepción en su rostro.

—¿Vivir de la literatura, dices? Se me antoja una aventura inconsciente.

Nunca podréis vivir de la literatura en España. Conviértete en pícaro, en ladrón, en comerciante, en político, en asaltador de caminos o en empleado de oficina. Pero no en escritor. En escritor, no. No trato de darte lecciones de vida, Gustavo, pero soy lo bastante viejo como para darte consejos.

—Se lo agradezco, don José, porque sé que me quiere como a un hijo, pero correremos ese riesgo.

José María De la Rosa aspiró su tabaco y se detuvo en el horizonte de cabezas adolescentes que se desplegaba ante él.

—Es una locura…—murmuró entre dientes.

—Una locura en la que nos embarcaremos un día u otro, don José.

—¿Estáis convencidos? —su voz se había apagado de repente.

Gustavo asintió con un gesto, sin que hicieran falta más palabras. El anfitrión volvió a expulsar el humo de su habano, lo miró después y apostilló, sin levantar la vista del tabaco.

—De acuerdo. Pero, si cambias de opinión, házmelo saber.

22

Mirella Vorán caminó deprisa hacia el palacete, nerviosa, con las manos cruzadas sobre el pecho y la sombra en su cuerpo de la casona del indiano, que se abría exuberante en el horizonte como el refugio de un enorme fantasma.

La muchacha temió ser engullida de un momento a otro por aquella arquitectura desmesurada en medio de una sencilla colina sin árboles. De unas dimensiones excesivas para el entorno, la silueta de la vivienda se podía apreciar desde casi todos los puntos de Luanco.

Había algo en aquel lugar que sobrecogía sus sentidos, pero siguió avanzando sin detener su paso, a pesar del frío y la inquietud.

La casa. Debía averiguar el motivo de la extraña marcha de su dueño. Aníbal le había contado su propia historia, pero no la de Emilio Bravo.

Aspiró con ganas el aire de la tarde.

El viento traía gotas de mar en su lomo, como chirlas de agua de un océano omnipresente.

Alzó la mirada hacia las ventanas, pero fue la puerta de entrada lo que hizo que enfocara su atención. Estaba entreabierta. Seguramente Aníbal acababa de pasar, o quizá saliera. Mirella se acercó y golpeó el aldabón. Una, dos veces. No obtuvo respuesta alguna.

Asomó la cabeza al interior.

—¡Buenos días! —gritó.

Nadie pareció escucharla. Un olor a soledad y un frío deshabitado le llegaron como un bufido. Repitió su saludo, que más era una llamada.

—Buenos días.

Empujó despacio la puerta y traspasó el umbral. A pesar de los más de dos años y medio que Emilio Bravo llevaba residiendo en Asturias desde su vuelta, nunca había entrado en su casa. Invitada

una y mil veces, había desestimado siempre el ofrecimiento porque no deseaba mezclarse con la opulencia que allí solía darse cita. Era, de igual modo, una manera de hacerle comprender a su anfitrión que aquello no era de su gusto, y que si lo buscaba por las empinadas calles de Luanco era solo porque deseaba su compañía, sin mayor interés en su acaudalada posición.

Y ahora se encontraba en el vestíbulo, sola, seguramente con la casa vacía.

Al fondo se enmarcaban, entre una preciosa y ondulante balaustrada de nogal, las escaleras que daban al salón un paisaje principesco. La enorme araña de la sala, el piano que se adivinaba bajo los tapices y cómodas de otra época, y el cuidado del ornato, no le eran ajenos. Mucha gente en el pueblo y en las localidades aledañas hablaba de la suntuosidad del lugar.

Pero eran aquellos escalones hacia las zonas más privadas de la estancia los que le llamaban la atención.

Mirando a un lado y a otro, Mirella tomó la determinación de subir.

—¡Aníbal! ¿Estás aquí?

Muy despacio, fue abordando los escalones hasta llegar a la segunda planta. Allí, la claridad de un tragaluz alumbrada un tercer piso, más estrecho. Era la buhardilla donde Emilio Bravo exhibía su colección de objetos sorprendentes.

Nunca había visto nada igual .

Cuando la joven se introdujo en ella, habilitada como sala macabra de las piezas que el indiano había ido atesorando durante media vida, sintió un escalofrío profundo.

Le desagradó el lugar.

Paseó entre aquellas vitrinas, que mostraban en sus tripas cadenas con grilletes, huesos rotos, jirones de ropa o calaveras desdentadas. También libros antiguos y manuscritos carcomidos por el tiempo.

La sala olía de forma extraña.

Al principio pensó que se trataba de la falta de limpieza por la ausencia del dueño, pero pronto comprendió que tenía que haber otro motivo.

Los objetos estaban perfectamente custodiados, y las vitrinas, sin excepción, herméticamente cerradas. Pero ¿qué podía ser aquel

hedor?

La buhardilla concluía en un pequeño rincón al que se accedía tras un estrecho corredor. Mirella no sintió miedo, sino curiosidad al adentrarse en él. De allí venía aquella desagradable sensación de que había algo pudriéndose.

Una ventana se abrió de golpe con la fuerza del viento.

La sacudida asustó, ahora sí, a la muchacha, que giró el rostro sobre sus hombros de una manera instintiva.

No había nadie. Solo había sido el aire, en una tarde que comenzaba a mostrar su talante gris plomizo.

Se adentró hacia el final de la galería, decidida a acabar con aquella curiosidad que le corroía.

Al final del corto pasillo, unos rudimentarios estantes de madera soportaban instrumental médico, pliegos de papel de distintos tamaños y frascos de cristal perfectamente etiquetados con todo tipo de sustancias en su interior.

La emanación procedía de aquellos tarros, alguno de los cuales contenía deshechos y vísceras. Pero uno de ellos llamó la atención de Mirella por su contenido. Era un cerebro lo que nadaba en el líquido de uno de los frascos. Lo había visto en los dibujos de algunos libros que adelantaban los avances científicos, pero nunca imaginó poder contemplarlo en la realidad. Tenía ante sí un auténtico cerebro humano, distinto por su tamaño al de los animales.

Puso sus dedos sobre el vidrio del recipiente, en una mezcla de miedo y repugnancia, pero cuando sus yemas comenzaron a recorrer los pequeños laberintos de aquella masa viscosa, una voz profunda le sobresaltó.

Provenía del principio del pasillo.

—¿Qué hace aquí, señorita Mirella?

La muchacha se volvió aterrada, y estuvo a punto de tirar al suelo uno de los recipientes.

—Aníbal…

El criado la miraba arqueando las cejas, en una mezcla de ira y preocupación en el rostro.

—Aníbal, yo…

—Le dije todo cuanto sabía —Se acercó a ella.

Mirella Vorán se recompuso.

—Tu historia, sí… Pero no la suya.

—No la conozco. Tiene que creerme.

—¿Y esto? ¿Qué significan todas estas muestras? —Se volvió hacia los estantes, tratando de disimular su nerviosismo.

—Dígame, ¿cómo ha entrado?

—La puerta estaba abierta…

—No ha debido hacerlo. Al señor no le hubiera gustado que usted viera todo esto.

—Pero ¿qué es, Aníbal? —insistió, con arrojo.

—Son cosas del señor.

—¿Cosas…?

—Cosas suyas. Experimentos que realiza. No hay nada malo en ello.

—¿Qué tipos de experimentos? —preguntó, tan impresionada como asustada.

—Sobre sus estudios de Frenología, señorita.

Aníbal había llegado hasta ella y recolocaba los envases con sumo cuidado.

—¿Frenología ?

—Investigaciones sobre las formas del cráneo y del cerebro humano.

—No he oído nunca hablar de ello.

—Yo solo sé lo que el señor me cuenta. Que es una nueva teoría llegada de Inglaterra, que busca dar respuesta a muchos de nuestros comportamientos, que la mente tiene secretos que ni imaginamos…

—Don Emilio es un hombre misterioso —reflexionó, al tiempo que observaba de nuevo cada uno de los contenidos almacenados.

—Es un sabio, más bien.

—Y este cerebro… ¿es humano? —dijo, con un hilillo de voz.

—Lo es.

—Aníbal…

—No se asuste. Son solo experimentos.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Bueno, la medicina trabaja con ellos todos los días, ¿no es cierto?

—Pero esto no es un hospital.

—Siempre hay gente que los facilita.

—¿Y cómo se hizo con los cráneos?

—No le dé importancia, señorita. Además, hay algo… —La miró, y sus ojos se habían transmutado en inquietud—. Es sobre don Emilio.

Mirella no recordaba haberle escuchado en muchas ocasiones llamarlo por su nombre. Siempre se refería a él como “señor”.

—¿Qué tienes que decirme de él?

—Señorita Mirella…

—Dime lo que sea, Aníbal, por Dios —apremió, ansiosa.

—No es de él, sino sobre él. —Tomó aliento, sopesando si estaba haciendo lo correcto—. Señorita Mirella, hace muchas semanas que no sé nada del señor. Temo en verdad que le haya ocurrido algo.

III. LA BRUMA

23

La puerta de madera de la tienda de Juan Betsabé se abrió muy temprano aquella mañana.

Un hombre de casi dos metros de altura, algo desgarbado y de pelo ralo, dio paso a la joven distinguida que le seguía. Betsabé dudó por un momento si ante él tenía a la bella y la bestia del cuento clásico.

La muchacha, que había dejado a su compañera de viaje en el Parque de María Luisa, se interesó por varios de los libros del anticuario e hizo preguntas sobre algunos encargos precisos. También por la posibilidad de adquirir traducciones en francés, e incluso si el dueño precisaba trabajos literarios de esa naturaleza.

Solo llevaba un día en Sevilla, pero Mirella Vorán se sintió embriagada por la luz de la ciudad. Acostumbrada a los colores cargados del cielo asturiano, los tonos blanco y pastel de las calles, los geranios en las ventanas, el agua sonando entre los patios y la alegría de sus zaguanes colmaron sus ojos de un júbilo desconocido.

Aníbal por fin le confesó hacia dónde había viajado Emilio Bravo. Y tras la revelación, “señorita Vorán, temo que al señor le haya pasado algo”, el mundo conocido se tambaleó ante sus pies. Las sensaciones comenzaron a invadir despiadadamente su cabeza, a trocear pensamientos y a replantearse situaciones. ¿Quién era, realmente, aquel hombre que decía llamarse Emilio Bravo?

Su madre fue la primera en darse cuenta de todo ello.

—Ya no eres una niña, Mirella. No podemos pensar que estarás aquí siempre.

—Serán solo tres semanas, madre. Quiero aprender pintura, a escribir mejor, y también algo de francés. Será un viaje corto a Andalucía, ahora que ya han pasado los rigores del calor. Deseo traerme muchas ideas, y aún Madrid se me hace grande. Además, iré acompañada por dos institutrices de Gijón —mintió para evitarle mayores preocupaciones. Solo iría acompañada por una y era tan joven como ella.

—Es un viaje largo, mi niña. Aunque cuando seas vieja ya ni pensarás en hacerlo.

—Les echaré de menos. A usted y a padre.

—No me voy a morir ni hoy ni mañana, Mirella. Ni pienso hacerlo mientras tú no estés, de hecho. Tengo a tu padre. ¡Y a mí misma, rediez, que parece que ya me quieras enterrar! —dijo, con un mohín que se alejaba de todo enfado.

Ante las cavilaciones de su hija, doña Constanza continuó.

—Mi pequeña, te dejé partir con quince años a la capital, y has vuelto hecha una mujer. Nada podrá detenerte ya, ¿y sabes por qué? Porque has visto el mundo, has salido de esas fronteras que a todos nos aprisionan y que no son más que nuestros propios miedos. Pero tú eres distinta, Mirella, lo supe desde que eras niña y comprendí que nunca podría ponerte barreras ni cortarte las alas, porque tú igualmente volarías.

Las palabras de su madre y la bendición de su padre le emocionaron y se sintió mal por no mencionarles que era muy probable que Emilio Bravo estuviera en la ciudad. Pero era verdad que deseaba descubrir un mundo más allá y, en cualquier caso, ardía en deseos de vivir una aventura propia.

—Volveré en tres semanas, madre. Se lo prometo.

Tardó días en prepararlo todo, y Aníbal, durante todo ese tiempo, fue una pieza fundamental. Se mostró como un hermano mayor protector, amparado en su apariencia física. Juntos trazaron las últimas semanas de Emilio Bravo, sus conversaciones, sus amistades, sus escritos. Todo ello, junto a la correspondencia recibida, llevaba hasta dos nombres: Federico Urtubi y Luis Pelegrim.

Mirella Vorán envió una carta personal a Urtubi. Sabía, por Aníbal, que Emilio Bravo había viajado hasta Sevilla, pero desconocía el motivo. Urtubi, al principio, se mostró un poco desconfiado:

—Compréndalo, señorita Vorán, son cosas de hombres…

—¿De hombres?

—No me interprete mal. Digamos de coleccionistas.

—Sé que el señor Bravo es un coleccionista reputado en la región, y sé también que ha viajado a Sevilla. ¿No me va a decir usted algo de lo que hablaron, y el motivo por el cual se ha

trasladado hasta el sur de España?

Federico Urtubi la miró fijamente, queriendo traspasar sus pupilas frescas y adivinar qué había detrás de ellas.

Lo observó enseguida. Había que ser muy ciego para no verlo.

Se trataba de una enfermedad de difícil cura que se llamaba amor.

Lo descubrió en los ojos de aquella chica decidida, en su rostro rebosante de dignidad, en el volumen de su voz. Aquella muchachita estaba enamorada de Emilio Bravo y poco podría hacerse para detener sus actos.

—Un libro. Ha viajado hasta Sevilla en busca de un libro.

—¿Un libro? ¿Cuál?

—Uno que anhelaba con gran interés, y que quería por encima de todo para completar su colección.

—Dígame cuál, señor Urtubi.

—La Filosofía Oculta, de Cornelio Agripa. Un tratado de ciencias oscuras escrito en Colonia, en 1533.

—¿Ciencias oscuras? ¿A qué se refiere, a investigaciones proscritas? —Mirella recordó de inmediato el descubrimiento de los contenidos de las alacenas en la parte posterior de la buhardilla de la mansión.

—No, no exactamente. Se trata de conocimientos herméticos, inaccesibles a personas no iniciadas. Cornelio Agripa reunió todo el saber de la época en varios libros. Son ciencias extrañas, señorita. No trate siquiera de entenderlas.

24

Conocimientos herméticos, ciencias oscuras. En todo ello pensaba mientras viajaba en el carruaje que la llevaría hasta Sevilla. Leía varios ejemplares que había conseguido gracias a la generosa labor de Federico Urtubi.

—Son libros que no debe leer una señorita —le había advertido, serio, el vizcaíno.

—No se preocupe, solo tengo intención de echarles un vistazo por pura curiosidad.

—A veces, la curiosidad es peligrosa.

—¿Estos libros son peligrosos, señor Urtubi?

—Su lectura es demoníaca. ¿No tiene miedo al demonio?

—Me temo que no. Enseñanzas de mi padre, que jamás creyó nada que no pudiera encuadrarse entre unas cuantas fórmulas matemáticas. Además, nunca lo he visto, ¿por qué iba a darle crédito?

—No se burle de asuntos tan serios, señorita. ¿Sabe lo que es el cuélebre?

—Cómo no iba a saberlo. Una serpiente legendaria que anida en las cuevas y simas, no solo de Asturias, sino en otras comarcas del norte de España.

—Si pregunta usted en pueblos y aldeas cercanos, cien hombres y más aún mujeres le jurarán haber visto al monstruo — aseveró el vizcaíno—. Dicen que es el mismo diablo encarnado.

—Lo creeré cuando lo tenga ante mí —insistió, con una confianza que desarmó a su interlocutor.

—Es usted una mujer sorprendente, señorita Mirella. Realmente sorprendente. Aventurarse a viajar tan lejos…

—Las fronteras se están expandiendo, ya no son los cuatro puntos cardinales que conocemos. También las mentalidades. No podemos seguir anclados en el siglo pasado. Además, me acompaña una compañera de Gijón, y el propio Aníbal.

—Pero una señorita como usted…

—Mi padre no me enseñó a ser una señorita, señor Urtubi, sino a ser una mujer. Mientras las señoritas aprenden a bordar y a tocar el piano para amenizar a las visitas, las mujeres intentamos comprender el mundo. Incluso cambiarlo, si es posible.

El hombre se dio por vencido en la lucha.

—Está bien. Le remití a Juan Betsabé —dijo el vizcaíno al fin—. Solo él podía facilitarle una copia del ejemplar que buscaba.

Tras arribar a una deslumbrante Sevilla, Juan Betsabé, anticuario avezado pero, sobre todo, receloso de su trabajo, no le indicó nada que pudiera señalar el paradero de Emilio Bravo.

El tiempo apremiaba y debía actuar con mucha diligencia. Mirella comprendió que Bravo había estado inmerso en un mundo de codicia de libros, manuscritos secretos y coleccionistas apegados a sus piezas como si de parte de sus cuerpos se tratara. Un universo para ella desconocido, a pesar de haber sido instruida en la lectura desde su infancia.

—Lo siento, no conozco a ningún Emilio Bravo —mintió Betsabé, sin apartar la mirada del ejemplar que se hallaba encolando.

—¿Está usted seguro? Pasó por aquí hace unos meses, preguntando por un libro .

—Por aquí pasa mucha gente, señorita. Y habitualmente lo hacen preguntando por libros.

—Este era especial: La Filosofía Oculta, de Cornelio Agripa.

—Lo recordaría de ser así. Pero no, lo lamento.

No hubo manera de hacer que aquel hombre hablara más. Aníbal y ella se marcharon con la sensación de haber perdido el tiempo. Estaba claro que Juan Betsabé conocía al indiano, pero de nada había servido su visita.

Parecía que nadie tenía constancia siquiera de que un hombre llamado Emilio Bravo hubiera puesto los pies en la ciudad.

¿Y si era así? ¿Y si no había llegado nunca?

Una gitana le leyó la mano en los alrededores de la catedral, con la suntuosa torre de la Giralda a sus espaldas. Le habló de dichas y peligros a partes iguales. De un amor intenso como el de esos lobos marinos que vienen y van, y dejan en cada puerto el aroma de su presencia efímera. Le pareció escuchar en la voz de la adivinadora las palabras de su amado:

«Mi querida Mirella, hay secretos que no puedo revelarte. Temo que, si lo hiciera, no querrías volver a verme. Me los llevaré a la tumba y sé que Aníbal se dejaría matar antes de revelárselos a nadie».

Todo era luz, todo era color. Mirella Vorán paseaba por el dédalo de calles con la mirada puesta en los balcones, con sus geranios alegres y sus azulejos de jóvenes virgencitas.

Llevaba dos semanas en Sevilla y sabía que le restaban pocos días más. Su búsqueda de Emilio Bravo había resultado infructuosa y no podía ocultar su preocupación, pero debía regresar a casa. Después de todo, ¿quién les aseguraba que Bravo permanecía allí?

Sintió la desolación del fracaso. La tristeza de volver con las manos vacías y el corazón herido.

Quizá fuera mejor olvidar toda aquella locura y centrarse en su futuro .

Quizá Emilio Bravo debía ser ya historia.

Había algo más. Para Mirella, cada minuto, cada hora, cada día, se le antojaba un descubrimiento deslumbrante. Desde que puso el pie en aquellas calles tortuosas como laberintos de cuento comprendió que el mundo es más ancho de lo que la mente tiende a imaginar; que está compuesto por pequeños universos y enormes oasis, por islas desconocidas y mares navegables. Supo que la vida no espera, que los pájaros continúan su vuelo aunque no los mires y que las montañas se extienden más allá de tu mirada.

Luanco quedaba lejos, como un diminuto grano de mostaza en la magnitud del desierto.

Volvería pronto a su casa, con sus padres, pero intuyó que algo había cambiado. En Gijón había madurado deprisa, pero atravesar la columna de la Península, recorrer las montañas de la Meseta, cruzar España de norte a sur como el acero de una flecha de ballesta, le hacía mirar las cosas de otro modo.

Tenía ante ella un universo desconocido. Mujeres con cestos bajo el brazo, curas rezando en silencio mientras atravesaban las callejuelas, vendedores, comerciantes, jornaleros de patillas rizadas y camisas abiertas. Hombres brindando con aguardiente bajo el quicio de las portezuelas, viejos tocando la guitarra en cualquier rincón, niños cantando por unas monedas o señoritos a caballo

cruzando los alberos.

Olvidó por unos días el tono color magenta de sus tardes, la lluvia como compañera de sus días y ese océano que la arrullaba en sus noches de insomnio.

Volvería pronto a su casa, sí, pero llevaría siempre prendido en el pelo el olor de las flores de los luminosos patios de las casas.

Varias noches antes de su partida hacia Luanco, con un cielo de luna blanca y almidonada, Mirella se durmió con uno de aquellos extraños libros de artes oscuras entre las manos. Soñó que unas sombras sin rostro derribaban las murallas de la urbe y se adentraban empuñando sus guadañas. Soñó que portaban un candelabro y la buscaban a ella, casa por casa, llamando al frontal de cada puerta.

Soñó que se marchaba antes de que pudieran atraparla en un paisaje de palabras al viento y atardeceres eternos.

25

A esa hora de la mañana, la calle permanecía atestada de gente, con sus rumores mudos y sus pisadas vagas. La joven llamó con insistencia hasta que le abrieron el portón. Esperó en el atrio y pasó después.

Manuela Monnehay salió a recibirla, sorprendida por ver a una adolescente ante sí, nerviosa, retorciendo el lacito que salía del cinturón de su vestido.

—He venido a entregarle algo.

—¿Quién eres?

—Eso da igual, doña Manuela.

—¿Me conoces?

—Sé que es usted una mujer de bien. Y que le gusta leer.

—¿Eso dicen?

—Eso he oído.

—Toma asiento —le indicó, amable.

—No, no es necesario; he de irme. Solo quiero que lo lea.

Le tendió un manuscrito.

—¿Lo has escrito tú?

—Sí. Necesitaba hacerlo. Me gustaría que lo leyera.

—¿No quieres contarme nada?

—Ahí está todo. No se me da muy bien hablar; prefiero escribir .

—Como gustes.

—Quiero ser escritora, pero me da vergüenza que me lean. De hecho, nadie lo sabe —se ruborizó.

—¿Es una novela por entregas, un diario, un…?

Pero la muchacha giró deprisa sobre sí misma y salió corriendo de la casa, sin dar tiempo a nada más.

Monnehay se quedó un rato de pie, sin saber muy bien qué pensar. Llevaba días preparando una nueva partida para París y se encontraba muy ocupada con las gestiones. Se dirigió a su escritorio, se sentó con calma y ojeó los papeles con cuidado. Unas letras esmeradas ofrecían una caligrafía legible. El título rezaba una

sencilla frase: La bruma de la ciudad. Y el volumen comenzaba así:

«El frío se había apoderado de la ciudad, y una ligera niebla, fenómeno no muy habitual en Sevilla, incluso en invierno, comenzaba a subir hasta perder la visión de los portalones de las calles. Una máscara gris embozaba los patios y los pocos visitantes que caminaban por el barrio calaban sus sombreros hasta las cejas para evitar el helor de la mañana. Paseaban juntos, a la par. Ella con el mejor de sus vestidos, abrigada con un mantón fino sobre los hombros y unas florecillas adornándole el cabello. Él, con su porte altanero de héroe de las letras».

Perdió la noción del tiempo, pero debían haber pasado casi dos horas. Carlos Heinrich entró en la sala. El viaje que haría con su esposa le provocaba sensaciones encontradas. Al menos no pasarían frío en aquellos primeros días de septiembre.

—¿Qué lees? —se acercó a Manuela y le dio un beso en la frente.

—Ah, Carlos, no te había escuchado entrar.

—Lo he notado. Estabas absorta en tus legajos —se sentó frente a ella, mientras se ajustaba el nudo del corbatín.

La mujer posó los papeles sobre la mesa y suspiró.

—Sí, es cierto. Esta historia me tenía ensimismada.

—¿De quién es ?

—Me la trajo esta mañana una joven. Quería que la leyera.

—¿Una joven escribiendo?

—Ya sé que no es habitual…

—No lo es. ¿Y la conocemos?

—Quizá Gustavo la haya nombrado alguna vez como parte de sus amistades. Tiene buenas maneras, así que ha de ser de buena familia. Se llama Julia, Julia Cabrera.

—Ya entiendo. Quizá una joven demasiado ociosa.

—No me atrevería a decir tanto.

—En cualquier caso, ¿de qué trata esa historia que te parece tan interesante?

Manuela se dio cuenta de que era incapaz de resumir lo leído hasta ahora en una frase.

—No sabría decirte. De poetas.

A Heinrich tampoco le importaba en demasía el contenido de aquel manuscrito. Si lo había preguntado había sido para aparentar interés por las aficiones de su esposa, pero él era un hombre práctico, un hombre de números. Nada que tuviera que ver con la literatura le incumbía lo más mínimo.

—Bien, querida, te dejo con tus cosas, entonces —Se levantó—. He de salir a arreglar unos asuntos. Te veré después.

Manuela pensó en la cantidad de tareas de las que también ella debía ocuparse, pero prefirió continuar con la lectura un rato más.

Se acomodó esta vez en uno de los sillones del salón y se preguntó qué delirios estaban asolando a la juventud, que solo les interesaba el tempestuoso y agitado mundo de la literatura.

26

Gustavo Adolfo hacía días que lo tenía decidido: tenía que ir, algo extraño estaba pasando en el cementerio. No quiso decirle nada a Julia, a pesar de que era su confidente de días infinitos y con quien compartía secretos que podían detener el tiempo y las conciencias de media Sevilla.

Julia había dejado de ser una niña, con el cuerpo frágil pero vigoroso y el talle esbelto. A él le gustaba asomarse a sus ojos oscuros como cráteres y descubrir estrellas sin nombre en su pelo ondulado. A sus diecisiete años, Julia únicamente se reconocía como virtud cierta capacidad para leer en la mirada de los demás como si de un libro se tratara.

Aquel día, no muy lejos de su antiguo hogar, aquel de la Calle Larga que apenas ya visitaba, pero al que volvía a menudo para recordar su infancia, el joven buscó la manera menos incómoda de decírselo.

Sopesó el momento, se ajustó el cuello del abrigo y le soltó a bocajarro.

—Voy a ir al Cementerio de San José.

Pareció un susurro del viento, más que una declaración de intenciones.

Se volvió a él. Comprendió que había cosas que el muchacho callaba e intentó escrutarlo con el gesto .

—¿Al cementerio?

—He de buscar algo allí.

Lo miró con ojos incrédulos. Esperó a obtener algo más de información, pero sabía que el joven podía ser absolutamente impenetrable.

—No irás solo.

—Sí. No tardaré.

—En un cementerio no se pueden encontrar cosas muy distintas. De igual manera, te acompañaré —dijo la chica, intentando aportar naturalidad a su decisión.

—Es mejor que esta vez vaya yo solo. Los cementerios nunca son lugares seguros.

—Que yo sepa, ningún lugar lo es por completo. El mundo es en sí una caverna llena de peligros.

—Hablo en serio —Evitó mirarla mientras hablaba.

—Gustavo, allí todos están muertos.

—A veces ni de los muertos puedes fiarte.

—Los muertos son solo eso: muertos.

—No quiero que vengas, Julia. Te lo contaré todo después, te lo prometo.

—Si no querías que te acompañara, haberlo pensado antes de decírmelo. Ahora ya es tarde.

Gustavo Adolfo suspiró. Su estrategia para protegerla no había dado resultado. Resultaba imposible quitarle algo de la cabeza a una chica que precisaba caminar siempre a la orilla de los desfiladeros para sentir la vida de cerca. Pero era cierto que la visita de aquella noche no iba a resultar sencilla.

Ella le había cogido de la mano y notado su intranquilidad. Algo le pasaba a su amigo; algo que aún no le había contado. Pero respetaba sus silencios, y sabía que en el interior de aquella mente un secreto estaba creciendo.

—Creo que lloverá —dijo de pronto, para apartar sus pensamientos —. Y una noche de aire y lluvia no es lo más deseable para acudir a San José.

—Si estás intentando disuadirme…

Sonrió. Y la muchacha aprovechó para completar la frase .

—… es imposible hacerlo. Sobre todo cuando ya he tomado la decisión.

Llegaron hasta la calle Betis, atestada de gente vociferando su mercancía de frutas y verduras sobre cestos de mimbre depositados en el suelo. Sortearon los puestos del mercadillo y regresaron al silencio de un callejón vacío.

—De acuerdo —consintió al fin.

Se despidieron con un beso en la mejilla y un ligero toque en los dedos. Suficiente para que Julia ascendiera por acantilados y Gustavo Adolfo cerrara sus propias cicatrices. La muchacha subió a su casa y el joven tornó al bullicio de las callejuelas, sin levantar la vista del suelo, intranquilo aún por la fuerza que adquieren a veces

las promesas. Arrepintiéndose de haber permitido el capricho de acompañarle dentro de unas horas. Los cementerios escupen malos presagios, con la muerte paseando a sus anchas entre las losas del sueño.

La muerte estaba presente en sus días. Navegaba por sus versos, acudiendo presta y solícita a sus escritos, con las alas negras y el hocico lleno de sangre. Él siempre pensaba en la suya; la imaginó cálida y confortable. Alguien lo tapaba en silencio con una gruesa manta de lana, y unas manos depositaban sobre un rostro un sudario blanco. Todo era serenidad.

Atrás quedó la Plaza de San Lorenzo. El rumor de las copas de los árboles le devolvió las risas de antaño, cuando su aliento infantil cobraba vida entre las correderas y los huertos, y los suspiros de sus hermanos no se derramaban en la arena. Las torres de la ciudad le miraban apenado y pájaros de mil especies le seguían con su vuelo. Gustavo Adolfo no comprendía en aquellos días pasados la soledad de las almas.

Qué lejos ya todo eso. Qué lejos los secretos y el recuerdo de sus sombras. Sus padres perdidos entre la bruma del tiempo.

Qué lejos la inconsciencia del momento, la fugacidad del instante que marcha para no volver a nosotros. Qué vacío el de la ausencia. Qué desértico caminar a solas. Qué arduo hacerlo por paisajes llenos de espinas .

Y después, la nada más absoluta. Dios mío, qué solos se quedan los muertos. ¡Pero aún más solos viven los vivos!

Le corrió una lágrima por la mejilla. Se la quitó bruscamente y respiró con rotundidad, exhalando un aire que le quemaba los pulmones.

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! Pero qué solos quedan también los vivos.

Solos entre los velos de las nubes y los vapores de la memoria que guardan los cementerios.

El camposanto es el alma de la ciudad de los vivos. La Guerra de la Independencia dejó pocos muertos en Sevilla. La negociación con el mariscal Claude Perrin Victor, a la postre duque de Bellune, pactó con las autoridades locales una toma negociada que evitó el derramamiento de sangre, aunque no el saqueo posterior de 1812.

El Cementerio de San José estaba situado en un llano que parecía tener escrito que no mucho tiempo después sería derribado para ensanchar los contornos de una ciudad que comenzaba a crecer de una manera desaforada. La inmigración campesina de las poblaciones cercanas había creado focos donde la gente se hacinaba en pésimas condiciones. Focos pronto convertidos en suburbios y barriadas enteras, más allá de las viejas murallas medievales, con sus Puertas milenarias a punto de ceder el paso a los vaivenes de la Historia, resistiendo en pie como vigías de un pasado espléndido.

Aquella sacramental comenzaba sus últimos días, ya que una mayor se acababa de inaugurar a las afueras en enero de ese mismo año de 1853. La de San José, en Triana, junto con la de Prado de San Sebastián u otras conventuales, había dado cobijo a los muertos desde hacía siglos, sobre todo a los fallecidos por la fiebre amarilla que asoló la urbe en 1800. Un suceso no tan lejano, que había dejado un poso de amargura en el corazón de toda Sevilla. A esa altura de siglo, en los años centrales del siglo XIX, pocas familias podían vanagloriarse de no haberse desagarrado con los muertos de uno o varios familiares en aquel triste episodio.

Los jóvenes saltaron la tapia auxiliados por las ramas de un árbol centenario, que no dudaron que habría ayudado en la misma empresa a muchos otros antes que a ellos.

El árbol crujió bajo su peso, y el sonido pareció encender las alarmas de la oscuridad. El ensanche dormía a esas horas, con los temporeros descansando a la espera del alba.

—Agacha la cabeza o nos verán desde el Arenal.

Julia se bajó de un solo gesto, para ocultarse aún más entre los matorrales salvajes.

Avanzaron por el filo de la negrura, solo alumbrada por una luna creciente y perezosa. Gustavo le agarraba de la mano para infundirle un valor que sabía que a la chica no le faltaba. Ahora se preguntó si era él el que necesitaba sus palabras de aliento.

Pasaron por delante de la caseta del guardia del cementerio, que mantenía una tenue luz en su interior. Dieron por hecho que el enterrador estaría durmiendo a esa hora de la madrugada.

Sortearon las lápidas de granito de los caminos terrosos y la hojarasca acumulada por el olvido. Ni un rumor ensombrecía su paso por las delgadas avenidas. Solo las hojas de los chopos, que se

levantaban en hilera por los corredores del cementerio.

Se escondieron tras un panteón. La muchacha no pudo evitar mirar su nombre y epitafio: Familia Beltrán. Unidos hasta en la muerte. Un escalofrío le recorrió la espalda. Un niño de alabastro observaba con ojos y expresión desafiantes, mientras con su mano derecha señalaba al horizonte, con un dedo acusador queriendo impartir justicia divina.

Un rumor extraño se escuchó de repente.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

Alguien parecía encontrarse entre la oscuridad, caminando a pasos lentos.

Gustavo Adolfo sintió pánico. No era la primera vez que iba al cementerio en aquellos días. Ni la primera vez que veía aquello. Tapó la boca con la mano a la joven. Ambos se agazaparon .

—Escóndete —indicó de forma casi inaudible.

Había alguien cerca, muy cerca. La muchacha pensó que lo más probable era que fuera el guarda, pero su caseta se encontraba en el otro lado del cementerio y no había visto a nadie desde que entraron en el camposanto.

Pronto descubrieron de quién se trataba.

Era un hombre alto, vestido con una capa oscura sobre el abrigo. Coronaba su cabeza con un sombrero de copa, calado hasta bien entrada la frente. El embozado se aproximaba al ala donde se erigían varios mausoleos, en la ciudad eterna donde habitaban los muertos.

De pronto, algo ocurrió. Aquella figura se movía con agilidad y había algo siniestro en sus pasos. ¿Quién era y qué podía estar buscando de madrugada en un lugar así?

La sombra sabía bien dónde se dirigía. No vaciló en acercarse a una tumba aún sin lápida sobre el féretro de madera. El hombre se encontraba aún más cerca, pero no veían su rostro. Gustavo Adolfo entendió pronto el porqué. El desconocido se cubría con un pañuelo o chalina que le cubría casi el resto de la cara.

Con el mayor sigilo se quitó el sombrero y el abrigo y, después, buscó algunos objetos de un saco que le acompañaba. Eran utensilios alargados, que empuñaba sobre la tierra. Comprendieron lo que estaba haciendo: cavaba sobre una de las tumbas.

Ni siquiera la luna iluminó su reflejo.

Solo cuando acudieron tres días después, advirtieron que portaba en su mano enguantada un filo delgado y tan afilado como el mejor de los estiletes. Julia nunca había visto algo así.

—Es un escalpelo —le aclaró el joven—. Un cuchillo de cirujano.

Sus movimientos eran mecánicos y estudiados. Buscó una tumba que parecía conocer bien y durante una hora extrajo el fango de un enterramiento reciente. Lo hizo todo en silencio y con destreza. Saltó al hueco y desclavó con paciencia la tapa de madera que cubría el cuerpo.

La siniestra figura vestida de negro, con sombrero alto calado hasta los ojos, cara embozada y abrigo largo, salió de la sacramental de San José, en aquella zona apartada de Triana, suficientemente tranquila como para evitar curiosos.

Bajo la estatuaria de piedra, una luna iluminaba los bordes de la noche con su frialdad quemada. Una luna y sus sombras, máscaras de barro que se deshacen en el agua.

La noche le acompañó, cómplice de sus actos.

Más tarde abandonó el camposanto, envuelto en el mismo silencio en el que había llegado.

Los dos jóvenes, muy a su pesar y al miedo, pudieron verlo todo.

27

Gustavo Adolfo Bécquer había crecido leyendo en la biblioteca de su madrina los mejores autores extranjeros de su tiempo. Y desde niño había escuchado las leyendas que sus mayores narraban a las puertas de las casas, en aquellos veranos de insomnio y calor. Sevilla era una tierra de mitos, de fábulas que los gitanos inventaban y que la estirpe popular terminaba recreando.

Él era un joven fantasioso, que veía personajes de novela en los rincones más inhóspitos de aquella ciudad de encajes y arabescos. Rendido a su imaginación, solía entretener sus horas perdidas en la exploración de escondrijos olvidados, guaridas al abrigo del deambular de las gentes. Le entusiasmaba descubrir retazos de antiguas iglesias o arquitecturas derruidas de casas desocupadas, palacetes abandonados o viejas piedras de monasterios de otra época, para destapar el alma guardada que vive siempre entre las rendijas de piedra de los muros.

Uno de los caserones que conocía bien se alzaba en los arrabales más antiguos de la ciudad, rodeado de huertas y sembrados de trigo, más allá de la Puerta de la Macarena. No estaba deshabitado, pero no era difícil, si se era un poco diestro, escalar por sus vetustos ventanales traseros, muchos de ellos rotos por la desidia y las pedradas. La mansión era tan grande que, de vivir alguien allí, a buen seguro no repararía en los destrozos.

Hacía un año que Gustavo había acudido a aquella calle sin pavimento, sucia de maleza y matorrales, que cercaba el palacete de enorme tejado de la mejor pizarra de España. Quizá lo imaginó cuna de historias legendarias que merecían la pena ser contadas.

—Julia —le contaría después a su amiga—, aquel era un lugar extraño.

Una tarde, cuando el sol ya se ponía y dejaba un tono rojizo en el cielo, se acercó al portón de entrada, una mole de madera, sellada por la humedad y mil cerrojos. Rodeó la casa, de anchos ventanales por los que podía pasar un ejército entero con toda su

caballería. En la parte posterior, un pequeño establo de teja ofrecía un peldaño idóneo para aventurarse y subir hasta uno de los vanos superiores.

Gustavo no se lo pensó. Estaba seguro de que allí no había nadie.

La hacienda rural de Luis Pelegrim, que mantenía un importante acomodo gracias a la recogida y transformación de la aceituna, comprendía, además de la casa señorial, un pozo, un pequeño horno y las casetas para el ganado y los aperos de labor. Las casitas bajas de los jornaleros eran humildes chamizos de finas paredes encaladas y techumbres de madera, con una caño de agua que manaba de una tapia comunal.

Escaló hasta el tejado del cobertizo y pasó desde allí al de la casa a través de las vigas de los balcones superiores. Recorrió el espinazo trasero hasta que encontró una ventana que poder manipular lo suficiente desde fuera como para que su ágil cuerpo entrara.

Una vez dentro, intentó acostumbrarse a la falta de luz de aquellos pisos superiores. Caminó por un pasillo que daba entrada a varios cuartos, todos en perfecto orden. Nada raro observaba: cuadros, mesillas con tapetes de encaje, lámparas colgando del techo o vetustos sillones a juego con el cortinaje.

Un amplio patio de estilo andaluz, decorado con flores ya secas y plantas medio asfixiadas daba paso, a partir de unas bellas escaleras de mármol, hacia las estancias. La galería principal desembocaba en las dependencias privadas, entre las que se incluía un despacho, una biblioteca, una capilla y varios dormitorios para invitados. Las habitaciones de los criados parecían quedar en un espacio inferior, mientras que la vida privada y social del dueño se desarrollaba en la superior. Anduvo sin prisa por dormitorios llenos de imágenes religiosas, saloncitos destinados a las visitas o gabinetes de lectura, donde una gran mesa de caoba aún conservaba fresca la tinta y los sellos de cera para las cartas.

En una de las salas, situada en la parte final de otra intrincada escalera, con una chimenea apagada al fondo, bajo un aparador inmenso que recogía decenas de figurillas de porcelana y loza, encontró una silueta sentada en un sillón de orejeras altas. Estaba de espaldas, mirando hacia un ventanal enorme que descubría lo

que algún día fuera un bonito jardín. Parecía contemplar un cuadro, una acuarela formada por los colores del día.

Gustavo Adolfo sintió pánico. No sabía si aquella figura se movía o no; ni siquiera si estaba viva.

El miedo pudo más que la curiosidad y el chico regresó sobre sus pasos para desaparecer de allí. Lo haría en silencio, como había llegado.

Pero entonces, la sombra se volvió.

Era un hombre casi anciano, de cara inexpresiva y afilada y de marcadas arrugas, con barba poblada y algo descuidada. Llevaba el cabello muy peinado hacia atrás, y las sienes le destacaban del cráneo. Los ojos eran muy oscuros, casi negros, y las manos largas y gastadas. Vestía una camisa blanca ajustada al cuerpo, y escondía sus piernas bajo una gruesa manta que las resguardaba del frío.

Estaba fumando en una pipa antigua y de madera.

—¿Te vas ya? —Su voz sonó hueca, pero firme.

Gustavo Adolfo no supo qué hacer. Aquel anciano extraño le había descubierto y sintió el bochorno en sus mejillas. Había entrado a curiosear en una casa que finalmente estaba habitada.

Se dio la vuelta despacio, muy despacio. Temblaba tanto que anheló con todas sus fuerzas que el hombre no se diera cuenta.

—¿Por qué has venido? ¿Quién eres?

Gustavo se encogió de hombros como toda respuesta. Estaba aterrado ante aquel hombre que, no obstante, no lo miraba con gesto inquisidor.

—¿No lo sabes? —insistió.

Aterido de miedo, estuvo a punto de echar a correr, pero las piernas no le respondieron. Cuando por fin sintió un poco de sangre circulando por ellas, se deslizó hacia el pasillo, buscando el pequeño reducto por donde había entrado para salir de allí lo más rápidamente que pudiera.

28

Gustavo Adolfo no volvió a acercarse a la casa en mucho tiempo, incluso no la mencionó más en presencia de Julia. Sentía pudor por su acción de entrar como un ladrón en una casa ajena, y también por el hecho de haber sentido pánico. Un sudor incómodo le hacía esforzarse por olvidar el episodio.

Luis Pelegrim, el dueño de aquella mansión situada entre las casuchas de los jornaleros, los pequeños talleres de orfebrería y las tierras de labor, fallecería varios meses después, tras una larga enfermedad. La noticia corrió como la pólvora entre todos los lugareños. Damián, un amigo de Gustavo se lo contó.

—El viejo del cortijo ha muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo.

En efecto, todo el mundo lo sabía, y días después sus exequias fueron publicadas en *El Porvenir* . De ello se encargó quien lo había estado cuidando y acompañando en las últimas semanas y hasta el final de sus días. Un amigo llegado del norte, con suficiente dinero como para hacerse con los gastos de todo. Era bien conocido que Luis Pelegrim estaba arruinado.

El forastero cubrió todos los pagos pendientes y mandó a uno de los arrieros a ensillar un caballo e ir al otro lado de Sevilla .

El jinete salió al galope en un jamelgo y volvió al atardecer, con un hombrecillo joven en la grupa, medio mareado por los botes de la cabalgada.

El enterramiento ya se había producido. Acudieron pocos hombres de la ciudad, un par de mujeres y casi todos los peones de sus campos. No porque estimaran al terrateniente, sino porque temían por sus trabajos y lo que sería de ellos a partir de entonces.

La mayoría pensó que el forastero compraría el terreno y se haría con la casa. Que la tiraría entera, hasta el último tabique, y especularía sobre su valor para venderla al Ayuntamiento. Que haría aún más dinero así, algo a lo que, a juzgar por su aspecto,

estaba acostumbrado, y quizá echaría a patadas a todas las familias que llevaban asentadas veinte años en la zona, desde el momento en el que llegaron desde los pueblos cercanos en busca de un futuro menos miserable.

Todos comentaban sobre aquel caballero venido de fuera y que no decía nada. Que entraba y salía de la mansión de Pelegrim y que no hablaba con nadie.

El hombrecillo que había mandado traer era un notario para formalizar los papeles de la compra del inmueble. El forastero alto y elegante había decidido hacerse con la casa y con los terrenos circundantes. Cundió el miedo entre los jornaleros del terrateniente. ¿Qué sería ahora de ellos?

Entonces sucedió. El amigo de Pelegrim, que gastaba sombrero, abrigo caro y guantes, visitó cada una de las míseras casas de los trabajadores. Les tendió a todos unos papeles que apenas sabían descifrar. La tarea la desempeñó su acompañante, el notario Francisco Bermúdez, que fue el encargado de ir leyendo los puntos recogidos en aquellos documentos.

Bermúdez les explicó con paciencia las condiciones que cada contrato incluía.

—Esto irá para largo, señor Bravo —le comentó mientras la gente les recibía atónica en el humilde interior de sus chamizos.

—No importa. Proceda .

Sentado ante una tabla de madera que hacía las veces de mesa, Emilio Bravo miró con satisfacción el rostro de aquella pobre gente, a la que le estaba ofreciendo la oportunidad de su vida. Ellos no entendían aún cómo aquel hombre anónimo les regalaba su tierra, aquella que llevaban veinte años trabajando con su sudor en calidad de jornaleros o arrendatarios. Lloraron de alegría, le besaron las manos, le sacaron las pocas provisiones que guardaban en la despensa, apenas un poco de queso y mendrugos de pan untados en aceite.

No parecía haber ni trampa ni cartón. La tierra sería suya porque el comprador no la necesitaba y consideraba que, muerto el propietario, ellos eran sus legítimos dueños. Él las había comprado para cedérselas.

Se despidió de ellos. Los campesinos eran libres de volver a labrar sus tierras o venderlas. Se alegró al ver las caras de aquella

gente, tan huérfana de buenas noticias, en los quicios de las puertas despidiéndose de él como quien lo hace de un santo que acabara de obrar un milagro.

Después de ello, aún permaneció unos días en la casa. La gente pensó que se establecería definitivamente allí, pero Emilio Bravo no dijo nada. Solo empaquetó libros y cachivaches de la mansión de Pelegrim que envió a la de Luanco.

Después, una noche, con el cielo cubierto de nubes anunciando el paso del otoño, se marchó en un caballo hasta subirse a un carruaje y salir de la hacienda.

Nunca más volvieron a verlo.

Días antes, en el interior de la casona de Pelegrim, el sol traspasaba todas las rendijas y se colaba a retazos. Bravo había abierto de par en par las ventanas del último piso y el aire fresco trataba de zafarse entre el ambiente espeso de las estancias.

Gustavo Adolfo entró de nuevo sin la menor dificultad por los vanos que conocía bien. Quiso ver por última vez el palacete, con un futuro incierto tras la muerte de su dueño .

El suelo crujía y chirriaba a su paso. Todo lo que había observado meses atrás permanecía igual. Avanzó observando el esplendor de lo que un día fue. Supo que pronto los ladrones y los salteadores reventarían cajones y armarios, se llevarían animales disecados, sillas y cortinajes, y arrancarían las maderas para que hacerlas arder en las hogueras y aliviar así el frío de muchas familias.

Imaginó que los vanos de las puertas dejarían descubrir las brumas que ocultaban su interior. La amplia bóveda del salón principal, una sala mayor que muchas casas de Sevilla, aún albergaba tapices de las mejores escuelas castellanas, cabezas de toros, armas de caza, aperos de bronce y candelabros de plata. Algunos muebles componían ahora un triste decorado, como un teatro sin actores que ha perdido utilidad tras la última función.

De pronto, escuchó unos ruidos bajo sus pies.

Hubiera jurado que allí no había nadie, pero algo se movía en el subsuelo.

Espero un instante.

No había duda: alguien habitaba en un piso inferior.

Buscó el acceso y encontró la escalerilla que desembocaba en la bodega. Partía de uno de los cuartos que hacía las veces de minúscula sala de lectura. Se detuvo: ¿qué debía hacer? Era probable que hasta allí se hubieran dado cita ladronzuelos aprovechando la soledad del inmueble. Pero, ¿y si alguien había quedado encerrado y necesitaba ayuda?

La curiosidad pudo más que cualquier titubeo y bajó despacio, preguntándose si tras aquella portezuela de madera que empujaba había algo más que su propia imaginación.

Lo primero que recibió fue un aire viciado y denso.

En el resto de la casa, las habitaciones hacía semanas que habían sido ventiladas. Emilio Bravo se había ocupado de abrir ventanas y descorrer todos los cortinajes, y la corriente y la luz habían entrado generosamente por las cristaleras.

Descubrió, mientras descendía con sumo cuidado por aquellos peldaños, otro espacio a sus pies, un lugar donde la vida parecía haber estado desarrollándose de una forma paralela .

Casi todas las estancias se hallaban decoradas de una forma homogénea, con altos estantes repletos de antiguos libros, cachivaches que Gustavo Adolfo no había visto jamás, escribanías con legajos y pliegos pulcramente ordenados.

Alguien había sentado ante una mesa de escritorio, leyendo absolutamente absorto. Era delgado, de pelo blanco, barba fina y largas patillas.

Gustavo contuvo el aliento. Aquel hombre tampoco le hubiera escuchado. Permanecía quieto, con la frente apoyada sobre su mano derecha, con el único sonido del leve rumor de su respiración y el pasar de las páginas del libro que tan intensamente leía.

29

Emilio Bravo había llegado al palacete de Luis Pelegrim gracias a las referencias dadas por su amigo Federico Urtubi. Encontró a un anciano enfermo, enfundado en una sempiterna manta cubriéndole la mitad del cuerpo y una voz ronca por el espesor del tabaco.

—Debe usted buscar algo muy especial para que Urtubi le haya hablado de mí. Hasta he recibido una carta suya donde se le mencionaba —dijo, después de toser durante casi medio minuto.

—Lo sé. Me dijo que usted era uno de los mejores coleccionistas de Sevilla —Bravo lo observaba con curiosidad, preguntándose si estaba haciendo lo correcto al molestar a aquel hombre que parecía tener un pie ya en la tumba.

—Eso es decir mucho, créame. Pero le agradezco la consideración a mi buen amigo el vizcaíno.

Durante un instante, Pelegrim siguió chupando su pipa, ajeno al visitante que tenía enfrente. Por fin habló.

—La Filosofía Oculta, de Cornelio Agripa, recuerdo. ¿No es cierto?

—En efecto, era el libro que buscaba.

—Y lo ha conseguido, intuyo.

—Lo he encargado a un prestigioso copista .

—¿Y? ¿Es lo que esperaba? No debe serlo, puesto que está usted aquí.

Bravo sacudió con la cabeza.

—Aún no sé si me servirá de mucho.

—Es un libro peligroso. Técnicas secretas, ya me entiende. Sabiduría oculta a los ojos de los gentiles.

—Es un libro fascinante, pero también he sabido que usted guarda ejemplares que tratan temas cercanos a la magia.

—¿Ah, sí? —preguntó con indiferencia.

—Sí.

—¿Y qué temas son esos?

—Los poderes de la mente, señor Pelegrim. Guarda usted

ejemplares valiosos en ese sentido.

El anciano detuvo su mirada sobre el ventanal que se abría enfrente de él. Si había escuchado o no las palabras de Bravo, no mostró reacción alguna.

Pasado un minuto, durante el cual Emilio Bravo estuvo tentado de marcharse, Pelegrim se volvió hacia el visitante.

—¿Le ha dicho Urtubi que me estoy muriendo?

Bravo no contestó. Bajó los ojos y Pelegrim supo leer la respuesta.

—Bien, venga mañana después del mediodía —dijo con un leve acento de amargura—. Le mostraré algo que le gustará.

Toda la noche estuvo sin dormir el indiano, suspirando por lo que Luis Pelegrim podía descubrirle al día siguiente. No había sido tan difícil vencer la resistencia del viejo, ni había encontrado al fiero terrateniente que Urtubi le dibujó. Es una de las pocas virtudes de la llegada de la muerte: apacigua las almas ásperas, sosiega y serena los espíritus huraños.

Pasadas las cuatro de la tarde, Bravo se presentó ante la casa.

La puerta se encontraba entreabierta. El indiano se preguntó quién cuidaba de aquel hombre enfermo, si no habitaba nadie la casa más que él mismo .

Pelegrim lo esperaba en el salón, impertérrito, sentado en un diván, vestido con un chaleco elegante y con una manta tapándole las piernas.

—Buenas tardes, señor Bravo. Le estaba esperando.

El anciano sacó del bolsillo de su chaqueta una llave de hierro.

—Esta llave da acceso a mi gabinete privado. Hace años que no puedo acceder a él por mi estado, así que me hago subir los libros y los leo aquí. Quiero que usted baje ahora mismo y busque lo que desee. Cuando lo haya encontrado, suba y charlaremos sobre ello. Hace tiempo que no tengo una conversación interesante, de coleccionista a coleccionista.

Bravo tomó la llave sin decir nada y siguió las indicaciones del viejo. Bajó a la antigua bodega, convertida en despacho personal de Pelegrim.

Le sorprendió encontrar no una, sino varias estancias en los sótanos de la casa. Pero fue la sala destinada a biblioteca y lectura la que llamó su atención.

Estaba todo en perfecto orden, aunque había papeles y archivos por todas partes. Se detuvo en los libros que dormían en los estantes de uno de los muros de aquella salita, sintiendo una punzada de desasosiego, y hasta de pudor, por encontrarse entre los objetos del mundo personal de alguien a quien acababa de conocer.

Descubrió, entre otras habitaciones más pequeñas, un desván empleado para guardar utensilios enterrados por el paso del tiempo y el desuso. Artilugios de madera, recuerdos de exploraciones, periódicos amarillentos, cubertería de plata sin estrenar, telas y trajes amenazados por la polilla, libros, tinteros viejos, pinturas… También artefactos que jamás hubiera imaginado: extraños cachivaches llenos de apliques de metal y bielas, remaches de acero en pequeñas máquinas que parecían inventos inservibles, muñecos decapitados, cabezas parlantes de las que Bravo había escuchado hablar en sus viajes, sobre todo por Europa, muñecos hechos de alambre, con hierros forjados a fu ego sustituyendo los brazos de ingenios que parecía que se iban a arrancar a hablar.

Aquel era el santuario de un coleccionista, pero sobre todo el de un soñador. La mecánica de cada dispositivo parecía el resultado de toda una vida de estudios aplicados a instrumentos del mañana. Emilio Bravo se maravilló por la mente constructora capaz de imaginar maquinarias imposibles. ¿Funcionarían todas aquellas tramoyas de la ilusión? Tocó algunas piezas, que parecían cobrar vida bajo una densa capa de polvo.

Aunque fascinado, no era aquello lo que buscaba.

Encendió una pequeña lamparilla de gas que descansaba sobre una mesa de escritorio, entre un montón de objetos viejos de otra época y artefactos del futuro.

Casi media hora después de revolver con cuidado el submundo que se encerraba allí, el hombre dio por fin con algo. Respiró con alivio, dio gracias al diablo y salió con su pequeño tesoro. Se trataba de un librito gastado, con numerosas páginas dobladas por las esquinas.

—Buena elección, amigo mío —Pelegrim le esperaba con una sincera sonrisa.

—Este libro…

—Un libro valioso, sin duda —señaló con el mentón el volumen que Bravo sostenía entre sus manos.

—¿Cómo lo ha conseguido? —Ansiaba saberlo todo sobre aquel ejemplar maravilloso.

Pelegrim expulsó un poco de humo de su pipa, que dejaba de cuando en cuando dormir en su regazo.

—Hace tanto tiempo…

Emilio Bravo se acomodó frente a él, y dijo:

—Cuénteme. Tenemos todo el día.

—No merece la pena —susurró.

—Claro que sí. Le escucho.

Pelegrim entrecerró los ojos para trasportarse cuarenta años atrás, cuando trabajaba de impresor en Cáceres, su ciudad natal, una pequeñísima urbe antigua, rodeada por amplias murallas con enormes sillares y torres de vigilancia, que daba paso a un estrecho trazado de calles empinadas, plazuelas de ensueño y casitas bajas.

Más allá de la arboleda extramuros, sobre un horizonte de tierra ondulada, varias ermitas de piedra y arroyos serpenteantes anunciaban las primeras casas de labradores. Ante el puente romano y un camino de carros que rodeaba una vereda hasta la ciudad, se alzaba el convento de Santo Domingo. Allí, Miguel y Lucas Del Burgo, dos riojanos que llegaron un día con una pequeña imprenta comprada en Madrid, habían establecido un rudimentario pero efectivo sistema de impresión de libros; manuscritos que luego ellos mismos encuadernaban con cuero curtido.

«Yo trabajaba con los hermanos Del Burgo. Fue allí donde aprendí a amar los libros. Y donde se fraguó mi alma de coleccionista.

Un día emergió de la nada un hombre por el empedrado que ascendía hasta el convento. Tenía apariencia de mendigo, con ropas más andrajosas que cuidadas, al que nadie en un inicio prestó demasiada atención. Era un ser extraño. Hablaba con palabras sabias para, de pronto, tornar a frases inconexas que nadie era capaz de descifrar.

Pidió alojamiento a la hospitalidad de los monjes franciscanos y, dos días después, quiso hablar con los dueños de la pequeña maquinaria.

Fue así cómo les encargó la impresión de un manuscrito que llevaba consigo, y que pagó religiosamente. Una edición muy

limitada, tan solo unos pocos ejemplares.

El libro les llamó la atención por su título un tanto aparatoso para la persona que lo portaba. Aquellos *Apuntes personales de Magia y Procesos de la Mente Humana Escritos por el Eminente Nigromante, Prestidigitador y Mago Gianluca Cabrialini* vieron la luz un 2 de abril de 1814 en la ciudad de Cáceres, con sello de la imprenta .

Era un libro extraordinario. Un ejemplar único. No supe nunca quién era aquel mendigo, ni si era o no el tal Cabrialini, pero sí puedo asegurarle que se trataba de un escrito magnífico».

—¿Un nuevo tratado de magia?

—Magia mental, en efecto.

Observó con verdadera admiración el pequeño formato de aquel volumen, muy gastado por el tiempo y las consultas.

—¿Cómo llegó a sus manos?

—Sencillo. Los hermanos Del Burgo, al apreciar el valor que se presuponía al texto, imprimieron un ejemplar más de los pactados.

Cuando nadie lo compró y ellos mismos perdieron interés, me hice con él. Fue el libro que inició mi colección.

—¿Nunca ha sabido quién fue su autor?

—Nunca.

—¿Y nadie más lo conoce?

—Oh, sí, en el mundo del coleccionismo de libros es habitual jactarnos de nuestros tesoros, usted ya me comprende.

Sí, le comprendía. La exhibición de piezas en su casa de Luanco no obedecía más que a esa intención por mostrar su virtuosismo a la hora de acaparar objetos especiales.

—Sin embargo —continuó Pelegrim—, debe usted saber algo más.

—¿En referencia al libro?

—Al mismo que sostiene usted.

—Dígame qué es, se lo ruego.

—Le sorprenderá saber, señor Bravo, que existe una segunda parte.

30

La Plaza del Duque aparecía taciturna y solitaria en aquel momento de la mañana, con los pájaros huidos de las cancelas y de las copas de los naranjos, y algunos mendigos desperezándose el hambre. Cruzó el empedrado caminando sobre sus zapatos en pasos largos, con los dedos de su mano derecha tamborileando nerviosos sobre la tela del pantalón.

Dentro del inmueble, una mujer regordeta abrió la puerta de entrada y miró de hito en hito a quien tenía delante.

—Ah, señorito Gustavo.

—Hola, Ramona. ¿Está mi madrina? Sé que quería verme.

—Sí, acaba de llegar. Entre.

El muchacho se introdujo hasta un elegante zaguán, con madreselvas colgando sobre las celadas.

—Voy a avisarla —La mujer se perdió por un portón de doble hoja y madera labrada que se abría al fondo.

No tardó mucho en aparecer Manuela Monnehay por el mismo lugar por donde se había marchado Ramona. Vestía de forma austera, con un vestido en tonos azulados y sin ningún tipo de adorno. Tan solo una cadena de oro de la que pendía una pequeña cruz colgada del cuello. Tendría unos treinta años, aunque el vestido, la frialdad de su rostro y el pelo dispuesto en un elegante recogido, apuntaba a una mujer de mayor edad .

No era bella, sin embargo, cuando Manuela Monnehay comenzaba a hablar desplegaba un encanto tal en sus gestos que todo su rictus se transformaba en pura seducción. Su voz era dulce, diáfana, envolvente, acariciada por un levísimo acento francés.

—¿Deseaba verme, madrina? —se apresuró a decir el muchacho.

Le dio dos besos en la mejilla a modo de saludo, tal como hacía siempre. Ella le indicó después que se sentara en uno de los gigantescos sillones de mimbre ricamente entretejidos y con cojines de raso violeta. Gustavo Adolfo siempre había pensado que algunos objetos de decoración de la casa de su madrina tenían aspecto de

costar más dinero que el vestuario completo que pudiera guardar en sus armarios.

—Siéntate, Gustavo, te lo ruego —dijo, mientras se acomodaba ella misma en uno de ellos—. Quería hablar un momento contigo. —El rictus de Monnehay se tornó más serio.

—¿He hecho algo malo?

—No, no. No es eso.

—La escucho, entonces.

—Verás —Intentó medir muy bien cada palabra—. Ha llegado hasta mis oídos que vas diciendo que quieres ser escritor.

Respiró, aliviado porque fuera aquel el motivo de la conversación pendiente, aunque un poco cansado de tratarlo de nuevocon su madrina. De todos modos, era un tema que debían dejar zanjado de una vez por todas.

—Ya sabe usted mis intenciones al respecto. Nunca se las he ocultado.

Manuela Monnehay miró a su ahijado con tristeza. Era conciliadora y sabía escuchar, pero se preguntó por qué Gustavo Adolfo y ella tenían desencuentros tan profundos.

—Gustavo…

—Sigo firme en mi determinación, madrina —Se movió en el asiento, incómodo. No terminaba de saber cómo interpretar aquel semblante, tan familiar como imperturbable .

Monnehay concluyó que su ahijado había crecido deprisa, muy deprisa. No era el niño que sentaba en sus rodillas para leerle relatos. Tenía ante sí a un hombre que ya tomaba sus propias decisiones. Cerró los ojos. El joven no supo si lo hizo en signo de reflexión o para buscar en su interior un nuevo resquicio de paciencia.

—Pero Gustavo… —repitió, triste.

—Soy poeta —dijo, con toda la dignidad de la que fue capaz—.

Escritor, si lo prefiere.

—Un poeta —remachó, aún con los ojos cerrados.

Poeta. Todo el mundo escribía versos. En el siglo XIV y XV serlo equivalía a ostentar un puesto social; ahora no, pero los jóvenes se empeñaban en seguir componiendo poemas. Se preguntó hasta cuándo continuaría aquella fiebre de otro tiempo.

—Así es, madrina.

—Sabes que la literatura, como muchos oficios difíciles, está atravesada por miles de circunstancias adversas —Abrió los ojos. Un destello de cansancio asomó en sus pupilas.

—Madrina…

—No, mírame. Mejor: mira alrededor.

Gustavo dudó. Conocía la casa a la perfección. Desde la muerte de su madre, aquel había su segundo hogar tras el de sus tías, con quienes vivía. A veces, el primero.

Manuela le apremió:

—Hazme caso y mira.

Giró despacio el cuello para contemplar el mismo patio de su adolescencia. Las columnas clásicas, la fuente, el busto de un desconocido general romano sobre una pilastra, las flores y madreselvas.

El patio central se adornaba con cuatro pequeños setos recortados con gracia y un surtidor por el que manaba de forma constante la cantinela fresca y suave del agua. A pesar de todo, se advertía un claro toque de decoración europea que se alejaba de ese gusto puramente andaluz, tan presente en las casas de la alta burguesía sevillana. Quizá eran los sólidos bustos neoclásicos de mármol al estilo francés alojados en las hornacinas, o las columnas de capiteles jónicos, en vez de los que acompañaban a los arcos arábicos, de temas florales y grandes volutas colgando de la arquitectura española del sur. Incluso la fuente asemejaba más a cualquiera que pudiera encontrarse en Roma que a una inserta en un patio sevillano.

Únicamente las macetas, de las que nacían jazmines, claveles y albahaca, y los balcones con forjados, hablaban de Sevilla y, aunque no pudo saber exactamente de dónde procedía, de inmediato advirtió un suave y conocido aroma a limoneros en flor.

—¿Qué ves, dime?

El chico titubeó.

—¿Se refiere a lo que veo en el zaguán?

—Te ayudaré. Este es un antiguo patio andaluz que mi padre transformó en un espacio a imagen y semejanza de muchas galerías francesas. Llámalo nostalgia, si así gustas. Hizo traer elementos decorativos de París y Burdeos. Ejemplo que yo he continuado con el tiempo. La casa consta de dos amplios pisos, con más de una

docena de estancias. No quiero resultar vanidosa, pero todas son amplias y decoradas con gusto. Vivimos también, como bien sabes, en una de las plazas más céntricas de Sevilla. Mi negocio es próspero. ¿Has visto sus vitrinas? Podrás encontrar en ellas los mejores perfumes de toda Francia. Pues bien, Gustavo Adolfo, ¿cómo crees que mi familia y yo hemos conseguido todo esto?

—No sé que…

—Aún te diré más. Tengo los ojos cansados de leer, mi querido jovencito. Una mujer leyendo es algo poco habitual, lo sé, pero mi padre me educó con un libro entre las manos. Y te puedo asegurar que he encontrado siempre tiempo para leer. Autores clásicos, autores españoles, franceses, alemanes, ingleses. Conocidos en su mayor parte, pero también otros que no lo son. ¿Por qué te cuento esto? —Respiró despacio y tomó aire—. ¿Crees que toda esta casa y el negocio se han levantado gracias a las miles de horas empleadas en mis lecturas o las de mi padre? ¿Crees que él, Carlos Monnehay, y mi marido, al que le salieron los dientes en el comercio, lograron una vida holgada dedicándole su tiempo a los libros? No, muchachito, no.

—Sé lo que quiere decir, y créame que la entiendo, madrina.

—Cuentas, números, pedidos, servicios, producción, comercio.

Eso hace a un hombre progresar. Hay que ser realista, Gustavo, y yo quiero para ti lo mejor, aunque no quieras comprenderlo. Se lo debo a tu padre, se lo debo a tu madre. Es mi deber y soy una mujer de principios.

—Tengo ya diecisiete años.

—Diecisiete años —suspiró—. Aún vives en la nebulosa de fantasía propia de tu edad. Es por ello por lo que soy yo quien debe velar por ti. Es mi tarea como madrina de pila. A ello me comprometí cuando juré ante el Señor que velaría por tus intereses. Y tu futuro no puede pasar, en modo alguno, por componer estrofas, sino por ajustar beneficios y obtener resultados. A eso debes dedicar el final de tu jornada cada noche: a sumar en un estadillo tus ganancias económicas, no a escribir pareados.

—Sé que intenta hacerme razonar, pero...

—Tú lo has dicho: razonar —interrumpió—. Cualquier chico de tu edad, con tu inteligencia, podría labrarse un porvenir en un comercio próspero como el nuestro.

—Estoy seguro, madrina, pero no es eso lo que quiero.

Manuela Monnehay subió las cejas, en una mueca de total incredulidad.

—¿Prefieres malvivir el resto de tus días, de pensión en pensión, buscando a alguien que sienta lástima por ti y publique un libro en su mísera imprenta? ¿O tal vez me estás pidiendo que te deje mendigar algún encargo mal remunerado y que apenas daría chance para comer unas semanas? ¿Es eso lo que quieres que permita hacer a mi ahijado? Aún más, ¿crees que es eso lo que a tu padre le gustaría que hicieras?

—La literatura es un veneno, madrina. Y yo he sido mordido por la mayor de las serpientes .

—¡Pues busca el antídoto, Gustavo! ¡Es necesario quitarte todas esas imaginaciones de la cabeza! Aunque no lo creas, te estoy intentando ayudar.

Manuela comprendió que la edad del muchacho, unido a su terquedad innata, cegaba cualquier atisbo de debate. Pero no estaba dispuesta a que un muchacho de diecisiete años le ganara la partida.

—Madrina, ¿ha leído alguna vez algo de lo que he escrito?

Ella jamás había querido hacerlo. Titubeó por primera vez: no deseaba mostrar la menor fragilidad.

—Gustavo, sé hasta qué punto el fallecimiento de tus padres condicionó tu vida y la de tus hermanos. No solo a ti. A todos —La mujer notó que le comenzaba a temblar la voz y se apretó las manos con fuerza—. Yo lo tengo muy presente, todos los días.

Manuela se levantó de pronto. No permitiría que su ahijado viera que comenzaba a emocionarse con los recuerdos. Vuelta de espaldas, el joven pudo escuchar unas palabras.

—Ni te lo imaginas, créeme.

Se volvió hacia él. Se encontraba a la suficiente distancia como para no mostrar la expresión acuosa de sus ojos.

—De repente, todo nos dio un vuelco. Una existencia tranquila y próspera que quedó trastocada para siempre. Y la vida no volvió a ser nunca más la misma. Esa vida que se funde con la muerte y nada, nada adquiere ya importancia. Todo queda roto. Todo. ¿Sabes lo que nos salvó entonces, Gustavo? No fueron los libros de mi biblioteca, ni el arte encerrado en el taller de uno de los mejores

pintores de Sevilla, como era tu padre. Sus cuadros dejaron de venderse. ¿Eran peores que antes de estar él vivo? No, pero la muerte lo ennegrece todo; lo pudre sin compasión. No le pidas a la muerte que espere.

Manuela Monnehay se acercó a una pequeña alacena cerrada y cogió un vaso de ella. Se dirigió hacia a la fuente y lo llenó de agua. Gustavo Adolfo juraría que le temblaban las manos al llevárselo a los labios. Tras un pequeño sorbo que se le atragantó en la garganta, Manuela continuó :

—Lo que nos salvó fue este negocio que ha sustentado a mi familia durante todos estos años. ¿Quieres que te lo diga de otra manera? El dinero, jovencito, y no los libros ni las lecturas ni la imaginación. El trabajo y el dinero como baluarte para la vida. Porque somos mortales, y no dioses, Gustavo. Somos humanos demasiado condicionados por las necesidades. El mundo, la gente, los días: todo es mortal. Y nada permanecerá tras nosotros cuando nos llegue la hora. Nada. Olvídate de la gloria y regresa al mundo de los vivos.

Se giró de nuevo.

—Y ahora, si me lo permites… —dijo, aún de espaldas.

Gustavo se incorporó de inmediato. Le afligía su dolor; quería de verdad a Manuela Monnehay y sabía que era imposible poder convencer a aquella mujer. Pero era su última oportunidad.

—Dentro de unos meses marcharé con Narciso Campillo a Madrid, madrina. Allí quiero hacerme un nombre.

—Estás loco. Tus deseos son puros, pero equivocados. Escribir no te hará ningún bien. Debes aprender, de una vez por todas, el oficio que te dará un futuro.

—Lo estamos ultimando todo.

—Quítele esas quimeras de la cabeza, Gustavo. Hazlo por ti —dijo, casi a modo de súplica.

—Está decidido —concluyó, con todo el aplomo del mundo, aunque sabía que le estaba asestando un golpe definitivo.

Gustavo observó cómo Manuela Monnehay se retiraba envuelta en el mismo silencio en el que había entrado por la puerta enrejada. Con su vestido demasiado oscuro, su rostro adusto y serio, y aquellos esmerados modales de dama francesa criada en los mejores colegios de Sevilla.

—Pues no cuentes entonces con mi ayuda —le respondió con acritud.

Al joven le hubiera gustado saber qué poso persistía en aquella mujer hecha a sí misma de las miles de horas de lectura completadas en su biblioteca. Qué parte del espíritu de la razón más objetiva vivía en ella y había conseguido mermar para siempre su sentido de la imaginación y la utopía.

La luz de la mañana le ahogó la respuesta. Nunca lo sabría, se resignó.

Salió de la casa con el convencimiento de que algo entre ellos se había desgarrado para siempre. Y se adentró en la brisa que corría por las calles adyacentes a la plaza con la inquietud que las palabras de su madrina le habían provocado.

31

—Señor Bravo, discúlpeme la pregunta, pero ¿para qué quiere usted ese libro?

Manuela Monnehay lo escrutaba con sus inteligentes ojos de águila, esos a los que nada se les escapaba y que parecían poder leer los pensamientos más recónditos.

—Es una larga historia, señora Monnehay.

En el salón de la casa de la Plaza del Duque, la anfitriona recibía a su invitado a la hora de la merienda, con una bandeja de pequeños dulces y té.

—Pelegrim era un buen amigo —dijo Monnehay con pesar.

—Lo sé. Y sé también que fue usted una de las pocas personas de Sevilla que acudieron a su entierro.

Emilio Bravo había cuidado a Pelegrim hasta sus últimos días. Sentía por el viejo coleccionista un agradecimiento que solo pudo pagar con su compañía. Juntos habían leído libros de la biblioteca particular del terrateniente, y habían discutido muchos de los preceptos que se escondían veladamente en las páginas de algunos volúmenes allí almacenados.

—No era un hombre que se prodigara en actos sociales —Manuela Monnehay mordió un minúsculo trozo de pastel.

—Pero llevaba viviendo en esta ciudad treinta años.

—La gente suele olvidar pronto, ya sabe .

—Y también puede ser ingrata.

—Luis Pelegrim se preocupó más de reunir libros que amigos en su vida. De todas formas, no ha venido usted hoy aquí para hablarme de él.

—No —lo dijo exhalando todo el aire de sus pulmones.

—Sino a por un libro. Uno muy especial. ¿Cómo sabe que todavía lo guardo?

—Porque un coleccionista nunca se desprende de sus mejores joyas.

—Mis joyas son obras de escritores franceses y alemanes.

Emilio Bravo apagó su habano y bebió un poco de su taza. Estaba visiblemente nervioso.

—Sé que lo tiene, señora Monnehay. Y es usted mi última oportunidad.

Manuela dejó a un lado su habitual talante preventivo y esperó a que se explicara.

Apesadumbrado, al principio solo acertó a pronunciar unas palabras.

—Estoy perdiendo la vida, señora. A grandes tragos.

Quizá fuera la manera desconsolada de pronunciarse, la desolación de su mirada o la congoja dibujada en su rostro lo que hizo que Monnehay le invitara a continuar. Tenía delante de sí a un hombre abatido, que parecía poder desquebrajarse en cualquier momento.

—Espere. Pediré que nos sirvan también un poco de chocolate caliente —dijo ella, mientras la tarde se deslizaba más allá de los ventanales.

¿Qué fue lo que le hizo sincerarse ante aquella mujer a la que no conocía? ¿Tal vez descargar el peso de una conciencia lastrada durante hacía demasiado tiempo? Sus músculos se relajaron al fin y volvió a ser aquel adolescente que un día partió del puerto coruñés en dirección a la esperanza.

«Recuerdo bien el hambre que viví en mi aldea, un pueblecito tan pequeño que nunca aparecerá en los libros. Harto de sufrir miseria, sin padres ni familia alguna, decidí embarcar un día de polizón en el primer navío que cruzara el océano. Precisaba con urgencia comenzar una nueva vida.

No tenía dinero para el pasaje, y no conseguí, a mis dieciséis años, ningún puesto de grumete. Hubiera sido capaz de trabajar en lo que fuera, pero hube de conformarme con esconderme entre la mercancía que se almacenaba en las tripas del barco.

Así comenzó mi singladura hacia La Habana. Pero habitar en las entrañas del buque no fue sencillo. No había agua potable ni alimentos, y hasta el oxígeno era escaso. Me acuerdo que su almacén estaba tan lleno de piojos que, por la noche y sin otra cosa que hacer, me entretenía durante horas buscándolos.

Un día decidí salir a cubierta, sabedor de que lo peor que podía pasarme era que me descubrieran y entrar de nuevo en el agujero

de la bodega. Pero la necesidad de comer me obligó casi a delatarme. Tuve suerte. Un muchacho de mi misma edad trabajaba en las cocinas. Se apiadó de mí cuando me descubrió una noche robando comida y, a partir de ese instante, no me faltó alimento.

Aquel chico se llamaba Emilio Bravo y había partido de su pueblo, Luanco, en Asturias, por idénticos motivos a los míos. Era un bravucón osado y poco a poco fuimos trabando una buena amistad; incluso me ocultó en un compartimento para que no me descubriera la tripulación. Sin embargo, algo vino a modificar por completo aquella travesía. Algo que cambiaría mi vida para siempre.

Unas semanas después de nuestra partida, algunos pasajeros y otros tantos marineros enfermaron de fiebres. Cundió el pánico y una decena de personas fueron aisladas para evitar contagios. El médico no daba abasto. Emilio Bravo, mi confidente y amigo, y el único que sabía de mi existencia allí, murió una penosa madrugada, entre vómitos y dolores de otro mundo.

Quedé desolado. Y sin saber qué iba a ser de mí. Afortunadamente, restaban pocos días para llegar a Cuba.

Cuando los fallecidos fueron envueltos en sábanas y arrojados al mar, una idea martilleó mi cabeza. Sin duda fue el hambre la capitana de mi osadía. Esa misma noche, corrí al camarote de mi amigo y busqué entre sus pertenencias. Nadie las había tocado. Cogí su pasaporte, la tarjeta de embarque y su escaso dinero. Recé lo poco que sabía por su alma, por su generosidad desde que nos conocimos y por ofrecerme la oportunidad de una nueva vida.

Una vez en La Habana, abandoné para siempre mi propio nombre, que nada, más que tristeza y miseria, me había aportado hasta entonces, y comencé una existencia con otra identidad y un nuevo pasado tras de mí. Me sentí el hombre más afortunado de la tierra. El nombre de mi amigo sería honrado de la mejor manera. Haría de él alguien próspero y, algún día, volvería a su tierra cubierto de oro para demostrar a los suyos que había triunfado.

Le ahorraré los detalles de mi vida. Trabajé mucho en Cuba. Primero, en un taller, rompiéndome las manos como peón. Después, vi la oportunidad en las inmensas relaciones comerciales que desplegaba aquel puerto fantástico. A partir de ahí, comencé a prosperar y a viajar: América del Norte, Centroamérica, el sur del

continente… Pasé también por varios presidios y de otros tantos me salvé, experiencias que he desterrado para siempre de mi memoria.

Transcurrieron así treinta años; y un día, con las maletas suficientemente cargadas de bonos bancarios y billetes, torné a España.

Volví a Luanco. No me fue difícil integrarme tras el tiempo transcurrido. Nadie me recordaba.

Mi vida hubiera podido desarrollarse en la tranquilidad de la localidad que me había acogido como a un hijo a su regreso a casa, pero algo comenzó a desestabilizarme. Ya había sufrido ataques de ese tipo antes y quizá por ello, para encontrar una tregua, quise regresar.

La enfermedad se había adueñado de mis días.

Una enfermedad extraña que mermaba mis facultades y me estaba matando lentamente. Una dolencia que me impedía lo más importante que un ser humano puede alcanzar: el descanso.

No podía dormir por las noches. Mis horas nocturnas se convertían en un infierno, poblado por tenebrosas pesadillas que me imposibilitaban cualquier sosiego.

Los médicos no me dieron ninguna solución. Viajé a los mejores especialistas de toda España, pero fue inútil. Después, consulté a varios doctores en Viena, Londres y París. En la capital austríaca encontré algunas palabras aclaratorias.

—La sintomatología de su enfermedad es anómala y me temo que muy poco estudiada hasta el momento. Quizá estemos hablando de una extraña mutación —me decían, uno tras otro.

—Pero, algo se podrá hacer…

—Señor Bravo, padece usted la Enfermedad del Sueño. No es su nombre clínico, pero la define a la perfección.

—Enfermedad del Sueño…

—Lo siento, es cuanto puedo decirle —El doctor Sermman, especialista en enfermedades tropicales, se esforzaba por encontrar nexos de unión en todo aquel batiburrillo de parámetros trazados en dos hojas de papel.

—¿La pude contraer en el continente americano?

—No lo creo. Me inclino más a pensar en una alteración neurológica. Me temo que la ciencia aún no puede explicar su caso. Pero no desespere, se está avanzando mucho en el campo neuronal

y quizá dentro de unos años…

—Dentro de unos años…

—Compréndalo, nos encontramos en un terreno pantanoso.

El campo neuronal. El doctor Sermman era experto en la materia. Los especialistas que había visitado se habían centrado en otro tipo de dolencias, tumores, alteraciones psicológicas o afectivas y un completo rosario de estupideces diagnosticadas. El estudio de la mente contenía infinitas posibilidades; tantas como desconocidas.

El vienés se lavó las manos en una palangana de agua, en un gesto que, por asemejarse al de Pilatos en el pretorio, no me transmitió mucha tranquilidad. Pero Sermman, como Pilatos, también podía equivocarse.

A partir de aquel instante, de nuevo el caos. Me sentí tan perdido como antes de viajar a Austria. La Medicina, la gran apuesta del mundo científico, no podía resolver mi dolencia.

Dejé de visitar médicos y de confiar en ellos. Empecé entonces a frecuentar a curanderos. La desesperación por la evidente pérdida de salud me llevó a tomar medidas desesperadas y los chamanes se ofrecieron como una vía de prueba más. Fui sometido a extraños trances, a sortilegios de otro tiempo y rituales tan disparatados como inútiles. Además de la salud, también perdí en el propósito altas sumas de dinero.

El siguiente paso en mi deambular en busca de la panacea de la vida fue aún más tétrico: la magia negra, la disciplina de las tinieblas. La encontré en los libros que han sido centros de poder. Aquellos cuyas páginas han almacenado la sabiduría de siglos y componen una liturgia iniciática. Libros oscuros que me ofrecieron claves para adentrarme en umbrales que nadie hubiera querido traspasar jamás. Textos prohibidos, como la *Filosofia Oculta* , que me pusieron sobre la pista de actuaciones ancestrales.

Los cementerios y sus huesos frescos se convirtieron en un nuevo campo de disección de vísceras y cadáveres. Bebí sangre y extraje órganos de los depósitos y las morgues. Me arrepiento de aquella sinrazón, pero en verdad que era yo el que estaba loco. A punto de ser descubierto en mis macabras operaciones, decidí trasladar mi objetivo al silencio opaco de las necrópolis.

Apostado en las sombras, esperaba a que los enterramientos concluyeran para después, amparado en la oscuridad de la noche,

abrir tumbas en busca de restos aún calientes.

Pero mi enajenación avanzaba demasiado deprisa, sin que nada pareciera poder detenerla. En aquella demencia en la que me estaba ahogando, estaba dispuesto a agotar mi último cartucho.

Ahora, mi cerebro está asimilando los nuevos procesos, doña Manuela, pero no es sencillo. Gianluca Cabrialini, en sus *Apuntes Personales de Magia y Procesos de la Mente Humana,* el libro que Luis Pelegrim me facilitó, estructura un método en el que el paciente debe desarrollar el control de su respiración hasta límites antes desconocidos por el entendimiento. Es una transformación compleja, que ha de verse incrementada progresivamente en todo el cuerpo durante varias horas al día.

La medicina no tiene solución aún a muchos males cotidianos y el mío no es corriente. La imposibilidad de descansar mientras se duerme te hace bordear la locura más absoluta. Por eso, cualquier intento de solución es para mí una pequeña esperanza. Ahora tengo la oportunidad de seguir avanzando en ese camino, gracias a lo que me desvele la segunda parte de ese ejemplar milagroso.

Si fuera mi propia muerte, nada me preocuparía. Pero hay alguien por quien merece la pena luchar hasta la extenuación. Ella, y solo ella, es la mujer de mis días venideros. Mis fuerzas y mi dicha. Por la que soy capaz de enfrentarme con las manos vacías ante el diablo, si es preciso.

¿Por qué le estoy contando todo esto, señora Monnehay? Quizá porque ya no confío ni siquiera en mí.

Y porque necesito su ayuda. Necesito que me enseñe ese libro».

32

Un carruaje rebotaba por el empedrado de París en el sigilo del anochecer, como si avanzara insomne a través de un sendero mágico. Los cascos de los dos caballos, a pesar de la cautela del guía en el pescante, delataban que el coche se acercaba a buen trote.

Sonaron las campanas anunciando las siete.

La casa, con su mobiliario capitalino y burgués, llevaba horas con las novedosas lámparas de queroseno preparadas sobre la mesa, refulgiendo tras su pequeño vano de vidrio. La mansión se alzaba tras unas cortas escaleras de acceso y una puerta imponente flanqueada por dos gruesas columnas de mármol.

Pero no era por la calle principal por donde había de pasar.

Cuando el cochero concluyó la carrera, el viajero bajó y se dirigió directamente al patio trasero oculto tras unos muros de piedra recorridos por enredaderas. Una arcada daba paso a un pequeño cobertizo, con una techumbre de pizarra que introducía un nuevo postigo.

Cruzó aquel pavimento bajo un cielo ya oscurecido.

Empujó el portón, lugar destinado a la entrada del servicio, y se introdujo en un corto pasillo que olía a humedad. Lo traspasó lo más deprisa que pudo hasta un gran arco, tras el cual se intuía el aire nuevo que le anunciaría que estaba llegando a su destino.

Había otra entrada cerrada y discreta, que conocía bien. Llamó con el picaporte y aguardó.

Unos segundos después, alguien al otro lado abría para permitir que pasara. Podía ya percibir el aroma a café denso y recién preparado. Y la emoción en la boca del estómago, invariable siempre que acudía a aquella cita.

Una enorme chimenea daba calor a la estancia. En el centro, la mesa de nogal, con varios quinqués iluminando el lujoso salón de decoración oriental, se encontraba ya custodiada por sus visitantes.

Una quincena de ojos se posaron en su figura.

Alguien se adelantó con los brazos abiertos en señal de acogida.

Una mujer de edad madura y porte aristocrático se acercó a recibirla y le acompañó hasta la mesa donde se encontraban siete de las doce personas que acudían a la cita bianual desde hacía cuatro años.

—Manuela Monnehay, bienvenida.

—Señora baronesa —se inclinó Monnehay.

Amadine Aurore Dupin, baronesa Dudevant desde su matrimonio en 1822 y a pesar de su posterior divorcio, era la creadora y perfecta anfitriona de la reunión. Novelista y autora teatral bajo el seudónimo de George Sand, se trataba de una autora prolífica cuyas obras alcanzaban gran repercusión en toda Francia.

Monnehay avanzó tras ella y saludó a todos los presentes. Los únicos dos varones, dos editores ingleses, Robert Jennings y su joven ayudante, llegados expresamente desde Londres, le tomaron cortésmente la mano. El resto del grupo lo componían escritoras; muchas de ellas desconocidas por el público lector incluso dentro de sus propios países.

La sevillana era la octava participante y aún faltaban por llegar otras cuatro a lo largo del siguiente cuarto de hora. Allí se encontraban por primera vez las hermanas Brontë, presentes al fondo de la mesa, tímidas y hablando en sus escasos monosílabos en francés. Las Brontë habían empleado seudónimos para conseguir un editor que publicara sus poemas y novelas. Charlote y Emily fueron durante años Currer y Ellis Bell. Manuela Monnehay admiraba especialmente a Charlote desde que leyera un día su Jane Eyre.

Otras escritoras presentes eran la británica Elizabeth Gaskell, la francesa Marie Papin o la austríaca Stell Solz. Todas aguardaron a que Monnehay saludara a cada una de las presentes y tomara asiento.

—Me alegra ver que no soy la última —dijo, con una sonrisa que iluminó su cara.

Monnehay reconoció de inmediato a la extremeña Carolina Coronado, a quien le unía una buena amistad gracias a aquellos encuentros clandestinos, y a Josefina Spinoza, una joven que bajo seudónimo escribía novela política en España.

Cecilia Böhl de Faber era la gran ausente, a sus cincuenta y ocho años y aquejada de problemas familiares de salud. Cecilia, que firmaba desde hacía años sus libros como Fernán Caballero, había

vivido en Puerto Rico, en Cádiz y en Alemania, aunque desde su primer matrimonio se encontraba asentada en Sevilla y frecuentaba a los Monnehay.

A sus treinta y cuatro años, Carolina Coronado era ya una escritora reconocida en España. Una de las pocas mujeres que tenía reservado un espacio dentro del mundo de las letras, con artículos y poemas en publicaciones que le habían concedido cierta fama. Una nueva edición, dos años antes, de sus Poesías, y alguna novela destacada, de entre su variada producción, habían conseguido el reconocimiento de la crítica.

Se sentó a su lado. El don de gentes de la extremeña era bien conocido, así como las tertulias en su palacete madrileño, donde no solo se hablaba de letras y libros, sino de ideas y política. A Coronado le preocupaba la tasa de analfabetismo femenino en España, que rondaba el ochenta y cinco por ciento, y la necesaria labor pedagógica de gran calado que ningún gobierno estaba dispuesto a asumir .

—Manuela, he leído tu último libro. Es muy bueno —Ambas sonrieron, compartiendo un sueño de palabras eternas—. ¿Vendrás pronto a Madrid?

Monnehay no contestó, pero sabía muy bien que no viajaría hasta aquellas reuniones en la capital ni firmaría sus escritos con su nombre. Ese sería uno de los temas a tratar en esa noche. Las autoras inglesas comenzaban a reivindicarlo. También hablarían de continuar con la red de ayuda mutua entre escritoras que aquel grupo había desarrollado de la manera más eficaz para la salida de libros e ideas, y que funcionaba desde hacía tiempo de forma ordenada y casi perfecta.

Charlaron entre ellas, aguardando la hora de comienzo de la cita, donde presentarían los textos que serían publicados en los principales países de Europa. Se reunían allí lejos de la luz pública, bajo la hospitalidad de la dueña de la casa y el conocimiento del anticuario y librero Marcel Dominique, quien se encargaba de distribuir aquellos libros por todo París y las ciudades más liberales del continente. A veces se daba la paradoja de que un ejemplar escrito por una italiana, que se imprimía en París, podía ser comprado por lectores que vivían a escasas calles de la autora, sin llegar a conocerla nunca. En un mundo en el que las mujeres

comenzaban a leer, pero menos a escribir, la autoría de aquellos libros las alejaba de sus roles aceptados y hubiera terminado por desacreditar socialmente a muchas de ellas.

Monnehay, una de las doce personas que se presentaban en París dos veces al año, en un encuentro que hasta su marido desconocía por completo, era autora de arrebatadores textos románticos que recorrían después las imprentas españolas y francesas, incluso las de Ultramar, sin conocer que quien estaba detrás no era un joven y apasionado escritor, sino una respetuosa comerciante con casa y negocio en el centro de Sevilla, alejada de la vida social que bullía en la ciudad.

Pensó por un momento en el manuscrito que Julia Cabrera, casi una niña, le había entregado días atrás. Era brillante. ¿Sería Julia una futura componente de aquel grupo, que aumentaba año tras año? Lo ignoraba. Ella misma, Manuela Monnehay, se debatía entre esa enfermedad sin cura, entre aquel oficio tiránico que exigía la sangre de quien se entregara a él. Por eso debía abrirles los ojos a aquellos muchachos; estaba obligada a salvarlos. No estaba dispuesta a ver morir de miseria y olvido a su ahijado. No lo permitiría.

La promesa de cuidar al joven hecha a José Domínguez Bécquer y su esposa estaba por encima de todo.

Tenía miedo del temperamento arrebatador de los nuevos poetas, de esa rebeldía que renegaba de todo hasta querer dirigir ellos mismos el mundo. Pero el mundo ya era distinto a cada paso y las nuevas fauces de la ciencia propugnaban otros canales en los que destilar la vida. Mejor así. Para quienes la escritura era un dulce veneno, como para ella misma, lo mejor era dejarse emponzoñar por él y morir en silencio. En completo silencio.

La noche se estaba echando encima y la reunión comenzó. Disfrutaban de unas horas por delante para desmembrar un paisaje de historias futuras.

Manuela Monnehay se perdió un instante en los recuerdos de su infancia. Aprendió a amar los libros desde niña. Desde que su padre le enseñara a descifrarlos en aquella biblioteca hermética de paredes secretas y oscuras. Entendió así que leer, y aun escribir, era un acto solitario e íntimo, un ejercicio introspectivo y sin reconocimiento alguno. Un bebedizo del mal que era, a la vez, el

más efectivo de sus bálsamos.

—Espero que le ayude en su lucha, señor Bravo —le había dicho Monnehay a aquel hombre atormentado, cuando le entregó la segunda parte que ansiaba.

Libros antiguos que esconden respuestas en un mundo tan esperanzador como a la deriva. Y libros nuevos que aspiran a encontrarlas. Libros que aprisionan y libros que salvan.

Abandonando París, Manuela Monnehay miró desde su carruaje las frías aguas del Sena, mientras apretaba con fuerza el brazo de su esposo, con una melancolía en el semblante que su marido no fue capaz de percibir. Amaba aquel río, pero añoraba otro, también suyo, cuyo caudal esmeralda bajaba siempre denso y lento por la ribera, con su cauce seductor y gozoso.

Las calles perfiladas y los edificios de trazados perfectos iban desdibujándose como borrones sobre el papel hasta que, finalmente, el paisaje desapareció a sus espaldas.

Regresaba a casa.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Tuvo la certeza de que, al llegar a su hogar, en el silencio de su escritorio por las noches, volvería con dicha a escribir durante horas enteras, a manchar de tinta sus dedos, y a encuadernar en piel el volumen terminado, tras posar sus yemas por el tipo de papel cuidadosamente escogido. Despacio. Saboreando el instante.

Así sería hasta el final de sus días. Escribir libros que nadie sabía que había escrito. Esa era su gloria y esa era también su salvación.

EPÍLOGO

Siete años antes, en aquella Sevilla de 1853 que brindaba con los versos de los poetas, Gustavo Adolfo Bécquer había comprobado que la realidad es siempre más sorprendente que la más extraordinaria de las invenciones.

Ahora, tras salir de una tasca olvidada del viejo Madrid, recordó bajo los filos de la noche que, en el fondo, y tal como un día alguien le hiciera comprender, todos somos solo mortales. Aunque no añadiera que el corazón y sus engranajes son los únicos baluartes que nos convierten en humanos.

Sintió nostalgia evocando aquellas horas de delirios de gloria y episodios compartidos. El viejo camposanto de San José siguió velando un poco más el descanso perpetuo de sus almas. Gustavo Adolfo y Julia Cabrera regresaron, pero nunca volvieron a ver al hombre embozado que descubrieran juntos en una madrugada. Decepcionados por no haber podido desentrañar el misterio, terminaron olvidando aquellos recuerdos en el fondo de las entrañas de la memoria.

El hombre que tapaba su rostro con un pañuelo mientras cavaba concluyó su estancia en Sevilla tras casi tres meses, en una ciudad de luz que consiguió ofrecerle una nueva esperanza. Llegó enfermo, sin poder acabar sus días y maldiciendo sus noches. Aquel mal que le aquejaba, y para quien nadie parecía tener una explicación, le atormentaba con pesadillas tenebrosas. ¿Cuándo habían empezado? ¿Dónde se encontraba el origen de todo?

Quizá fueron los remordimientos por usurpar una vida que no era la suya la que había sesgado parte de su mente. Los pensamientos cabalgaban entonces desbocados por su cerebro para mostrarle imágenes de aldeas incendiadas, jinetes extraños custodiando libros prohibidos, barcos a la deriva y ánimas en pena aguardándole en su alcoba como fantasmas. Todo para impedir lo único que ningún semejante puede arrebatarle a otro: el descanso en el silencio del sueño.

La mente y sus comportamientos insondables. Un mundo inexplorado que no terminaba de comprender en su hermetismo. Quiso hacerlo desde la Frenología, la nueva ciencia nacida en Alemania de la mano de Franz Joseph Gall y desarrollada en Inglaterra, en la que las investigaciones volcaban teorías revolucionarias sobre las funciones mentales atendiendo a las formas de los huesos del cráneo. Así, las conductas de los individuos estarían directamente relacionadas con las áreas específicas donde se ubicaran.

Comenzó entonces a comprar, a hurtadillas, cerebros humanos. Aníbal, el único que conocía los motivos y su enfermedad, era el encargado de hacerse con ellos y con instrumental clínico en morgues y hospitales. Toda materia era poca para encontrar soluciones.

Experimentación, pruebas, ensayos. Nada de aquello dio su fruto. Las pesadillas arreciaban, se estaba volviendo loco y la vida se le escapaba a cada instante.

Entonces apareció ella.

La presencia de Mirella Vorán precipitó su decisión de marcharse en busca de una salida. La joven le había devuelto las ansias por salir triunfante en aquella lucha y el tiempo era lo único que anhelaba. Tiempo para vivir, tiempo para estar con ella. Y para ser capaz de confesarle que él no era el Emilio Bravo que zarpó un día de Asturias, pero sí el Emilio Bravo forjado en treinta años de periplo por el mundo .

Federico Urtubi podía ser el vehículo idóneo para dar con uno de los libros que Bravo estimaba como indispensables para avanzar un paso más. Si la ciencia fracasaba, quizás otras prácticas milenarias ofrecieran sus destrezas. En Sevilla, mientras Betsabé copiaba el texto de Agripa, algunos curanderos le remitieron a maniobras luctuosas en los cementerios. Aquellas tétricas acciones le hicieron sentirse como una hiena sedienta de sangre. No era él, Emilio Bravo, quien las acometía, sino un perturbado, un loco desesperado.

Durante esas semanas, Luis Pelegrim le abrió su casa, y más tarde su biblioteca. Para cuando consiguió acceder a ella, ya había absorbido todo el saber que Agripa quiso transmitir a los iniciados.

Pero para el indiano no eran suficientes.

Un nuevo libro descubierto en la mansión de Pelegrim le ofreció nuevas esperanzas. Un texto extraño con apuntes hasta ahora desconocidos.

—Le gustará saber que hay una segunda parte —le había referido el hacendado sobre el volumen de su interés.

¿Podría aquel tratado insólito aportarle alguna luz? ¿Dónde se guardaba oculto ese segundo y codiciado ejemplar?

Pelegrim le confesó el lugar y Betsabé le llevó hasta ella: Manuela Monnehay.

El día antes de su partida, concluida ya su misión, quiso despedirse de su valedora. Llegó hasta su casa, con las maletas esperándole en el carruaje.

—Es usted un luchador, señor Bravo —le dijo Monnehay tras mantener una breve charla.

—Entablo cada día una dura batalla contra mí mismo, señora.

Gracias al libro que tuvo a bien prestarme.

—Los libros no tendrían sentido si no fueran, de una u otra manera, útiles para quien los lee. Por cierto… —se interrumpió .

Ambos se hallaban de pie en el atrio de la casa, con el aire de la tarde trasladando aromas indescifrables en sus costuras. Manuela, tras una pausa, continuó:

—Una muchacha ha estado preguntando por usted a media Sevilla.

A Emilio Bravo le dio un vuelco el corazón.

—¿Una muchacha?

Monnehay advirtió la agitación de aquel hombre, a quien comenzaba a entender en sus inquietudes.

—Debía tener mucho interés en encontrarle, porque indagó en comercios, cafés, hoteles e iglesias. En parques y hospitales, y hasta entre los mendigos. No creo que dejara un solo sevillano sin interrogar sobre el hecho de si conocía o había visto a un hombre llamado Emilio Bravo.

El indiano se sonrojó. No podía ser ella. Era imposible. Pero entonces, ¿quién?

—¿Sabe acaso su nombre? —inquirió con ansiedad.

Monnehay sacó del bolsillo de su vestido un pequeño papel.

—Esto me entregó cuando vino a la perfumería. En los días en los que debió estar usted cuidando de Luis Pelegrim. Lo había olvidado, discúlpeme. Yo aún no lo conocía cuando aquella joven se presentó en mi comercio, y no lo hubiera recordado si no fuera porque hace pocos encontré su tarjeta.

Cuando Bravo leyó el que figuraba en el rótulo, un escalofrío le recorrió la espalda de parte a parte. Era el de su amada el que estaba allí escrito.

Así que era verdad: Mirella Vorán había estado buscándole en Sevilla.

Regresó a su casa, a una villa de Luanco costeada en sus márgenes por acantilados al otro lado de la ribera. Percibió su propio nerviosismo emocionado conforme fue adentrándose en el paisaje montañoso y verde. Cuando arribó al fin, Aníbal lo recibió con una alegría contenida, pero alborozado en su interior .

—¡Señor Bravo! —Bajó él mismo el equipaje y se cuadró ante el indiano.

Bravo lo cogió afectuosamente por los hombros.

—¿Todo bien en mi ausencia, Aníbal?

—Todo bien, señor.

—¿Alguna noticia o visita inesperada? —le dijo mientras ambos subían por la escalita de la entrada principal.

—Mucha gente ha preguntado por usted, señor.

—¿Asuntos urgentes?

—Nada que no se haya podido solucionar con ayuda del administrador.

Bravo quedó un instante pensativo, a pesar de que había preparado la pregunta cientos de veces desde que salió de Sevilla.

—¿Sigue en Luanco la señorita Vorán? —Se esforzó por restar ansiedad a sus palabras.

—Está, señor —contestó el criado, sin confesarle nada más sobre sus preocupaciones y el viaje en su busca. Se atrevió a completar—: Y estoy convencido de que se alegrará mucho de su vuelta.

—Bien, muy bien —Suspiró. La satisfacción le rebosó el pecho,

pero no la dejó traslucir—. Prepárame el baño y ropa limpia, Aníbal. He de hacer una visita hoy mismo.

Le pareció que no había pasado el tiempo desde que dejó la villa. Cuando entró en el salón principal y se dirigió a sus aposentos, respiró el aire cargado de salitre que se colaba por los ventanales, feliz.

Echó una rápid a mirada a su alrededor. A la casa que había construido con toda una vida de esfuerzo y fortaleza.

Por primera vez en muchos meses se sentía esperanzado. Y enamorado.

Profundamente enamorado.

Y no iba a permitir que ninguna enfermedad, por muy extraña y dolorosa que fuera, le arrebatara aquel sentimiento inmenso que ya no deseaba controlar.

Table of Contents

PORTADA
SINOPSIS
COPYRIGHT
SIGNIFICADO
DEDICATORIA
CITAS
INDICE
PREFACIO
I.EL MAR
Cap1
Cap2
Cap3
Cap4
Cap5
Cap6
Cap7
Cap8
Cap9
Cap10
Cap11
Cap12
Cap13
Cap14
II.EL CIELO
Cap15
Cap16
Cap17
Cap18
Cap19
Cap20
Cap21
Cap22
III.LA BRUMA
Cap23
Cap24

Cap25
Cap26
Cap27
Cap28
Cap29
Cap30
Cap31
Cap32
EPILOGO